

Kane

Jennifer Blake

SERIE CABALLEROS DE LOUISIANA

Kane (Kane)

Luke (Luke)

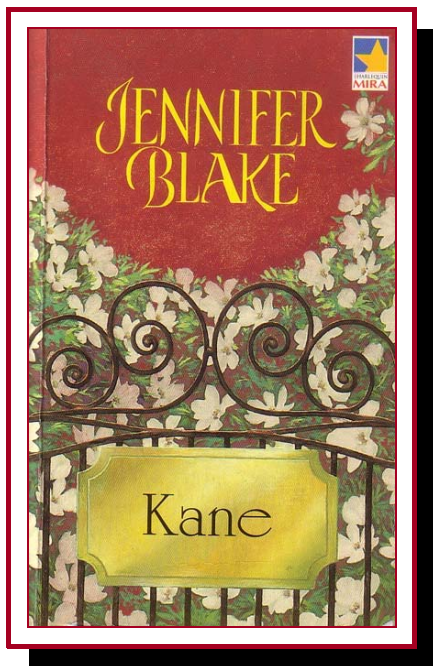
Roan (Roan)

Clay

With a southern touch

Wade

01 Caballeros de Luisiana



Kane (2006)

Título Original: Kane (1998)

Serie: 01 Caballeros de Luisiana

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Mira 151

Género: Contemporánea

Protagonistas: Kane Benedict y Regina Dalton

Argumento:

En Luisiana la familia era lo primero. En la pequeña ciudad de Turn-Coupe, esa misma regla era la que seguían los Benedict. Por eso cuando aquella bella

pelirroja empezó a prestar atención al abuelo de Kane Benedict, éste decidió averiguar qué quería realmente aquella mujer.

Él estaba seguro de que Regina Dalton no tramaba nada bueno. Quizá buscara el dinero de su abuelo, o quizá fuera una espía de la empresa rival que trataba de hundirle el negocio. Tampoco tenía ninguna duda de que con su encanto natural le sacaría a Regina todas las respuestas que deseara. Pero se equivocaba.

Regina no tenía la menor intención de contarle la verdad... su familia estaba en peligro y ella estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para salvarlos.

Capítulo 1

Regina Dalton se despertó en el mismo momento en el que se cerraba el féretro.

Se vio sumida en la oscuridad y percibió un olor a polvo y a terciopelo viejo. Parecía que los laterales se contraían, así que ella notaba que su hombro izquierdo estaba apretujado contra madera acolchada, mientras que el derecho estaba atrapado bajo carne y hueso.

Carne y hueso cálidos.

De repente, el horror explotó en su mente. Soltó un jadeo y alzó la mano que tenía libre. Tocó una madera forrada de tela, pesada, inamovible.

Estaba encerrada en el ataúd antiguo que había visto unos momentos antes, en una de las estancias de una antigua mansión de Luisiana. Se había sentido fascinada por la caja, y había terminado confinada en ella. Y no estaba sola.

—Sorpresa, cariño.

Aquella voz profunda y susurrante y la respiración que sintió contra la sien hicieron que se estremeciera. El hombre que yacía a su lado estaba vivo. Sin embargo, a Regina le dio la impresión de que tenía mucho que ver con el hecho de que ella hubiera terminado allí encerrada.

—¿Quién... —comenzó a preguntar, pero tuvo que interrumpirse bruscamente, cuando los dientes empezaron a castañetearle.

—Quién soy yo no tiene importancia —respondió el hombre—. Lo que me importa es quién es usted y qué está haciendo en Hallowed Ground.

Hallowed Ground era el nombre que el señor Crompton había pronunciado, refiriéndose a la vieja mansión de columnas blancas, cuando había dado a Regina la bienvenida en la puerta. Y a ella le había parecido totalmente apropiado para la casa, que había sido a la vez hogar y tanatorio de la familia durante años.

Regina recordó, entre la neblina de un sueño, que se había quedado sola durante unos minutos en el salón donde Lewis Crompton, su anfitrión y el dueño de la mansión, la había recibido. Se había sentido encantada por las elegantes proporciones de la estancia y lo cómoda que resultaba. Al cabo de un rato se había levantado y se había paseado por el salón, para mirar las preciosas pinturas de las paredes y las antigüedades que descansaban sobre los muebles.

Y se había detenido a mirar por la rendija de las puertas que se abrían a la habitación contigua. Allí había un ataúd rodeado de asientos y mesas con flores de cera y adornos funerarios hechos de cabello humano protegidos con campanas de cristal. Regina, completamente absorta en la singularidad de aquella imagen, había abierto un poco las puertas y había entrado a la habitación.

Entonces, algo se le había metido entre las piernas y ella había intentado esquivarlo. La criatura gorda y peluda había chillado, y Regina había caído al suelo. Se había golpeado la sien derecha y había perdido la consciencia.

— Le he hecho una pregunta — repitió el hombre, secamente.

— He venido aquí por trabajo — respondió Regina, con la garganta oprimida por la angustia. Apenas podía respirar.

— ¿Y qué trabajo es ése?

— No creo que eso le concierna, sea quien sea usted — respondió. Claramente, aquel sujeto no era Lewis Crompton. Aquel hombre era más joven.

— Sí me concierne.

Regina apenas podía pensar, a causa de la desesperación y la furia que sentía. En parte, se debían al hecho de estar encerrada, cosa que no podía soportar. Y en parte, se debían al hecho de estar atrapada y apretujada contra aquel hombre desde el hombro hasta el tobillo. Era consciente de su fuerza y de su peso, y también del olor limpio que desprendía su camisa de algodón, de la loción de afeitar de cítricos y de su esencia masculina. Además, a Regina le resultaba difícil respirar porque él le estaba aplastando el pecho con su brazo musculoso.

— ¿Y bien? — insistió él, con impaciencia y dureza.

— Yo... he venido a ver al señor Crompton.

— El señor Crompton es un anciano demasiado bueno, al que una mujer bella podría engañar con facilidad. Yo no soy ninguna de esas cosas.

Estaba intentando intimidarla, y al darse cuenta, Regina sintió desprecio.

— ¡Me alegro por usted! Pero como yo no estoy intentando engañar a nadie, le exijo que me deje salir ahora mismo.

— No creo.

— ¿Por qué? — preguntó ella — . ¿Por qué está haciendo esto?

— Hay cosas que quiero saber. Y éste me parece un buen método para averiguarlas.

Ella se humedeció los labios y pensó desesperadamente en alguna forma de escapar de allí.

— ¿Dónde está el señor Crompton?

— Yo no confiaría en que él viniera a rescatarla. Tardará un rato.

— Es usted la razón por la que lo llamaron en mitad de nuestra conversación, ¿verdad?

— ¿Era eso lo que estaban haciendo? ¿Conversar?

Él movió el brazo y lo presionó contra el corazón de Regina. Ella tomó aire e intentó apartárselo del pecho, pero no consiguió moverlo ni un centímetro. Entre dientes, le dijo:

— Si lo que quiere son las joyas, están en la otra habitación. Tómelas y márchese.

Él dejó escapar una carcajada desdeñosa.

— Eso es muy gracioso, viniendo de usted.

— No entiendo qué quiere decir.

— Me parece que el robo es más una especialidad suya que mía. La he visto manosear las joyas, intentando averiguar cuánto podrían valer.

— ¿Me ha visto? — dijo ella, con los ojos abiertos como platos en la oscuridad.

— Exactamente — respondió él—. Y ahora, quiero saber cómo ha conseguido tomar entre las garras a Pops.

Regina tomó aire en pequeñas inspiraciones mientras le tiraba del brazo. Incluso le hundió las uñas en la muñeca, pero no consiguió moverlo.

— Yo no he hecho tal cosa. No creo que su abuelo...

— Yo sí. Mi abuelo tiene la idea de que la mayoría de las mujeres son damas, así que no comprende que algunas son avariciosas. Yo, por otra parte, lo entiendo muy bien, y no estoy dispuesto a permitir que usted le robe una colección de joyas de familia que vale miles de dólares.

— ¿Su abuelo?

— Exacto. ¿Cómo se ha puesto en contacto con él?

Si aquél era el nieto de Crompton, tenía que ser Kane Benedict. Aquello cambiaba el panorama. Él estaba completamente equivocado, aunque también era posible que estuviera intentando engañarla con aquel malentendido sobre las joyas. ¿Cuánto sabía, y cómo había conseguido descubrirla tan rápidamente?

— Le aconsejo que me lo diga todo — dijo él con un gruñido.

— No sé qué quiere que le diga. Apenas conozco al señor Crompton.

— Un negocio rápido, ¿eh? ¿Quién le ha preparado la cita?

— Él me llamó y me pidió que viniera.

— No lo creo.

Y tenía razón. Esforzándose por corregir aquella mentira instintiva, Regina dijo tartamudeando:

— Quiero decir que no lo sé exactamente. Él debió de llamar a alguien que conocía mi trabajo. A mí me dieron el mensaje. Estas cosas se tratan con discreción.

— ¡Dios Santo!

Su repugnancia fue evidente porque él la apretó aún más fuertemente con el brazo en el pecho, con la consiguiente consternación de Regina.

— Déjeme salir, por favor. No puedo soportar...

— Acostúmbrase. Todavía podríamos tardar un rato.

— ¿Quiere decir que no sabe abrir esta cosa? — preguntó ella, con la voz ahogada.

— Yo he jugado aquí de niño muchas veces. No tengo problemas para abrirlo. Pero usted tendrá que darme muchas explicaciones antes de que yo abra esa cerradura.

—¿Qué quiere de mí? —le preguntó. Después comenzó a luchar ciega y desesperadamente por quitarse su brazo del pecho y conseguir que hubiera más espacio entre los dos.

—¿Es usted sólo una cazadora de fortunas, o está intentando conseguir otra cosa? ¿Es posible que tenga algo que ver con el juicio?

—¿Qué juicio?

—¿Ha aparecido en este momento por pura coincidencia, o tiene alguna relación con la funeraria que está intentando sacar a mi abuelo del negocio?

Regina sintió pánico.

—¡Está loco!

—Puede ser. Sobre todo, tengo la intención de comprobar hasta dónde va a llegar. Quizá quiera probar sus trucos conmigo, en vez de con Pops.

—¡No!

—¿Por qué no?

—Yo no soy así. Usted no...

Regina no pudo decir nada más. Él la agarró por la barbilla y después se movió hacia ella para sujetarla con más firmeza. Entonces, la besó.

Fue una posesión provocada por la ira y el más desenfrenado deseo. La invadió para saborearla y para obligarla a abandonar su resistencia y unirse a él en aquella exploración sensual. La boca de aquel hombre tenía un sabor dulce, embriagador, y por un momento, Regina sintió una respuesta espontánea, sintió que se alejaba de la realidad en aquella cercanía densa. Su cuerpo se amoldó al de él, como si sus esencias se estuvieran mezclando, combinándose para formar una vida poderosa.

Qué fácil podía llegar a ser rendirse y aceptar el placer. Incluso podría ser la mejor forma de conseguir lo que necesitaba. Aquello que la habían enviado a buscar.

No podía. No. Ni en aquel momento, ni nunca.

Con un gemido de angustia, se apartó violentamente de él, y aquel movimiento tan brusco lo pilló por sorpresa. Él intentó agarrarla de nuevo, pero ella, fuera de control, comenzó a moverse, a luchar y a arañar con una rabia ciega que nacía del terror.

Entonces, Regina notó que él aflojaba los brazos y oyó que exclamaba una palabra de preocupación, pero ella ya estaba fuera de todo control. Lo sacudió y lo abofeteó, y sintió que le arañaba con las uñas la protuberancia de la nariz.

Él dejó escapar un gruñido y un juramento. Un instante después, rodó sobre ella y volvió a sujetarla. Entonces, Regina dejó de luchar. Se le cayeron lágrimas de amargura de los ojos, y se estremeció convulsivamente.

—Lo siento —dijo él en voz baja—. Tranquilícese. No voy a hacerle daño. Lo siento de veras.

Poco a poco, ella se calmó. Su respiración se hizo más acompasada.

– ¿Está bien? –le preguntó él –. ¿Me oye? Yo no quería que las cosas llegaran tan lejos.

– Déjeme salir.

– Lo haré, se lo prometo. En cuanto esté seguro de que no me va a golpear de nuevo.

– No, no voy a hacerlo.

– ¿Está segura?

Ella asintió.

– Bien – dijo él, y la soltó.

Después se oyó el ruido de la cerradura, y cuando se abrió la tapa del ataúd, entró una bocanada de aire fresco y un destello de luz dorada. Recortada en aquella luz, Regina vio la silueta del hombre de pelo blanco que sujetaba la tapa del féretro. Lewis Crompton.

Durante un instante, nadie se movió ni dijo nada. Entonces, Regina inspiró profundamente y dejó escapar el aire. Después se secó las lágrimas que tenía en las mejillas.

El anciano, mirando seriamente a su nieto, le dijo:

– Si tienes alguna excusa, Kane, me gustaría oírla.

El hombre que estaba junto a Regina se incorporó rápidamente y se pasó una mano por el pelo.

– Digamos que ha sido un experimento.

– ¿De qué clase?

– Me dio la sensación de que tu invitada podría tener algo que ver con el juicio.

Crompton extendió la mano hacia Regina para ayudarla a sentarse.

– En otras palabras, estabas metiendo la nariz donde nadie te llamaba. Espero que te hayas dado cuenta de tu error.

Kane Benedict frunció el ceño y se encogió de hombros.

– Quizá. Pero me reservo el derecho a investigar más. Cualquier cosa que pudiera tener relación con este caso me concierne.

– No sé si estoy seguro de eso, pero sí puedo decirte que no me gustan tus métodos de investigación.

– Puedo explicarte...

– Eso espero, pero lo harás en otro momento. Dudo que esta conversación interese a nuestra invitada.

La forma en que el anciano puso de relieve aquellas últimas palabras fue muy efectiva. Asombrada, Regina vio que su captor enrojecía. Ella habría creído que no le afectaría tan fácilmente una reprimenda, y mucho menos la de un familiar anciano.

Por primera vez, lo observó con atención.

Era un hombre atractivo, de piel bronceada y pelo negro, y con los rasgos muy marcados. Tenía los ojos azules y la mirada penetrante. Llevaba una camisa de vestir azul, y tenía el aspecto de un ejecutivo, quizá el de un banquero o de un agente de bolsa. Sin embargo, bajo aquella primera impresión, había algo más, una seguridad imprudente y un garbo despreocupado que llevaba como una segunda piel.

Seguramente, habría muy pocas cosas que podrían avergonzarlo, pero Regina tuvo la impresión de que no le había gustado nada que ella presenciara la desaprobación de su abuelo.

No obstante, se recuperó rápidamente.

—Supongo —le dijo al anciano— que tu invitada tendrá un nombre.

—Claro. Señorita Dalton, permítame presentarle a Kane Benedict, el hijo de mi hija. Da la casualidad de que también es mi abogado, y es muy bueno en su profesión. La señorita a la que has estado maltratando, Kane, es una visita de Nueva York. La señorita Regina Dalton está aquí para prestarme sus servicios como tasadora de joyas.

Entonces, Kane se volvió lentamente hacia Regina. La observó con atención y notó que tenía los ojos marrones bajo las lentes de contacto azules que llevaba, una abundante cabellera pelirroja y pecas repartidas por el puente de la nariz.

—Tasadora de joyas —repitió él con incredulidad.

—Sí. Me estaba dando una estimación sobre el valor de la colección de tu abuela antes de que tú nos interrumpieras.

—¿Era eso lo que estaba haciendo? Y ha venido desde Nueva York —comentó Kane, mientras sus labios se curvaban en una sonrisa enigmática—. Bueno, por lo menos eso explica el acento.

Regina sintió un tremendo recelo hacia él. Estaba acostumbrada a evaluar a la gente de un vistazo. Debido a su intuición y a la práctica, era muy buena valorando sus puntos fuertes y débiles, información muy valiosa a la hora de protegerse contra los demás, de mantener una distancia adecuada. Aquel hombre, sin embargo, era diferente. Se había acercado demasiado antes de que ella pudiera erigir sus defensas. Y no le gustaba.

Aquél era un hombre peligroso, que creía en la ley que defendía y que esperaba la verdad y nada más que la verdad. No sería indulgente con alguien como ella.

Regina se alejó de él y se puso de rodillas al borde del ataúd. Lewis Crompton le puso una mano bajo el codo. Sin embargo, incluso con su ayuda, bajar de aquel artefacto con la falda del traje iba a ser algo tan elegante como los movimientos de un bebé escapándose de su cuna.

—Espere —dijo Kane—. Yo la puse aquí dentro, así que lo menos que puedo hacer es sacarla.

—No tiene que... —tartamudeó Regina.

Pero era demasiado tarde. Mientras su abuelo se apartaba, Kane bajó al suelo de un salto. Se volvió hacia ella, la tomó en brazos y la levantó con facilidad. Después se dio la vuelta de nuevo y la posó suavemente en el suelo, sujetándola por la cintura.

– Gracias – dijo ella, con tanta frialdad como pudo.

– Ha sido un placer, señorita.

Él inclinó ligeramente la cabeza mientras la soltaba. Aquel gesto tenía la misma cortesía y el mismo encanto que habían impresionado a Regina en el abuelo de Kane, cuando el anciano la había recibido en su casa. Sin embargo, ella se enfureció. Kane Benedict se estaba burlando de ella. No estaba segura del motivo, pero estaba claro que se estaba burlando.

Aquel hombre la había besado. Era algo asombroso. La había saboreado como un buen conocedor de vinos hubiera catado una nueva cosecha. Y Regina no pudo evitar preguntarse qué nota le habría puesto. Aquella vulnerabilidad fue mucho más inquietante que el roce de Kane Benedict.

Se volvió hacia su anfitrión y le dijo resueltamente:

– Me temo que todo esto ha sido culpa mía, tanto como de su nieto. Permití que me venciera la curiosidad. ¿Me disculpa por fisgonear?

Kane emitió un suave sonido de asombro. A Regina le reconfortó un poco saber que ella también podía causarle cierta inquietud.

– Eso es muy generoso por su parte, querida – respondió Lewis Crompton, con los ojos brillantes y la atención dividida entre su nieto y ella.

– En absoluto. ¿Podríamos volver a ocuparnos de las joyas que me estaba mostrando? Me pone nerviosa pensar que están por ahí, donde cualquiera podría encontrarlas.

– A nadie en Hallowed Ground se le ocurriría tocarlas. De todas formas, me parece que deberíamos posponer nuestra conversación. No creo que usted se sienta bien ahora.

– Estoy perfectamente – dijo ella –. Sé que usted tiene cierta prisa, y su colección es tan amplia que no deberíamos perder tiempo...

– Bueno, bueno, no hay tanta prisa. Mañana o pasado mañana podremos continuar. La verdad es que no me gusta el aspecto que tiene ese moretón de su sien. Sería mejor que Kane la llevara a la sala de Urgencias del hospital, sólo para asegurarnos de que está bien.

Regina se llevó la mano a la frente e hizo un gesto de dolor al sentir el golpe. Sin embargo, ella no era ninguna flor sureña, tan frágil como para marchitarse ante el menor problema.

– No es necesario, gracias.

– Insisto. Es lo menos que podemos hacer – dijo el anciano, en un tono que no admitía réplica, mirando a su nieto.

– Por supuesto – dijo Kane.

—No, de verdad. Preferiría ocuparme de las joyas...

—Le prometo que mañana continuaremos —le dijo el anciano—. Deje que Kane la lleve.

—No puedo dejar aquí el coche de alquiler —dijo ella, agradecida por tener aquella excusa.

—Si me deja las llaves, alguien se lo llevará al lugar en el que se esté alojando —le dijo Kane, con la mano extendida, como si esperara que ella le obedeciera sin titubeos. Parecía que estaba seguro de que su abuelo y él sabían lo que era mejor para ella. Era puro machismo, pero Regina ya debería habérselo esperado. Los hombres del Sur eran conocidos por ello, después de todo.

—No, gracias —respondió con rigidez.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia el salón donde había dejado el bolso. El rápido movimiento hizo que se mareara, pero continuó andando. Era posible que hubiera sufrido una ligera conmoción cerebral, pero no le importaba. No estaba dispuesta a permitir que Kane Benedict la controlara una vez más.

—Se ha recuperado rápidamente, por lo que veo —le dijo él, por la espalda—. Me alegro de que no se asustara tanto como parecía.

Le estaba diciendo que ella había fingido el agobio y la angustia que había sufrido dentro del ataúd.

—No estaba asustada, señor Benedict —respondió Regina, volviéndose en el umbral de la puerta—. Tengo claustrofobia. Es distinto.

—Ya me lo imagino. Puede llamarme Kane. Lo digo para que reconozca mi nombre cuando la visite, más tarde.

—No se moleste —respondió Regina.

—Oh, no es ninguna molestia —dijo él, con una sonrisa perversa—. En absoluto.

Él sabía que ella no quería verlo, pero estaba dispuesto a obligarla. Quizá pensara que pudiera inquietarla de nuevo, tanto como para que ella dijera algo que no quería decir. O, posiblemente quisiera comenzar el interrogatorio donde lo había dejado. Pues bien, ella no iba a ceder. Se estaba jugando demasiado. No importaba lo que pensara Kane Benedict, ni lo que dijera, ni lo que hiciera. No iba a conseguir sacarle nada. Ella haría el trabajo para el que la habían enviado a Luisiana, y después se marcharía.

No tenía otra elección. Ni la quería.

Les dio la espalda a los dos hombres y se alejó sin mirar atrás.

Capítulo 2

Por la ventana del salón, Kane observó cómo Regina Dalton recorría el camino hasta su coche. Se movía con pasos rápidos, sin menear las caderas. Ella ya lo había olvidado y no tenía ni idea de que él pudiera estar observándola. Sin embargo, la visión de su falda ceñida a su cuerpo esbelto y de su pierna cuando subió al coche provocó una reacción en su cuerpo que era extremadamente inconveniente en aquellas circunstancias. No era ni el tiempo ni el lugar apropiado, y mucho menos, la persona adecuada. El destino tenía un sentido del humor muy retorcido.

—No quiero ahondar en la cuestión de tu mal comportamiento —le dijo su abuelo mientras se acercaba a la ventana—, pero sí quiero decirte que llevo bastante tiempo manejando mis asuntos sin tu colaboración. Si, y fíjate en que uso el condicional, si yo hubiera estado a punto de hacerle un regalo valioso a esa atractiva joven, consideraría lo que has hecho una completa desfachatez.

—Lo sé —dijo Kane, sombrío, mientras veía alejarse el coche de Regina.

—Y también me gustaría preguntarte por qué has pensado que yo iba a sucumbir a una atracción hacia una joven que podría ser mi nieta.

Kane le lanzó una ligera sonrisa a su abuelo.

—A ti siempre te han gustado las pelirrojas.

—Tiene un pelo asombroso, ¿verdad? Brilla tanto que dan ganas de tocarlo para ver si te quemas. Aunque ninguno de los dos le hayamos prestado demasiada atención.

Kane, que entendió la astuta indirecta, emitió un sonido entre suspiro y resoplido.

—Eso era lo que yo pensaba —dijo el anciano—. Puedo hacer que las cosas se retrasen para que tenga que quedarse un tiempo por aquí.

—No. Por mí no.

—Es una pena —dijo Lewis, recogiendo del suelo el enorme gato pardo que acababa de aparecer en la habitación. Se lo colocó sobre el brazo, lo acarició y continuó—: Deberías haberla llevado al hotel.

—Creo que ya ha tenido suficiente de mi persona por un día.

—Probablemente. No puedo decir que la culpe, teniendo en cuenta la responsabilidad que tú has tenido en sus heridas.

—Fue este endemoniado gato —dijo Kane, y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones mientras apoyaba el hombro en el marco de la ventana.

—Es posible que Sansón lo haya empezado, pero tú remataste el problema. ¿Por qué lo hiciste?

—Entré en la casa por la cocina, y Dora me dijo que tenías visita. Iba a veros, pero me paré un momento fuera y miré por la rendija de las puertas del salón. Y la forma de sonreír de tu invitada... no sé, me pareció que algo iba mal.

—¿Quieres decir que te resultó seductora? —le preguntó su abuelo, con los ojos entrecerrados.

—Me lo pareció durante todo el tiempo —dijo Kane. Levantó un hombro y después lo dejó caer de nuevo—. ¿Estás seguro de que es de fiar?

—¿Tú crees que puede que no lo sea? —le preguntó Lewis, mirándolo con atención mientras seguía acariciando al felino.

—No digo que sea infalible, pero tengo un sexto sentido en lo que se refiere a los farsantes. Es como si tuviera un detector de mentiras en el cerebro.

—Quizá la señorita te lo haya desbaratado. Una mujer como ésa puede hacer que cualquier máquina se estropee.

—Demonios, Pops.

—En realidad, me alegra comprobar que no eres inmune. Antes eras todo un juerguista, como tu padre y el resto de la familia Benedict. Tu abuela, que en paz descansa, se quedaba despierta muchas noches cuando eras un adolescente, preocupándose por la siguiente salvajada que haríais tus primos y tú. Eso, cuando no estaba riéndose de vuestras bromas.

—¿Salvajadas?

—Sí. ¿No te acuerdas de aquella vez que tu primo Luke robó la ropa interior de la profesora de gimnasia del instituto Frederick's of Hollywood, y la colgó del depósito de agua porque la mujer se atrevió a sugerir que la novia de Luke, April Halstead, se vestía de una manera demasiado sexy? ¿Y aquella carrera de botes en el lago, cuyo perdedor tendría que hacer la cena para los ganadores, desnudo? Perdió tu primo Roan, ¿no? Y...

—Está bien —dijo Kane, levantando una mano—. Ya me has dado bastantes ejemplos.

—Con la edad, se te pasó aquello...

—Por una buena razón.

—Cierto. Una mujer puede meter en cintura a la mayoría de los hombres, sobre todo a los Benedict. Se enamoran de verdad, y ninguno de ellos puede ser más fiel cuando decide sentar la cabeza. Tu problema fue que elegiste a la mujer equivocada. Pero después de que todo terminara, te pasaste al otro extremo. Te has convertido en alguien completamente aburrido.

Kane le lanzó una mirada de advertencia. Su abuelo no era el único al que no le gustaba que la gente se entrometiera en su vida privada.

—No puedes negar que Francie te hizo mucho daño antes de dejarte.

—No —respondió Kane—. Aunque no entiendo muy bien qué tiene esto que ver con Regina Dalton.

—Ella te ha afectado mucho —le explicó su abuelo—. Ha hecho estallar ese instinto de Satán que te hacía moverte, e hizo que actuaras antes de pensar las cosas. Me ha alegrado el corazón verlo, después de tanto tiempo.

—Ésa no era la idea.

—Lo sé. Has juzgado a esa joven y la has declarado culpable en un abrir y cerrar de ojos. Eso no es propio de ti.

Kane no hizo ningún comentario.

—Supongo que comprobarías sus referencias antes de dejarla entrar aquí.

—Claro —respondió su abuelo—. Tiene muy buenas recomendaciones, y ha trabajado con las mejores joyerías y casas de subastas, sobre todo durante el último año. Es muy minuciosa, y es la experta más famosa en cuanto a piezas Victorianas se refiere. He tenido suerte por el hecho de que pudiera darme una cita avisándola con tan poca antelación.

—¿Y por qué tenías tanta prisa? ¿No sería porque necesitas conseguir dinero rápidamente?

—Me preguntaba cuándo íbamos a llegar a esto.

—Mmm... que yo sepa, las joyas de la abuela eran una herencia.

—Tú eres nuestro único nieto, por si no te habías dado cuenta. Y no parece que tengas prisa por casarte y darnos bisnietas que puedan llevar las joyas, así que no creo que vaya a poder heredarlas nadie.

—No cambies de tema —le dijo Kane—. Vas a vender la colección para pagar la minuta de los abogados de tu demanda. Mi minuta.

Lewis Crompton dejó el gato en el sofá antes de responder.

—El hecho de que sea a tu bufete al que debo el dinero no tiene nada que ver. Yo me ocupo de mis obligaciones.

—Pero no así.

—No creo que eso tengas que decidirlo tú.

—¿Ni siquiera cuando les están robando a mis hijos?

Lewis le lanzó una mirada grave.

—Eso es injusto, Kane. Además, tengo que pensar en tu socio, y en la ayudante que contratasteis para este caso. Por no mencionar a la chica de los Benson, que es la recepcionista de tu oficina.

—Melville y yo tenemos otros clientes —replicó Kane.

—Claro, pero tú no estás todo el día por ahí reuniendo pruebas para ellos, ¿verdad? Ni preparándote para enfrentarte a un equipo de abogados de Nueva York por ellos. No voy a permitir que pagues mi defensa de tu propio bolsillo. Y se acabó la discusión.

Lewis Crompton era un hombre orgulloso y obstinado, y Kane lo admiraba y respetaba por ello. Lo que menos quería en el mundo era hacerle daño. Sin embargo, no podía soportar que se viera obligado a vender las joyas de la familia.

—Esto no va a significar la ruina para mí.

—Lo sé, pero no quiero ser un caso de beneficencia.

Los dos se miraron fijamente, sin querer rendirse. Sin embargo, fue Kane quien finalmente soltó un juramento y apretó los puños.

—Si alguna vez le pongo las manos encima al desgraciado codicioso que te está haciendo esto, lo mataré.

—Muy bien —respondió su abuelo secamente—, y yo lo enterraré. Le proporcionaré un entierro por todo lo alto, para que sepa cómo se hacen las cosas bien.

Kane sonrió.

—Le estaría bien empleado que lo enterraran en uno de sus ataúdes baratos de lata.

—Pues sí. Aunque yo no soy el único al que tienen contra la pared.

Aquella actitud era típica de su abuelo. Y tenía razón. Los granjeros, camioneros y peones de toda la zona del delta estaban preocupados por los precios que les cobraría aquella gran empresa funeraria cuando Crompton's Funeral Home estuviera fuera del mercado. Sam Bailey, el propietario del supermercado, lo había dicho justo el día anterior. Era un crimen, se había quejado Sam, hacerle a la gente hipotecar su futuro para poder enterrar a sus seres queridos. Él estaba con Lewis Crompton en el juicio que se avecinaba.

Crompton's Funeral Home era parte de la comunidad, una tradición establecida desde mil ochocientos cincuenta y ocho. Había nacido cuando uno de los tatarabuelos, que llevaba el establo del pueblo, había aceptado un coche funerario con los laterales de cristal y con plumas negras en las cuatro esquinas a cambio de una calesa de segunda mano. Muy pronto había comprobado que podía ganar un dinero extra transportando a los difuntos a sus lugares de descanso eterno. Una cosa había llevado a la otra, hasta que se había convertido en todo un enterrador.

A medida que generaciones de Crompton se ocupaban de los difuntos, la familia se involucraba más y más en las vidas de sus vecinos y amigos. Proporcionar el servicio funerario, aliviar la pena y ayudar a ocultar los secretos y las faltas de decoro que la muerte dejaba al descubierto se convirtió en un deber sagrado e inmutable. Ningún conglomerado de empresas podría jamás proporcionar el mismo consuelo y la misma discreción.

La gran funeraria que dirigía Gervis Berry había lanzado una gran campaña de publicidad para convencer a los clientes de la calidad de sus servicios, pero todo aquello era una farsa. Al estudiarlo con detenimiento, se llegaba a la conclusión de que la empresa de Berry se valía de una comercialización de mala calidad, dispensaba servicios de segunda y utilizaba prácticas poco limpias en general.

Melville, el socio de Kane, era afroamericano, y estaba especialmente indignado por lo que se estaba descubriendo en el curso de la investigación, dado que muchos de los abusos de Berry Association, Inc. se habían dirigido contra su gente. Esquivar la oferta pública de adquisición de Crompton's Funeral Home por la gran empresa se había convertido en una cruzada para él. No sólo había aceptado los desembolsos varios del bufete sin queja alguna, sino que a menudo había corrido con los gastos él mismo.

Aquello no estaba bien, por supuesto. Al menos, no en opinión de Lewis Crompton.

—He estado pensando que... —dijo el anciano—. Quizá deberíamos ofrecerles un trato.

—¿Ahora? ¿Justo cuando están empezando a moverse las cosas? —le preguntó Kane, sin poder disimular su incredulidad y su decepción.

—No se me ocurre un momento mejor.

Kane se quedó observándolo unos instantes.

—Supongo que es por el dinero.

—Es porque está durando demasiado, y porque se está volviendo demasiado complicado. Y tampoco me gusta cómo te está afectando a ti. Parece que no has dormido en una semana.

—Te estarás preguntando si me estoy metiendo en terreno peligroso, después del pequeño incidente que ha ocurrido hace un rato.

—Yo no he dicho eso —protestó su abuelo—. Por lo que sé, Melville y tú tenéis bien calado a Berry. Creo que podemos ganar esto. Pero yo no soy un hombre vengativo, y tengo mejores cosas que hacer que pasar los días en un juzgado. Me gustaría ofrecerles un trato. Podrías decirle a Berry que retiraré la demanda a cambio de su promesa, por escrito, de que se marchará y nos dejará tranquilos en Turn-Coupe. Además de pagaros a Melville y a ti los gastos y reparar el daño que ha causado, es decir, unos dos millones de dólares.

—No creo que lo acepte, Pops. Berry no tiene la misma idea de la justicia que tú. Si le haces una oferta lo verá como un signo de debilidad, y se lanzará a matar.

—Un gran error.

—¿Qué quieres decir?

—Fui un buen jugador de póquer en mi juventud, y jugaba unas partidas feroces con tu abuelo Benedict. Si Berry quiere aumentar la apuesta inicial, bien, yo puedo verla. ¿Cuántos millones crees que harían falta para llevar a la bancarrota a la empresa de Berry?

Kane se quedó mirando anonadado a su abuelo, y después, una sonrisa lenta le curvó los labios.

—Viejo demonio.

—¿Crees que podremos ganar si pedimos tanto?

—Podríamos intentarlo —respondió Kane, y su sonrisa se desvaneció—. Pero Berry no se va a quedar de brazos cruzados. La cosa podría ponerse fea.

—Bueno, ya nos enfrentaremos a eso cuando llegue el momento. Mientras, quiero que redactes esa oferta para hacerla oficial.

—Si eso es lo que quieres...

—Bien —dijo Pops, y se frotó las manos—. Y ahora, ¿vas a ir a comprobar si la señorita Dalton ha llegado bien al hotel, o te vas a quedar ahí pasmado?

Para aquella pregunta sólo había una respuesta. Kane se la dio.

Una media hora más tarde, Kane aparcó a la entrada del Longleaf Motel, en la parte sur del pueblo. No había duda de que Regina Dalton se alojaba allí, porque era el único motel de todo Turn-Coupe.

Cuando Kane entró en el edificio de la recepción, Betsy se levantó de su asiento y salió del mostrador para saludarlo. Era una mujer rubia, de cara redonda, un poco regordeta y con un carácter muy agradable. Era prima tercera de Kane, más o menos, por la parte Benedict de la familia. Los dos habían ido al mismo instituto y se conocían desde niños. Cuando se saludaron, Kane le preguntó despreocupadamente:

— ¿Tienes a Regina Dalton alojada aquí?

— Sí —respondió Betsy, con los ojos brillantes, sin dejarse engañar por aquella despreocupación—. Llegó ayer por la tarde. Es de Nueva York. Al menos, eso es lo que dice en su hoja de registro.

— ¿Está en su habitación?

— Acaba de llegar.

El asintió.

— Supongo que entonces, su coche estará aparcado frente a su módulo.

— Mmm... se supone que no debería decírtelo, aunque puede que me convenzas si me das una pista de por qué quieres saberlo.

A Kane le caía muy bien Betsy. Bajo su entrometimiento y su amor por estar en todas las salsas había un corazón enorme y cálido. Lo había pasado mal durante aquellos últimos años, después de que su marido hubiera muerto en un accidente mientras trabajaba en una plataforma petrolífera de la costa. Entonces, ella había comprado aquel motel en decadencia con el dinero del seguro, lo había limpiado, había tirado la basura y había terminado con el negocio de aventuras de una noche. Y, en aquel momento, le iba bastante bien.

Sin embargo, ni el cariño que le tenía ni su parentesco eran suficientes para que él satisficiera su curiosidad. La excusa que le dio, que iba a darle a aquella señorita de Nueva York un mensaje de parte de su abuelo, fue una decepción para ella, pero de todas formas, le confirmó el número de la habitación.

Mientras salía de la recepción, Kane pensaba que la noticia de aquella visita habría recorrido todo el pueblo al día siguiente. Lo mejor que podía hacer era acallar los cotilleos haciéndola lo más corta posible, y llamando la atención al marcharse.

Llamó a la puerta de la habitación y después se metió las manos en los bolsillos mientras esperaba. Aquello no le había parecido una buena idea cuando Pops se lo había sugerido, y en aquel momento le parecía incluso peor.

No hubo respuesta a su llamada. Su segundo intento hizo que se sintiera como si lo estuvieran observando un millón de ojos, allí plantado, vacilando en la puerta de la habitación. Comenzó a preguntarse si no debería pedirle a Betsy una llave para

averiguar si Regina se había desmayado a causa del golpe que se había dado en la cabeza, cuando por fin, oyó movimiento en la habitación.

– ¿Quién es?

– Eh... soy Kane Benedict. Venía a ver si estaba usted bien.

– Estoy perfectamente. Adiós.

– ¿Está segura? ¿No ha sentido mareos? ¿No tiene dolor de cabeza?

– Nada en absoluto. Si no le importa, estaba a punto de echarme a dormir un rato.

– No creo que eso sea buena idea. La somnolencia puede ser un síntoma de conmoción. Quizá alguien debiera quedarse con usted durante un rato.

– ¿Usted, supongo?

El sonrió al percibir la aspereza de su tono de voz. Hubo un tiempo en el que había adorado que las mujeres fueran batalladoras.

– Soy el único que anda por aquí.

– No necesito su ayuda. Y mucho menos, que se quede aquí. Váyase.

– No, hasta que haya visto por mí mismo que está bien.

Ella quitó la cadena de seguridad de la puerta y abrió.

– Muy bien. Entonces, miré. Ella se había quitado el traje y se había puesto una bata de chenilla gris, que se adaptaba perfectamente a sus curvas esbeltas. Estaba descalza, y se había desmaquillado, por lo que la blancura de su piel y las pecas de la nariz eran más visibles. Ya no tenía los ojos de color turquesa, sino de un marrón claro y brillante.

Tenía buen aspecto y perfectamente vestida para pasar una tarde larga y perezosa en la cama, con un hombre que pudiera quitarle la frialdad de la voz y la desconfianza del semblante. Con una sola palabra, un solo gesto de aquella señora, él se ofrecería voluntario para el puesto. Aquello era un poco extraño, teniendo en cuenta que él tampoco se fiaba de ella lo más mínimo.

– ¿Satisfecho?

Kane carraspeó y dijo lo primero que se le pasó por la mente.

– ¿Por qué lleva lentes de contacto? No las necesita.

– No, salvo que quiera ver más allá de dos metros.

Ella se llevó la mano al colgante de plata y ámbar dorado que llevaba en el cuello. Antes de que cerrara los dedos a su alrededor, Kane vio que había un insecto atrapado en la resina, algo parecido a una luciérnaga, perfectamente centrado, casi como si estuviera vivo en mitad del colgante.

– Eh... me refería a las lentillas de color que llevaba antes. Tiene unos ojos preciosos. ¿Por qué los cambia? ¿Qué quiere esconder?

– ¡Nada! – respondió ella, irritada –. Aunque no entiendo por qué le interesa.

Ella tenía razón. Era tan sólo que aquel artificio le molestaba, aunque no pudiera explicarse el motivo. En un esfuerzo por conseguir que ella se quedara en la puerta unos instantes más, hasta que él pudiera averiguarlo, le hizo una seña con la cabeza hacia el colgante.

– Es muy bonito. ¿Lo encontró mientras trabajaba?

Durante un segundo, le pareció que ella no iba a responder.

– Un regalo.

– El tiene buen gusto. Le va a usted a la perfección.

Ella se ruborizó y apartó la mirada.

– No era... es decir, era un anciano caballero.

– ¿De veras? ¿Un pariente? – preguntó Kane, con una opresión en el pecho. Su abuelo también era un anciano caballero.

– Sí, si tiene tanto interés en saberlo – respondió Regina, y apartó la mirada.

Su tono de voz, y las palabras que utilizó, inquietaron a Kane. De todas formas, le lanzó una sonrisa comprensiva.

– La familia es una buena cosa. Hablo por propia experiencia, porque tengo parentesco en mayor o menor grado con las tres cuartas partes de la población de Túnica Parish.

Regina dio un paso atrás para cerrar la puerta.

– Sí, bueno, si se ha quedado tranquilo, yo voy a dormir un rato.

– No del todo – respondió Kane, justamente cuando la puerta se cerraba—. Volveré a visitarla mañana.

No hubo respuesta. Kane se quedó allí durante unos instantes, con el ceño fruncido. Después se encaminó hacia su coche.

Su primera impresión había sido acertada. Había algo en Regina Dalton que no encajaba. Y aquel pensamiento lo tenía inquieto.

Estaba seguro de que era la campana de su detector de mentiras interno.

Capítulo 3

– ¿Tiene todo lo que necesita?

Regina elevó la cabeza al oír la pregunta. La mujer rubia que la había formulado no era su camarera. No entendía por qué se dirigía a ella. Pese a que la mujer tenía una sonrisa muy agradable, Regina respondió con aspereza:

– Sí. ¿Por qué?

– Están cuidando de usted. Eso está bien.

Debía de referirse a los empleados de la cafetería. La camarera había sido más que amable, y el local era bonito y acogedor. El té era delicioso y estaba a la temperatura perfecta.

– Sí, gracias. Estoy muy bien – respondió, e incluso sonrió ligeramente.

– Si tiene algún problema, dígamelo. Soy Betsy North, y soy la dueña de esta cafetería. Vaya, ¿no la vi ayer con Sugar Kane?

– ¿Con quién?

– Con Kane Benedict. Es un chico estupendo, ¿verdad?

– Ah.

Regina se llevó la taza a los labios y la usó como escudo ante la curiosidad de la otra mujer. Sugar Kane. Tenía entendido que los sobrenombres eran muy comunes en el Sur, pero no entendía por qué el hombre al que ella había conocido tenía aquel alias.

Betsy North se rió y se puso la mano en la cadera.

– No lo sabía, ¿verdad? ¿No me va a preguntar por qué se lo pusieron?

– Bueno, en realidad no...

– Supongo que ya lo ha adivinado – dijo la mujer –. Dulce como el pecado, con todas las consecuencias. Ése es nuestro Kane.

– Vaya – murmuró Regina, aunque no pudo disimular su interés.

– Sí, es muy buen chico, pero nunca se sabe qué va a hacer. Es de familia. Yo lo sé, porque soy de la familia Benedict. Usted no entenderá lo que significa eso, porque no es de por aquí. Es del Norte, ¿verdad?

– De hecho...

– De Nueva York, ¿verdad? Tiene el acento, claro, pero también el aspecto de los abogados que han estado por aquí, por lo del caso Crompton. Usted no será una de ellos, ¿verdad?

Regina sacudió la cabeza.

– ¿El aspecto?

—Sí, la cara un poco grisácea y la ropa muy oscura, como si no hubieran visto el sol más que un par de veces al mes, nunca se divertieron y todos compraron en las mismas tiendas —entonces, Betsy abrió mucho los ojos y añadió rápidamente—: No es que usted no sea guapa, no. Es muy guapa. Con ese pelo pelirrojo, llama la atención de cualquiera. Pero sí tiene cierto parecido.

—No me sorprendería —respondió Regina, pero después le preguntó inocentemente—: Y esos abogados, ¿qué tienen que ver con el señor Crompton?

—Mucho —respondió la mujer con vehemencia.

Después, comenzó a explicarle cómo una gran empresa funeraria del Norte había llegado al Sur absorbiendo todas las pequeñas empresas, hasta que había cometido el error de meterse con el abuelo de Sugar Kane.

—¿Error? —murmuró Regina, intentando animarla para que siguiera hablando.

—Eso es. Kane se enfadó muchísimo, como podrá imaginarse. Puso un pleito que dejó seco en el sitio al dueño de esa Berry Association, y le enseñó que hay gente en este pueblo a la que no le gustan sus negocios turbios. La mera idea de que hagan a las viejecitas cancelar las pólizas que llevan pagando toda la vida y que tengan que depender de sus hijos para pagar los gastos del entierro cuando ellas mueran, en vez de que lo haga el seguro... me pone furiosa. Sí, señor, Berry averiguó rápidamente que nadie de por aquí se siente intimidado por su poder y su dinero, cuando se trata del bien y el mal.

—¿Así que es Kane, más que su abuelo, el que lleva esta demanda?

—Oh, no lo sé exactamente. Yo diría que el señor Crompton se lo ha tomado como un asunto de honor. Pero Kane Benedict es el hombre al que tendrán que enfrentarse ese Berry y sus abogados del Norte cuando se celebre el juicio.

—Entonces, ¿usted cree que tiene oportunidades?

—No lo sé —dijo Betsy, encogiéndose de hombros—. Lo único que sé es que no quiero por nada del mundo ver cómo le quitan al señor Crompton todo lo que es suyo.

—Parece un hombre muy agradable.

—Es un caballero de la vieja escuela. Ha hecho mucho por este pueblo durante toda su vida. Ha concedido becas, ha donado tierras para la comunidad y para construir una nueva escuela... bueno, podría contarle muchas cosas más.

—¿También es usted pariente suyo?

La mujer se rió de nuevo.

—Lo parece, ¿verdad? Pero no. Bueno, ¿se va a quedar usted una temporada por aquí?

Regina no estaba segura de qué responder, y mientras lo estaba pensando, una voz masculina lo hizo por ella.

—Se va a quedar tanto como podamos retenerla.

Betsy se dio la vuelta hacia el hombre que se aproximaba desde la puerta de la cafetería.

– Demonios, Kane, ¿qué pretendes acercándote a mí con tanto sigilo?

– No a ti – respondió él con una sonrisa –, sino a tu clienta – le dio los buenos días a Regina y le preguntó –: ¿Le importa que me sienta con usted?

Ella le hizo un breve gesto con la mano hacia el asiento de enfrente. Quizá él pudiera decirle cuándo podría ver a su abuelo de nuevo.

Betsy los miró con curiosidad mientras Kane se sentaba. Después le ofreció café, y cuando él lo rechazó, dijo irónicamente:

– Bueno. Me doy cuenta de cuándo sobro. Os veré luego.

Mientras se marchaba, Kane le preguntó a Regina:

– ¿Betsy ha estado preguntándole por su vida?

– No, no hemos llegado tan lejos.

– No se moleste con ella – le dijo Kane –. No tiene mala intención. Es buena persona.

– Ya me he dado cuenta.

Kane le hizo un gesto hacia la sien.

– ¿Qué tal va su cabeza?

– Muy bien.

– ¿No tiene dolor, ni náuseas?

Aquel interés tan amable hizo que ella se sintiera maleducada, así que hizo un esfuerzo y respondió:

– Ayer me dolió un poco, pero se me pasó cuando me acosté. Y esta mañana estaba perfectamente.

Él asintió.

– ¿Y qué tiene planeado para hoy?

– Voy a ir a Hallowed Ground para hablar con su abuelo, claro. Tengo que terminar el trabajo.

– Bien, yo debería decirle que mi abuelo no estará disponible esta mañana.

Ella frunció el ceño.

– ¿Qué quiere decir?

– Bueno, Pops es un hombre de costumbres. Los martes, después de su desayuno, su aseo personal y un par de horas de trabajo, siempre queda con una amiga, la señorita Elise, para comer. Eso significa que no volverá a Hallowed Ground hasta por la tarde.

– Vaya por Dios.

—Sí. Y ya que no podrá verla por la mañana, le sugiero que me permita enseñarle la zona.

—¿Enseñarme la zona?

—Sí. Debería ver algunas cosas, aparte del aeropuerto de Baton Rouge y este motel. Podemos comer en algún sitio agradable, y después, yo la llevaré a ver a mi abuelo.

—¿No tiene que trabajar?

—Mi mañana de trabajo está a su disposición.

Ella debería rechazar de plano aquella oferta. Aquello era evidente. Sin embargo, sabía que si aceptaba, tendría una excelente oportunidad para averiguar más cosas sobre Lewis Crompton y la demanda. ¿Quién mejor para informarla que el nieto que lo iba a representar en el juzgado?

Regina titubeó, pero finalmente, asintió.

—Está bien. Iré con usted, señor Benedict.

—¿De veras? —dijo él, muy sorprendido.

—Eso he dicho, ¿no?

—Estupendo. Y, por favor, llámeme Kane.

Al cabo de unos instantes, los dos salieron de la cafetería y subieron a la furgoneta verde brillante de Kane. Él puso en marcha el motor y salió a la carretera.

Atravesaron el pueblo por Main Street y pasaron por delante del antiguo edificio del juzgado, situado en la plaza principal. Había una estatua de bronce de un soldado de la Guerra Civil medio escondida entre las ramas de un enorme roble. En los edificios de la plaza había algunas tiendas de recuerdos, un salón de belleza y dos boutiques.

De camino hacia las afueras del pueblo, Regina vio varios talleres de coches, y atravesaron un mercadillo al aire libre. Más allá había casas de estilo ranchero, y después, campos vallados, donde la tierra negra aluvial estaba surcada de filas de semilleros hasta donde alcanzaba la vista.

La mayoría de las cosechas eran de algodón, le explicó Kane, y después siguió contándole cuándo y cómo se cultivaba la planta. También le enseñó enormes robles y arces, y otras seis o siete especies de árboles que crecían entre los campos de cultivo y a ambos lados de la carretera. El timbre profundo y la cadencia suave de la voz de Kane resultaban calmantes. Regina se relajó bajo su influencia, tanto que estuvo a punto de pasar por alto un nuevo ataque.

—Preferiría hablar de ti, más que de árboles y de algodón. ¿Dónde aprendiste tanto de joyas? ¿Has realizado estudios al respecto?

—Estudié gemología en el Instituto Gemológico de América —respondió ella, y se puso rígida en el asiento—. Pero es una pasión heredada.

—¿Quieres decir que empezó con una colección heredada de tu familia?

—Bueno, algo parecido.

En realidad, Regina había comenzado a interesarse por las piezas antiguas mientras trabajaba, después del instituto, en la casa de empeños de Abe Levine. Aquel anciano era para ella la encarnación de la palabra venerabilidad. Siempre había tenido tiempo para ella. Cuando Regina entraba en la tienda, dejaba a un lado su libro o el violín y le dedicaba una sonrisa cálida. Abe era una fuente inagotable de conocimiento, y parecía que disfrutaba sacando las piezas antiguas de las vitrinas para enseñárselas. Le contaba la historia de cada joya, su valor, la procedencia de las piedras preciosas, y le había enseñado cómo distinguir las verdaderas piezas de las falsificaciones.

Él era quien le había regalado el colgante de ámbar que siempre llevaba al cuello. Era su amuleto. Regina le había mentado a Kane cuando le había dicho que se lo había regalado un pariente, pero estaba segura de que a Abe no le habría importado. De todas formas, él era lo más parecido a un abuelo que había tenido.

Durante los días que había pasado en su tienda, Abe había despertado su imaginación, contándole las historias de piezas fabulosas que se habían sacado de contrabando de Rusia antes y después de la Revolución Bolchevique, o de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, y también el pasado trágico de joyas más sencillas de aquellos tiempos. Había sido el anciano quien la había puesto en contacto con el círculo de compradores y vendedores de joyas antiguas, quien la había ayudado a ganar su primera comisión, quien la había animado a que aceptara su primer encargo para tasar y vender una colección. Aunque ella también había estudiado y aprendido por su cuenta, le debía mucho a aquel adorable anciano, empezando por su independencia.

Abe nunca había apreciado demasiado a su primo Gervis. Y el sentimiento era mutuo: Gervis no había llorado la muerte del mentor de Regina.

Era raro, pero pensándolo bien, Lewis Crompton le recordaba a Abe.

Al cabo de un rato, Kane se salió de la carretera por la que circulaban y tomó un camino arenoso. Antes de que ella pudiera preguntar adonde se dirigían, atisbo un retazo de agua entre los árboles.

—Horseshoe Lake —le dijo Kane, mientras detenía la furgoneta.

Ella se quedó allí sentada durante un largo instante, mirando el lago, que destellaba bajo la luz del sol como si hubiera un millón de luces escondidas bajo la superficie del agua. Regina abrió la puerta de la camioneta y bajó. Estaban rodeados de altísimos árboles. Ella caminó hasta la orilla, y Kane la siguió.

—El agua está muy turbia —comentó cuando él llegó a su altura—. Parece que algo primigenio va a salir de entre las aguas.

—¿Chorreando cieno y nenúfares? —le preguntó Kane, lanzándole una sonrisa burlona—. Parece que has visto demasiadas películas de pantanos. Aunque, en realidad, sí hay un pantano más allá del lago. Son varias hectáreas de ciénaga surcadas de vías fluviales donde uno se puede perder para siempre.

—¿Has estado allí?

—Cuando era niño, jugaba en la ciénaga todos los veranos.

— ¿Y por qué hacías semejante cosa? — le preguntó ella con un escalofrío.

— Por divertirme. Era un juego. Un primo y yo ahorramos dinero y compramos un bote de aluminio de segunda mano y un viejo moloc. Algunas veces, Luke y yo salíamos durante varios días.

Mirándolo, Regina intentó imaginarse lo que él le estaba describiendo. Era tan diferente a nada que ella hubiera conocido que parecía que le estaba contando la vida en otro planeta.

— Me imagino que a la policía no le haría mucha gracia tener que llamar a los equipos de rescate.

— Eso nunca ocurrió. Luke y yo siempre encontrábamos la manera de volver a casa.

— ¿Ya tus padres no les importaba?

— Mis padres murieron, y creo que mi tía Vivian, que me cuidaba, pensaba que era mejor que yo estuviera explorando la ciénaga que haciendo otro tipo de cosas. Los padres de Luke no se preocupaban demasiado de nada hasta que ocurría algo, pero sobre todo, no les preocupaba el campo. Luke tiene un sexto sentido en lo que al campo se refiere. No hay nadie que lo conozca mejor.

— ¿Ni siquiera tú? — le preguntó ella, secamente. Kane sonrió.

— Yo no le llego ni al tobillo a mi primo. Sus antepasados han vivido alrededor de este lago durante siglos. Hay dos ramas indias en el árbol genealógico de su familia. Túnica y Natchez.

— ¿De veras?

— Por esta zona es muy común.

Ella tuvo de nuevo aquella sensación de estar en un territorio extranjero. El estilo de vida que él le describía, y la estrecha relación que mantenía con su primo eran algo desconocido para Regina. Y todo aquello le resultaba atrayente, quizá por lo extraño.

Mientras intentaba imaginárselo, le preguntó:

— ¿Y tu primo vivía cerca?

— Unos cuantos kilómetros más adelante. A decir verdad, todavía vive allí.

Entonces, Regina notó que él se había sorprendido por su interés, y sintió recelo. Se volvió hacia el lago y le dijo:

— Creo que el señor Crompton me dijo algo ayer sobre que esto era una parte del río Misisipi. ¿Es cierto?

— Antes de que cambiara de curso, el Misisipi había creado un cauce nuevo, y había formado esta masa acuosa en forma de herradura. Después el río cambió de camino y esta parte se transformó en un lago. De todas formas, todavía se conecta con un pequeño afluente del río que renueva el agua.

Regina asintió. Allí reinaba la paz, con el sol cálido y deslumbrante, la brisa suave acariciándoles la cara, y el susurro de los árboles sobre sus cabezas. El día estaba transcurriendo lenta y relajadamente. Era tan diferente a lo que había dejado en

Nueva York, que Regina no podía evitar preguntarse lo diferente que ella habría sido si siempre hubiera vivido en una magia natural como aquella.

– Bueno, ¿te apetece que volvamos ya?

Ella se sobresaltó al oír la pregunta de Kane. Se dio la vuelta con los ojos muy abiertos, desorientada. Se había olvidado que él estaba allí. Se había olvidado que, aunque su compañía fuera tranquila y silenciosa, él seguía vigilándola y juzgándola.

– ¿Estás bien? – le preguntó Kane, que se había acercado rápidamente a sujetarla por el codo.

Ella jadeó y soltó una suave carcajada.

– Oh, sí. Sólo estaba... a miles de kilómetros de aquí.

– ¿De verdad? – insistió Kane, y le miró el moretón que tenía en la sien, medio escondido entre el pelo.

– Estoy bien, de verdad.

Él la miró fijamente a la cara durante unos instantes más, y después asintió.

– Está bien. Entonces, ya es hora de que nos marchemos.

Ella se dio la vuelta y caminó hacia la camioneta. Sin embargo, él no le soltó el codo, y Regina tuvo la sensación de que le ardía la piel al contacto de sus dedos, como si la estuviera marcando. Su forma de comportarse era muy protectora, casi posesiva.

Ella se apartó y se zafó de su mano. Quizá fuera cierto que le pasaba algo, porque aquel pequeño gesto le requirió un esfuerzo.

Unos momentos después, cuando habían recorrido el camino hasta las afueras del pueblo de nuevo, Kane se dirigió a ella de nuevo.

– Necesito parar un minuto en mi casa, si no te importa. Estamos muy cerca. Ayer estaba leyendo unos documentos y me los dejé en la mesilla de noche. Si los recojo ahora, después me ahorraré un viaje.

Aunque la actitud de Kane era despreocupada, Regina se puso tensa. Había oído antes aquella excusa, y no le gustaba nada.

¿Por qué demonios pensaría Kane Benedict que ella era tan ingenua, y mucho menos tan complaciente? Debía de ser por el hecho de que hubiera accedido a ir con él tan fácilmente. Regina sintió repugnancia. Le resultaba muy difícil creer que el nieto de Lewis Crompton contara aquello, pese a lo que había ocurrido en el ataúd la tarde anterior. Sin embargo, allí estaban aislados, lejos de civilización y la seguridad. No había transeúntes, ni cabinas telefónicas, ni policía. No había ningún arma para defenderse. Entonces, la pregunta más aterradora era: no iba a evitar ella lo que él tuviera en mente.

Capítulo 4

La camioneta se acercó a una avenida flanqueada de robles que conducía a una casa de estilo antillano, con un tejado a dos aguas que protegía el porche que rodeaba la edificación. Por el camino umbrío bajaba un Jeep lleno de barro, cuyo conductor hizo señas a Kane para que se detuviera junto al cruce. Un hombre alto y moreno bajó del Jeep y se acercó a la camioneta por el lado del conductor.

—¿Qué tal, Kane? —le dijo, y después miró a Regina y se rozó la visera de la gorra—. Señora.

—Bien —respondió Kane, relajadamente, con una de sus fuertes muñecas apoyada en el volante—. Regina, te presento a mi primo, Luke Benedict. Regina está aquí por trabajo, Luke.

Regina se inclinó por delante de Kane para tenderle la mano a Luke a modo de saludo, y le dijo:

—Estábamos hablando sobre ti, creo.

—¿De veras? —preguntó Luke, sonriendo, mientras retenía su mano—. No me imagino que Kane pueda contar algo sobre mí que una señorita debiera oír.

—Eran hazañas de la niñez —respondió ella, respondiendo con una sonrisa a la admiración que se reflejaba sin reparos en la mirada de Luke, y a la pura alegría de vivir que irradiaba aquel hombre.

El parecido con su primo Kane era evidente en la altura y en la constitución fuerte del cuerpo, pero al mismo tiempo, Luke tenía algo diferente. Su pelo era negro azulado, tenía la piel más oscura y los ojos de un marrón muy oscuro.

—Incluso peor —dijo Luke—. Pero Kane no puede haber hablado muy mal de mí, porque él hacía las mismas cosas que yo. Aunque ahora ya no. Está demasiado ocupado trabajando como para divertirse.

—Bueno, ya puedes soltar a Regina —dijo Kane y tomó con una mano la muñeca de él y con la otra la de Regina para separarlas—. ¿Para qué demonios nos has hecho parar?. Date prisa. Tenemos cosas que hacer.

—Siempre ocupado —dijo Luke, y le guiñó un ojo a Regina mientras hablaba con su primo—. ¿Sabes que tiene una personalidad difícil? ¿Que tendrás que ser muy indulgente con él?

Regina no habría sabido qué responder aunque hubiera estado concentrada en la pregunta. En realidad, toda su atención estaba puesta en su muñeca, que todavía estaba aprisionada por Kane. Parecía que él se había olvidado de que la tenía agarrada, y obligaba a Regina a mantener una posición incómoda.

—Quería recordarte lo de mi juerga, Kane —dijo Luke—. Voy a montar el gran espectáculo de todos los años por el Memorial Day en Chemin-a-Haut, y espero que vengan todos los vecinos y los amigos. Regina está invitada, por supuesto. De hecho, si no la traes me lo tomaré como un insulto.

- Es posible que la señorita Dalton ya se haya marchado para entonces.
- Eso sí que sería una pena. No sabes lo que te pierdes – le dijo Luke a Regina.
- ¿Chemin-a-Haut? – preguntó ella, repitiendo aquellas sílabas.
- Es mi humilde morada – dijo Luke, señalando hacia la casa que estaba tras ellos.
- Y esta... er... juerga... ¿es una fiesta?
- Una fiesta por todo lo alto, cariño. Habrá comida, bebida, música y baile – explicó Luke, y apoyó un codo en la ventanilla de Kane –. También habrá fuegos artificiales, platillos voladores, estrellas fugaces... en fin, es algo que merece la pena. A todo el mundo le encanta, incluido a mí. Dime que vas a venir.

En un tono de voz lacónico, Kane dijo:

- Ya se verá.
- Lo siento – intervino Regina –, pero no sé si estaré aquí. Todo depende del señor Crompton.
- ¿Pop Lewis? – preguntó Luke alegremente –. Yo puedo arreglar eso.
- Pero no vas a hacerlo – dijo Kane con aspereza.
- ¿No? – preguntó Luke, y al mirar a Kane, se le borró la alegría del semblante.
- No tiene sentido – respondió Kane y siguió con una explicación de lo más seca –. La señorita se irá a Nueva York antes del fin de semana.
- Tiene algo que ver con la demanda, verdad? – preguntó Luke, y miró a Regina –. No me digas que tú también estás involucrada en todo ese lío.
- No, en absoluto – respondió ella rápidamente, y después agravó la mentira añadiendo –: No tiene nada que ver conmigo.
- Buena chica. No querrás interponerte entre un hombre y su obsesión.

Kane apretó la mandíbula.

- Yo no estoy obsesionado.
- Pues eso es lo que parece. ¿Tú no lo crees, Regina?

Parecía que aquélla era una vieja discusión, y aunque era una tontería hacer un comentario sobre algo que había entre aquellos dos hombres, algo que ella no entendía, Regina no pudo resistirse. Con una ligera sonrisa, dijo:

- Sí, parece que está un poco preocupado.

Luke sacudió la cabeza lentamente.

– Deberíamos hacer que se distrajera, por su propio bien. ¿Cuánto tiempo has dicho que ibas a quedarte por aquí?

Ella le explicó brevemente lo que tenía que hacer con la colección de joyas de Lewis Crompton y le dijo que tenía una cita aquella tarde. Después añadió que se marcharía al día siguiente, si todo salía satisfactoriamente.

—Es una pena —dijo Luke, con un suspiro. Sin embargo, al instante se alegró—. De todas formas, si estás aquí por trabajo, supongo que el viejo Kane no tiene ningún derecho, ¿no?

—Correcto —respondió ella, aunque sin mirar a Kane.

—¿Y te apetecería venir a cenar conmigo a una marisquería? Hay un restaurante estupendo justo a las afueras de Turn-Coupe, donde ponen ostras y gambas deliciosas, con una salsa tan fina que...

—Alto, alto —interrumpió Kane, alzando una mano—. Es posible que la reunión con Pops se alargue. Y él esperará que la señorita Dalton se quede a cenar. Ya he avisado a Dora, por si acaso.

—Yo se lo he pedido primero —protestó Luke.

—No creo que la señorita Dalton quiera arriesgarse a perder una buena comisión por comer gambas fritas —atajó Kane, y sin esperar respuesta, arrancó el motor y comenzó a dar marcha atrás.

Luke se apartó del coche rápidamente y gritó:

—¡De todas formas, más te vale a ti venir a mi fiesta!

—¿Acaso no voy siempre? —respondió Kane, y sacó la mano por la ventanilla para despedirse de su primo.

Regina se cruzó de brazos y fijó la mirada en la carretera. En un tono helado, le dijo:

—Podrías haber dejado que respondiera por mí misma.

—¿Querías ir a esa marisquería con Luke?

—No necesito que tomes decisiones por mí.

—Entonces quizá quieras volver —replicó con una sonrisa tensa—. Prefieres decirle a Luke que realmente, no quieres cenar con él, pero que has decidido volver a rechazarlo en persona sólo para demostrar que puedes decidir las cosas por ti misma.

—No seas ridículo.

—Entonces, demuestra un poco de agradecimiento. Yo te hago el trabajo sucio y tú sales airosa de la situación.

Aquel hombre, realmente, era demasiado.

—¿De verdad crees que me estabas ayudando?

Él se volvió hacia ella durante un instante, y mirándola fijamente, le preguntó:

—¿Soy yo el que no te cae bien, o detestas a todos los hombres en general?

—Yo no detesto a nadie —respondió ella, irritada.

—Pues no lo parece.

—No sé de qué estás hablando.

—Le pones objeciones a mi compañía, no soportas que te rocen y no aguantas que me acerque. ¿Qué otra cosa voy a pensar?

El rumbo que estaba tomando la discusión era muy incómodo. Regina tenía que distraerlo. Además, también debería empezar a aprovechar las ventajas de estar a solas con él para hacer su trabajo, antes de que llegaran a su casa y se viera obligada a hacer algo que lo alejara de ella de una vez por todas.

—Tú no tienes por qué pensar nada sobre mí. De hecho, me sorprende bastante que estés perdiendo el tiempo conmigo cuando tienes una demanda tan importante de la que ocuparte.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y por qué piensas que es una demanda tan importante?

—Para empezar, por la forma en que la gente habla de ella. Y por lo mucho que te enfadaste cuando pensaste que yo tenía algo que ver con el asunto, para continuar. ¿Qué es lo que pasa? ¿Es una cuestión legal aburrida, o es algo más dramático?

—No es nada interesante.

—A mí sí me lo parece.

—Yo prefiero hablar de otras cosas. Por ejemplo, ¿cómo es que no estás casada?

—¿Y quién dice que no lo estoy?

—No llevas alianza.

—Algunas mujeres no llevan alianzas hoy en día, de la misma forma que conservan el apellido de soltera.

—¿Y es eso lo que tú haces, o es que estás intentando evitar darme una respuesta directa.

Ella dejó escapar un suspiro de cansancio respondió:

—No, no estoy casada.

—Pero has dado a entender que sí lo estás.

—¿Y qué importa?

—No importa. En realidad, esta conversación no tiene sentido. Olvida que te lo he preguntado.

A Regina le encantaría olvidarse. De hecho, se olvidó en el instante en que se dio cuenta de que salían de la carretera principal y tomaban un camino, al final del cual había una casa.

Era un sueño del Sur, un templo griego, cuadrado, blanco, de dos pisos, con balconadas en todos los muros. Desprendía elegancia y paz, pese a su enorme tamaño, y estaba rodeada de enormes robles. Era impresionante.

—Entra un momento —le dijo Kane, mientras detenía la furgoneta frente a la puerta principal—. Seguro que te darán una taza de café.

Ella se acomodó con firmeza en el asiento, y con rigidez, respondió:

—No, gracias.

—Sólo serán unos minutos, y estarás más cómoda.

—No —repitió ella, con vehemencia.

Él sonrió ligeramente y sacudió la cabeza.

—Esto no es una escena de seducción, si es lo que estás pensando. Hace mucho tiempo que no me tiro con nadie al suelo y me salgo con la mía.

—Me alegro de oírlo, pero de todos modos voy a esperar aquí.

—Como quieras.

Efectivamente, Regina se quedó observando los árboles y la casa, y a los pocos minutos, reclinó la cabeza en el asiento y se dejó llevar por la potente imagen que las palabras de Kane habían dibujado en su mente. Casi podía ver a Kane arrojándose con una mujer sobre un suelo de madera cubierto de lujosas alfombras, besándola y acariciándola...

En aquel momento, alguien dio unos suaves golpecitos en la ventanilla de Regina, y la sacó de sus ensoñaciones. Sobresaltada, volvió la cabeza y vio a una mujer mayor junto a la furgoneta. Aunque tenía el pelo canoso, era atractiva y esbelta. Se parecía mucho a Kane. Regina bajó la ventanilla.

—Buenos días, querida. Soy Vivian Benedict, la tía de Kane. El me ha dicho que te habías quedado aquí fuera. ¿No quieres entrar a tomar una taza de té o de café? Tengo una riquísima tarta de higo recién salida del horno.

—Oh, no, muchísimas gracias...

—¡Tonterías! Todo el mundo necesita reponer fuerzas a esta hora de la mañana —la mujer abrió la puerta de la furgoneta para que Regina bajara—. Además, tengo entendido que estás interesada en la colección de joyas de la abuela de Kane, y yo puedo contarte muchas cosas de la mayor parte de las piezas. La abuela de Kane, la señora Mary Sue, era muy amiga de mi madre, y la madre de Kane, Donna, y yo, jugamos mucho de niñas, antes de convertirnos en cuñadas. Nos llevábamos muy bien. Vamos, ven conmigo. No aceptaré un no por respuesta.

Fue imposible resistirse a aquella persuasión tan agradable. Cuando entraron en la casa, Vivian la condujo hasta un precioso comedor decorado en diferentes tonos de verde, situado junto a una enorme cocina. Un delicioso aroma de bizcocho inundaba la estancia, y Regina se dio cuenta de que la mesa estaba puesta para el desayuno. El trozo de tarta que había en su plato era grueso, jugoso, relleno de trozos de fruta en conserva, oscuros y dulces, y cubierto de caramelo y de nueces pecanas. Las tazas y los platos eran de porcelana, la servilleta de tela adamascada y los cubiertos de plata. Contra su voluntad, Regina se sintió impresionada.

—Esto es muy agradable —dijo—, pero creía que Kane iba a tardar muy poco tiempo.

—¿Te gusta la tarta? Es una receta que estoy perfeccionando para Southern Living Magazine.

—¿Le pagan?

—No, no, sólo lo hago por entretenerme. En cuanto a Kane, tendrás que perdonarlo, querida. Tenía un par de llamadas a las que responder. Estos días está muy ocupado —dijo la señora. Tomó su propio plato y su café y se sentó frente a Regina, sonriendo.

—Es... es muy amable por su parte tomarse estas molestias por mí —dijo Regina. Miró el plato y tomó el tenedor para partir un trozo de tarta.

—En realidad —dijo Vivían Benedict—, tengo un motivo... o quizá debiera ser sincera y decir que tengo curiosidad. He hablado con el señor Crompton esta mañana, y me ha contado lo que ocurrió ayer en el viejo ataúd.

—Ah.

De repente, Regina tenía la boca tan seca que no podía masticar el pedacito de tarta deliciosa que acababa de tomar.

—Aunque yo no le he dicho a Kane que lo sabía, claro.

Regina la miró sin entenderla.

—¿Que por qué no se lo he dicho? Bueno, quería saber si él iba a contármelo. La explicación debe de ser muy entretenida, o eso creo yo.

Regina tragó antes de responder.

—Eso depende del punto de vista de cada uno.

—Entonces, a ti no te pareció divertido, entonces —dijo Vivían—. Quizá he entendido mal la situación.

—Fue un poco... embarazoso.

—Oh. Sí, ya lo entiendo. Y conociendo a Kane, estoy segura de que él no le puso las cosas fáciles —dijo, y suspiró—. Es posible que yo haya criado a Kane, pero me hago pocas ilusiones con él. Es un granuja, como su padre y su tío, mi difunto marido. Tuve mucho trabajo con ese chico, te lo aseguro, después de que murieran sus padres.

—¿Murieron?

—Se ahogaron en un estúpido accidente de pesca. Kane se había quedado conmigo ese fin de semana porque se estaba recuperando del sarampión, y las dos familias vivíamos juntas en esta casa. Después, tuvimos que seguir con nuestras vidas, mi marido, Kane y yo, y me sentí bendecida porque al menos se me hubiera permitido eso, ya que mi John y yo nunca tuvimos hijos.

—Kane fue muy afortunado por tenerla a usted —dijo Regina, pensando en su propia experiencia. Ella se había quedado sola cuando sus padres faltaron.

—Quizá, pero eso explica el aprecio tan grande que le tiene a lo que le queda de familia. Sobre todo, hacia su abuelo. Y también explica por qué es tan protector.

—Supongo que desconfió mucho de mí.

Vivían Benedict apretó los labios y después suspiró.

—Me temo que tiene poca fe en las mujeres, salvo en las que son de su familia. Hace unos años estuvo comprometido con una de las bellezas de la zona, Francie. Pero su

madre era una de esas mujeres que adoran los concursos de belleza, los cotilleos de Hollywood, los desfiles de modelos... Le llenó la cabeza a su hija de tonterías. El primer año de universidad, Francie dejó los estudios y se marchó a Nueva Orleans a trabajar a unos estudios de televisión. Después de unas cuantas semanas, llamó a Kane y le dijo que tenía unos terribles dolores por un embarazo extrauterino, y que tenía que operarse urgentemente. La operación costaba cinco mil dólares. Se había quedado sin trabajo, no tenía seguro, según dijo, y su madre no quería ayudarla porque creía que era responsabilidad de Kane. Kane le llevó el dinero inmediatamente, cosa que le costó un gran esfuerzo porque acababa de empezar a trabajar como abogado. Él quería quedarse para la operación, pero Francie le dijo que no. Su madre iba a ir con ella, y estaba furiosa con Kane, y posiblemente montara un escándalo si lo veía. Más tarde, Francie lo llamó de nuevo y le dijo que había complicaciones y que necesitaba diez mil dólares –Vivian sacudió la cabeza lentamente, mientras miraba a Regina a los ojos–. Supongo que imaginarás adonde fue ese dinero...

–Era mentira –dijo Regina.

–Claro. Cuando Kane quiso ponerse en contacto con el hospital, Francie no quiso decirle dónde había estado, ni el nombre de su médico. Sólo entonces, cuando él quiso emprender acciones legales contra el matasanos que la había visto, salió a la luz la verdad. No había habido embarazo. Todo ese dinero era para financiarse un viaje a Los Ángeles.

–Increíble.

–Kane nunca habla mucho de ello, pero le hizo mucho daño. Él quería a Francie, o eso creía. Se había comprometido con ella, y quería que se casaran cuando la chica estuviera dispuesta a establecerse. La familia y los hijos significan mucho para él. El hecho de usar algo tan íntimo como un embarazo para sacarle dinero... bueno, nunca ha vuelto a ser el mismo con respecto a las mujeres, después de aquello.

–Es un poco injusto que culpe a todas las mujeres por lo que le hizo una.

Vivian se encogió de hombros.

–La mayoría de los hombres reaccionan muy mal ante este tipo de cosas.

Regina pensó, en aquel momento, que ella no era tan diferente de Kane. Ella desconfiaba de los hombres por lo que uno le había hecho. Era extraño que nunca lo hubiera pensado desde aquella perspectiva. Sin embargo, buscar algo en común con Kane era lo peor que podía hacer en aquel momento.

Tomó el último trozo de tarta que le quedaba y le hizo un cumplido a su anfitriona mientras dejaba el plato en la mesa. Vivian se levantó a rellenar sus tazas, y después se sentó de nuevo.

–¿Y qué puede contarme de las joyas del señor Crompton? Estoy maravillada con la colección, porque tiene algunas piezas realmente exquisitas.

–La mayoría son victorianas, ya que ése era el estilo preferido de la señorita Mary Sue. El señor Crompton siempre la llamaba la colección de su esposa, pero él fue quien le regaló la mayoría de las piezas en sus cuarenta años de matrimonio.

— Me pregunto por qué querrá venderla — preguntó Regina con tacto.

— Es posible que tenga alguna relación con la demanda, tal y como piensa Kane, pero también podría significar que su relación con su amiga, doña Elise, se está volviendo más seria después de todos estos años.

Al ver una oportunidad para sacar un tema que le interesaba mucho más, Regina comentó:

— Parece que Crompton's Funeral Home lleva mucho tiempo en este pueblo.

— ¿Lo dices por el ataúd que hay en el salón del señor Crompton? — le preguntó Vivian con una carcajada—. Realmente, me habría encantado ver su cara cuando abrió la tapa y os vio a los dos. Siempre anda diciendo que tiene la cosa a mano por si hay una urgencia, pero no creo que fuera eso lo que tenía en mente.

— Espero que no — dijo Regina—. Aunque no lo conozca mucho, no me lo imagino diciendo eso.

— Pues es cierto. El humor negro va con este trabajo, ¿sabes? Supongo que es algo necesario, casi como una forma de alivio. Los seres humanos no sacamos lo mejor de nosotros mismos en tiempos de tristeza. ¡Las historias que podría contar Lewis si quisiera! He visto miles de veces cómo sacudía la cabeza cuando las familias se agarraban a golpes por las cosas más insignificantes, como si tener coro en el funeral, o sobre el color favorito del finado. Y, por supuesto, las peores discusiones son siempre por el dinero. Ya sabes, quién pagará, y quién va a heredar.

— La gente se pone furiosa por las propiedades y el dinero, cierto — observó Regina, para animarla a que hablara más.

— Sí. Ahora me viene a la cabeza una historia que corre por ahí, la de la viuda Landry. Su marido había sido un roñoso toda la vida. Después del funeral, ella buscó por todas partes el dinero que él había estado ahorrando centavo a centavo, pero no lo encontró. Finalmente, hizo que lo desenterraran y encontró el dinero: el difunto lo llevaba escondido en el forro de la chaqueta del traje.

— Intentó llevárselo con él — dijo Regina, riéndose sin poder evitarlo.

— ¡Y estuvo a punto de conseguirlo!

— Vosotras dos tenéis una conversación muy morbosa — dijo Kane mientras entraba a la sala y se dirigía hacia la cafetera. Posó la mirada en la cabellera de Regina durante unos segundos antes de continuar—: Lo habría esperado de ti, tía Vivian, porque siempre has vivido con el nieto de un enterrador, pero me sorprende en Regina.

— Ella es muy amable, y tiene sentido del ridículo — respondió su tía, mirándolo con cariño, aunque burlescamente—. Al contrario que alguien a quien yo conozco.

Él se rió.

— ¿Tú también crees que tengo que mejorar mi personalidad? Supongo que eso es algo en lo que las dos estáis de acuerdo.

Capítulo 5

Pops era un viejo zorro, pensó Kane. No sólo se había negado a alterar su horario habitual para ver a Regina aquella mañana, sino que se estaba zafando para el resto del día. Cuando Kane le había llamado para confirmar la reunión con Regina, su abuelo le había dicho que tenía que atender a un amigo cuyo hermano había muerto en otro estado, y le había pedido que organizara el funeral.

Kane no dudaba que era cierto, pero sí dudaba que fuera necesario cancelar la reunión con Regina para complacer a un amigo. Lo más posible era que su abuelo estuviera tramando algo. Quizá estuviera reconsiderando su decisión de vender las joyas, o quizá estuviera haciendo de casamentero, ya que aparentemente pensaba que su nieto estaba trabajando demasiado y necesitaba la distracción de la compañía femenina, sobre todo la de cierta pelirroja.

Sin embargo, Regina no demostró ningún interés por pasar más tiempo con él. Cuando Kane le dijo que su abuelo había pospuesto su reunión, ella había optado por volver al motel.

Aunque aquello no fue muy reconfortante para su ego, Kane pensó que en realidad era positivo. Le parecía interesante volver a sentir atracción por una mujer, volver a sentirse vivo de aquella manera, pero sabía que no era lo más adecuado, y mucho menos por Regina.

Cuando volvía a su furgoneta, después de acompañar a Regina a la habitación del motel, se dio cuenta de que había un Ford Taurus de color granate aparcado en la calle de enfrente. Estudió atentamente al hombre que había tras el volante. El tipo estaba leyendo el periódico. Kane frunció el ceño, intranquilo.

La gente no se quedaba sentada en el coche, esperando, en Turn-Coupe, salvo en los aparcamientos de los supermercados o de los centros de jardinería y bricolaje. No había razón para hacerlo. Si aquel hombre no era del pueblo, y tenía una cita secreta en el motel, entonces habría estado escondido en una de las habitaciones, en vez de estar allí a la vista de todo el mundo. Además, era un tipo llamativo, y sumando todos aquellos datos, era fácil saber que era un forastero que no estaba acostumbrado a los usos de un pueblo pequeño.

¿Qué demonios estaría haciendo en Turn-Coupe?

Kane se dio la vuelta y entró en la recepción del motel. Betsy alzó la vista del libro que estaba leyendo y lo saludó sonriente.

—¿Tienes a ese tipo de ahí registrado en el hotel, por casualidad? —le preguntó, señalando con el pulgar hacia atrás.

Betsy levantó la cabeza lo justo para poder mirar por la ventana y soltó un resoplido desdeñoso.

—No, pero esta mañana entró en la cafetería, pidió lo más barato de toda la carta e hizo un montón de preguntas. De salida, agarró un periódico gratuito que alguien se había dejado. Y lleva ahí aparcado desde entonces.

– ¿Qué preguntas?

– Ha preguntado qué tipo de pueblo era Turn-Coupe, su industria, si hay trabajo, cómo son los bares, esas cosas. También quería saber cuántos huéspedes tengo y qué clase de motel regento. Creo que sospechaba que era uno de citas, pero le dije que eso no daba muchos beneficios –le dijo Betsy–. Después quiso saber si tenía a alguien interesante registrado.

– ¿Y se lo dijiste?

– Pues claro que no. ¿Pero sabes lo que pienso? Que es un detective privado, o algo así.

– ¿No habrás estado leyendo demasiadas novelas de misterio?

Ella no hizo caso de aquel comentario.

– Tiene el aspecto de un detective, ¿sabes? Y podría ser que estuviera vigilando a algún marido infiel, o algo así.

Kane inclinó la cabeza al notar que ella tenía una expresión de duda.

– Pero tú no lo crees, ¿verdad?

– Están sucediendo cosas más interesantes por aquí, ¿no?

– Crees que tiene algo que ver con el juicio.

– Esto tendría sentido.

– ¿Y por qué iba a preguntarte por tus huéspedes?

– No lo sé. Los únicos que tengo ahora son una pareja de fuera del pueblo que está visitando a su hija, unos albañiles, un vendedor y tu Regina Dalton.

– No es mía.

– Que tengas más suerte la próxima vez –le dijo Betsy, burlonamente–. Pero tienes que admitir que ella es el tipo de mujer al que un marido o un novio querría vigilar.

– ¿Porqué?

– No lo sé. Sólo estoy elucubrando. Quizá ese tipo te esté esperando a ti. Será mejor que tengas cuidado, Sugar Kane.

– Lo haré. Gracias, Betsy.

– De nada –respondió ella, y se enfrascó de nuevo en su novela antes de que él hubiera salido de la recepción.

Cuando salía del aparcamiento, Kane observó al tipo del coche. Memorizó su aspecto y el número de la matrícula del vehículo. Conocía a alguien que podría darle información sobre él en muy poco tiempo.

Melville Brown estaba en la oficina, hablando por teléfono y tomando notas, cuando Kane asomó la cabeza por la puerta. Su socio alzó la vista, sonrió y le hizo una seña para que entrara. Al los pocos instantes terminó la conversación telefónica y colgó. Se

recostó relajadamente en el respaldo de su butaca y entrelazó los dedos sobre el estómago.

— He oído — dijo, con su voz profunda y rica —, que has estado muy ocupado toda la mañana. O durante los dos últimos días. ¿Qué es eso del ataúd?

— No empieces.

— ¿Tan mal ha ido la cosa?

— Hice el ridículo. Pero de veras, estoy seguro de que esa Regina Dalton está tramando algo.

— Excusas, excusas.

— Ya lo verás.

La sonrisa de Melville desapareció.

— ¿De verdad crees que tiene algo que ver con el caso?

— Es de Nueva York — dijo Kane.

— Como mucha otra gente — replicó Melville.

— No me gusta la coincidencia. Además, tengo un presentimiento.

— Bueno, eso es muy distinto. E incluso lógico.

— Ella me inquieta.

Melville no dijo nada.

Cuando Kane lo miró a los ojos, se dio cuenta de que su socio estaba intentando no sonreír de nuevo.

— No de esa forma que estás pensando.

— Claro. Como tú quieras. Continúa entonces, por decirlo de alguna forma. Pero mientras, ¿quieres saber lo que he averiguado hoy?

— Por supuesto.

— Parece que Berry hizo un trato con una comunidad religiosa negra hace un tiempo. Compró sus cementerios y dio trabajo a miles de trabajadores negros vendiendo contratos funerarios para Berry Association, Inc. ¿Qué te parece?

— Suena bien, aparentemente. ¿Cuál es el truco?

— Los contratos sólo son para enterramientos. No incluyen servicios normales, como embalsamamiento ni velatorios en tanatorios de Berry. Al contrario que en otros tratos que han hecho con otras comunidades, que incluían esos servicios.

— ¡Dios Santo!

— Exacto — dijo Melville —. Berry está ganando millones de dólares con esos vendedores de la iglesia, mientras les paga una minucia. Y además, no pueden usar sus locales para los velatorios. Tienen que llevar a la pobre abuela difunta en un coche a cientos de kilómetros, donde hayan encontrado una sala de velatorio más

barata, y después de pagar un dinero por eso, pueden volver con el cuerpo y enterrarlo en uno de los cementerios de Berry.

— ¿Y esa discriminación no es demasiado descarada en estos días?

— Supongo que no cree que vayan a descubrirlo. Pero yo estoy impaciente por ver si sus abogados se atreven a mencionar en el juicio las buenas obras de ese tipo creando trabajo para los negros.

— ¿Crees que lo harán?

— Es posible. Sé de buena tinta que esperan llenar el jurado de caras negras.

— Así que van a centrar el juicio en las diferencias regionales. El Norte liberal contra el Sur conservador.

— Tu abuelo será presentado como el señor sureño retrógrado encastillado en su mansión, un esclavista de la industria funeraria, que intenta evitar que llegue el progreso a nuestra comunidad. Berry será retratado como un reformista moderno del Norte, que por lo tanto, no tiene prejuicios.

— Todo un espectáculo. Pero se van a llevar una buena sorpresa — dijo Kane, con convicción.

— Eso espero.

Siguió un breve silencio. Después de un momento, Kane preguntó:

— ¿Has enviado ya la oferta de Pops al bufete de Nueva York?

— Sí. Hablé con uno de los abogados, y me dijo que nos responderían en cuanto hubieran presentado el documento a su cliente. Pero Kane, francamente, no creo que acepten.

— Yo tampoco, pero lo sabremos pronto. Berry no tiene mucho tiempo para decidirse, si la elección del jurado comienza la semana que viene.

— Cierto.

— ¿Quieres ocuparte tú de eso?

— ¿De la selección de los miembros del jurado? ¿Crees que los medios de comunicación verían adecuado que yo rechazara demasiados negros?

— Estoy pensando que tú eres un buen juez de caracteres, sean del color que sean. Y también se me ocurre que los miembros del jurado negros pueden ser una buena cosa si tú puedes sacar el as que tienes en la manga.

— ¿Lo que le ha hecho Berry a esas iglesias negras? Puede que tengas razón. Sin embargo, este juicio se celebrará en el juzgado del distrito, no en Turn-Coupe. La comunidad negra de esta zona conoce a tu abuelo. Y eso no ocurrirá en Baton Rouge.

— ¿Crees que podemos correr ese riesgo?

Melville asintió resueltamente.

— Será un placer hacer que funcione.

Kane se pasó la mano por la cara y soltó un largo suspiro.

— ¿Sabes? Me he acostumbrado tanto a analizarlo todo, a buscar una artimaña en cada detalle, como por ejemplo en este asunto del jurado, que automáticamente pienso que todo el mundo tiene un plan oculto. ¿Crees que habré perdido la capacidad de diferenciar a un artista del chanchullo de alguien que está simplemente haciendo su trabajo?

— ¿Te refieres a Regina Dalton? Esa mujer te ha afectado tanto que no estás seguro de cómo catalogarla, ¿no?

— Lo que ocurre es que no puedo creer lo que me dice el instinto. O no quiero creerlo. Ella no parece del tipo de las que engañaría a un viejo.

— Oh, vaya — dijo Melville, sacudiendo la cabeza —. Tengo que conocerla.

— Como quieras. Pero yo puedo manejarla y lo haré, de un modo u otro.

— ¿Estás seguro?

Kane le lanzó una mirada cínica.

— Está bien — dijo Melville, con una mirada burlona —. Me estoy muriendo por ver cómo resulta todo.

— Y yo también — respondió Kane —. Y yo también.

Regina se acercó a la ventana y apartó cuidadosamente la cortina para poder ver por una rendija. El coche todavía estaba allí, aparcado frente al motel.

Tenía el pecho oprimido por la angustia, y le dolía la cabeza de la tensión. Ya había tenido suficiente esquivando las preguntas insidiosas de Kane Benedict durante todo el día, como para tener problemas añadidos.

Durante unos segundos, pensó que quizá hubiera sido él quien hubiera mandado a aquel hombre a vigilarla. Sin embargo, Kane le había demostrado que cuando quería algo, lo perseguía él mismo. Así que estaba detrás de ella.

Si Kane no era quien había enviado a aquel hombre, ¿quién había sido? ¿Lewis Crompton, quizá? Le parecía improbable, pero cosas más extrañas habían sucedido. Claro que aquel hombre podía estar observando a una novia que lo engañaba, o a una esposa infiel, o quizá fuera un traficante de drogas esperando un buen trato.

Había otra posibilidad más.

Se alejó de la ventana, tomó el teléfono de la mesilla de noche y marcó un número.

— Residencia de Gervis Berry — respondió una voz masculina al otro lado de la línea —.

¿Dígame?

— Soy Regina, Michael. ¿Puedes ponerme con Gervis?

— Muy bien. Él está impaciente por tener noticias tuyas.

Al cabo de unos instantes, Regina oyó la voz de su primo.

—Gina, cariño, ¿qué está pasando por allí?

—No mucho —respondió ella, intentando que su tono de voz fuera neutral—. Me he puesto en contacto con el señor Crompton y me ha encargado que tase su colección de joyas.

—Olvídate de esa maldita colección. Quiero saber lo que has averiguado.

—No he tenido tiempo de...

—Bueno, pues encuéntralo, porque yo no tengo todo el año. ¿Por qué te crees que te he mandado allí?

—Pues se me ha pasado por la mente preguntártelo —dijo ella—. Gervis, ¿has mandado a alguien a vigilarme?

—¿Cómo?

—Hay un tipo en un coche frente al motel. Lleva ahí todo el día. Creo que me está vigilando.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Cuando su primo volvió a hablar de nuevo, lo hizo en un tono de incredulidad.

—Vaya, Gina, ¿y tú crees que yo tengo algo que ver con eso?

—No lo sé. Por eso te lo he preguntado.

—Yo confío en ti como en ninguna otra persona, y lo sabes. Probablemente no será nadie, un reportero, o algo así.

—Está bien —respondió ella, y respiró profundamente—. Supongo que me estoy volviendo un poco loca con todo esto. Mira lo que ha sucedido.

En pocas palabras, le contó lo que había ocurrido con el ataúd.

—No puedo creerlo —dijo Gervis, furioso—. ¿Qué clase de gente es ésa?

—Son inteligentes, y no les importa pasarse de la raya. Y también son muy minuciosos, sobre todo, Kane Benedict.

—Vamos, cariño, sabes que tú le das mil vueltas a ese tipo.

Regina no estaba tan segura. Su primo estaba seguro de que su equipo de abogados ganaría aquella competición con facilidad. Y ella también lo había creído antes de ir a Turn-Coupe. En aquel momento, sin embargo, ya no estaba tan segura.

—Puede que tengas que replantearte toda esta situación —le aconsejó.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el nieto de Crompton no me encerró en un ataúd para divertirse, sino porque sospechaba algo. Sospecha de mí.

—¿Y por qué iba a sospechar?

—Porque no es tonto ni descerebrado, y será mejor que recuerdes eso para el futuro. Quizá sospeche porque yo aparecí en un momento demasiado conveniente para el señor Crompton, o quizá porque me vio sonriéndole un poco más de lo que debería a

su abuelo mientras hablábamos de sus joyas. No lo sé, Gervis. No me gustó esto desde el principio, y tengo un mal presentimiento.

– Estás nerviosa, eso es todo. Créeme, será más fácil cuando te acostumbres.

– ¡No quiero acostumbrarme! – gritó Regina –. Si hubiera sabido cómo iba a ser, no habría venido. No entiendo en qué estabas pensando cuando me lo pediste.

– En que puedes hacerlo, cariño.

– Me enviaste aquí sin preparación. ¡Ni siquiera me contaste nada sobre el nieto de Crompton!

– ¿Y cómo iba a saber yo que era un maníaco? De todas formas, yo no quería mandarte. Yo me preocupo por ti, cariño. Pero no tengo a nadie más en quien pueda confiar como en ti.

Aquello sonaba sincero, y le dio la valentía a Regina para decir lo que estaba pensando.

– No estoy segura de que pueda seguir. Quiero volver a casa.

– Ahora no me dejes tirado. Los tenemos acorralados, cariño. Han ofrecido un trato.

– ¿Y vas a aceptar?

– Ni hablar. Están hundiéndose porque saben que no pueden ganar. Lo único que tengo que hacer es esperar y tomar el premio.

– Tú no entiendes a esta gente, Gervis. Es posible que el acuerdo sea como un ofrecimiento de paz, porque prefieren ser justos. Si lo rechazas, te arrepentirás.

– ¿Así que ahora eres toda una experta en caballeros sureños? ¿Qué ocurrió en ese féretro, nena?

– Escúchame, Gervis. Yo he conocido a Lewis Crompton y a Kane Benedict, he hablado con ellos y los he visto en acción. Tú no. No están jugando, y no van a retirarse. Tú tendrás que jugar esta partida en su terreno, ante un juez y un jurado que ellos entenderán bien, pero tú no...

– Sí, sí – la interrumpió su primo –. Ya lo tenemos todo previsto.

– Estoy intentando decirte...

– Bueno, pues déjalo, porque no estoy escuchándote. Tienes un trabajo que hacer. Dijiste que lo harías, y ahora quiero resultados.

– Gervis, por favor.

– Me lo debes, Gina, sabes que me lo debes.

La vieja culpabilidad, tan predecible como inconveniente, se despertó en ella.

– Sé que has sido más que generoso conmigo, y has hecho más por mí de lo que nunca podré pagarte. Lo sé. Pero esto es distinto.

– Tú y yo contra el mundo, Gina. Somos familia. Estamos juntos. Nos ayudamos el uno al otro. Así ha sido siempre, y así será.

Aquellas palabras le provocaron un millón de recuerdos, todos ellos teñidos de cariño y gratitud. Los escasos buenos momentos de la niñez de Regina habían partido de Gervis. Y él había estado a su lado, sujetándole la mano, cuando había sufrido aquella terrible experiencia con aquel tipo, Thomas. Gervis había estado con ella en el hospital todo el tiempo. Él siempre había estado con ella, como ella debía estar con él.

Con un nudo en la garganta, respondió:

– Lo sé, Gervis, de veras. Es sólo que no estoy segura de que esto vaya a funcionar.

– Lo estás haciendo muy bien. A mí me parece que el nieto de ese viejo te persigue porque está interesado en ti, no porque sospeche. Podrías pensar en cómo usar esa ventaja, ¿sabes?

– No, no creo – dijo ella, con desesperación –. Él piensa que estoy tramando algo.

Gervis dejó escapar una carcajada seca.

– Pues tendrás que conseguir que cambie de opinión. No tiene que ser difícil. Tú puedes engañarlos a los dos, al nieto y al abuelo.

– Te he dicho que...

– Ya sé lo que me has dicho, cariño – respondió su primo, en un tono de voz muy duro –. Lo he oído todo, pero no creo que lo estés intentando de verdad. Y eso no es bueno, Gina. Me estoy jugando millones en este pleito, ¿me entiendes? No tengo tiempo para excusas, y no puedo quedarme de brazos cruzados mientras tú te preocupas por todo en este mundo salvo por mis problemas. Necesito que hagas este trabajo, y que lo hagas rápidamente.

Él tenía razón. Ella había estado pensando en sí misma.

– Lo haré lo mejor que pueda, pero lleva su tiempo acercarse a esta gente.

– No tengo tiempo. Concéntrate en Benedict, y averigua cuál es la estrategia que van a seguir en el juicio, y qué trucos tiene en la manga. Quiero todos los detalles que puedas sonsacarle. Pero lo que más quiero es que saques los trapos sucios del viejo Crompton, los secretos que nadie sabe. Lo vas a conseguir, o...

– ¿O qué, Gervis? – le preguntó ella, apretando con fuerza el auricular.

Como única respuesta, oyó cómo su primo colgaba el teléfono.

Dudley Slater estaba observando la luz de la habitación del motel donde se alojaba Regina Dalton. Ella era su billete para salir de aquella horrible vida que llevaba. Siempre durmiendo en el coche, haciendo trabajos de poca monta y acatando órdenes de desgraciados como Berry.

Iba a dejar que aquella mujer llegara al fondo del asunto, iba a dejar que ella averiguara toda la historia. Al fin y al cabo, ella tenía una tapadera, y él no. Aquello tenía que salirle bien.

Berry era un tipo difícil. Sacarle un buen pellizco le iba a costar, pero lo conseguiría. Dudley Slater no era ningún idiota, no señor. Sería un placer sacarle el dinero a aquel manipulador, a aquel miserable de Gervis Berry

Tendría que tener cuidado, claro, pensó Dudley mientras se rascaba la barbilla. No podía permitirse ningún desliz, o tendría que pasarse el resto de la vida mirando hacia atrás con miedo. Berry tenía contactos con la mafia, seguramente. Y si no los tenía, sería sólo porque la Cosa Nostra no podría tampoco soportar a aquel arrogante.

Dudley cambió de posición en el asiento y soltó un juramento. Dios, la espalda lo estaba matando. Tendría que moverse rápidamente, y no sólo en un sentido. Aquella bruja pelirroja le había echado un vistazo al entrar en la habitación, y también creía que había llamado la atención del tipo de la furgoneta. Aquél era el problema con los pueblos de mala muerte. Era muy difícil pasar desapercibido.

Tenía que aligerar las cosas. No sólo estaba harto de aquel juegucito, sino que el juicio se acercaba rápidamente. Sin embargo, Regina Dalton haría el trabajo por él. Aunque alguien debería meterle prisa. O quizá, él mismo podría ayudarla un poco con aquel abogado.

Aquella era una buena idea.

Incluso podría dar un golpe preventivo, adelantarse a la señorita Dalton. A Berry le gustaría aquello. Sin demandante, no habría juicio, ¿no?

Sí, aquella era otra buena idea.

Al viejo Dudley le gustaba tener planes alternativos. Si una cosa no funcionaba, la otra sí.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Regina fue a visitar al señor Crompton a Hallowed Ground. Esperaba encontrarse allí a Kane, pero Lewis Crompton estaba solo, desayunando en una sala contigua a la cocina, inundada de luz.

El anciano se levantó de la mesa cuando Dora la anunció, y desdeñó con un gesto de la mano sus disculpas por haber ido a visitarlo sin avisar. Los dos se sentaron ante una taza de café recién hecho y después de servírselo, Dora se retiró y los dejó solos.

Regina carraspeó antes de hablar, preparándose para comenzar con sus esfuerzos por conseguir alguna información útil para Gervis. Sin embargo, el señor Lewis se adelantó.

—Creo que Kane la llevó ayer a visitar el lago. ¿Qué le pareció?

—Precioso —respondió ella—. Nunca había visto nada tan lleno de paz. Pero yo quería hablar con usted sobre...

—Y tengo entendido que conoció a Luke. Debería quedarse e ir a su fiesta, querida. Nadie da fiestas como él. Lo pasaría estupendamente.

—Estoy segura de ello, señor Crompton. Sin embargo, yo quería hablarle de las joyas. Me parece que quizá haya cambiado de opinión en cuanto a vender la colección, y quisiera saberlo.

El se la quedó mirando un instante y dejó el tenedor en el plato mientras suspiraba.

—Pues sí, querida. He comenzado a tener dudas. Es a causa de Kane.

—Kane —repitió ella, resignada.

—Yo no creía que él se opusiera a esa venta. Pero lo ha hecho, y creo que antes de llevar a cabo la operación, debería cerciorarme de que no lo ha hecho sólo por orgullo. Quiero decir que... suponga que tiene a cierta mujer en mente, una mujer con la que quiera casarse. En ese caso, mi nieto se merece la oportunidad de darle las baratijas de abuela.

Baratijas. Aquélla sí que era una descripción poco acertada.

—Entiendo su punto de vista —dijo ella, con toda la paciencia que pudo—. ¿Pero cree usted que es una posibilidad real?

—No lo sé, y ése es el problema. Sé que es un abuso pedirle que espere un poco. Debe de tener otras muchas cosas que hacer además de esperar a que un viejo tome una decisión. Pero yo consideraría un gran favor que usted me concediera más tiempo para descubrir qué es lo que piensa Kane.

Aquella petición era exactamente lo que ella necesitaba. Era tan perfecta, de hecho, que la hizo sospechar. Regina observó con atención el rostro surcado de arrugas del anciano, buscando alguna expresión de astucia, de engaño, o al menos, una idea de lo que pudiera estar pensando. Sin embargo, su expresión era cálida y cortés. Lo cual podría indicar que él era completamente sincero, o que era todo un maestro de la manipulación.

Sin embargo, ella no podía permitirse el lujo de negarse a lo que le pedía en ninguno de los dos casos.

—Supongo que puedo esperar un par de días.

—Bien —respondió él satisfecho—. Me alegro muchísimo.

—Por otra parte —continuó ella—, como ya estoy aquí, y no tengo nada mejor que hacer, también podría examinar la colección y darle una estimación escrita, que usted podría conservar hasta que tomara una decisión. Entonces podría llamarme a Nueva York e informarme de lo que quiere hacer.

Mientras hablaba, Regina se preguntaba qué estaba diciendo. Si Gervis supiera que estaba desaprovechando aquella oportunidad de quedarse más tiempo en Turn-Coupe, le daría un ataque. Sin embargo, ella estaba padeciendo un ataque de honestidad y casi deseaba que el señor Crompton aceptara aquel ofrecimiento, de modo que ya no tuviera excusa para aprovecharse de su hospitalidad.

—Bueno, bueno, no hay tanta prisa. Si no se cuida, va a provocarse una úlcera.

Seguramente, él tenía razón. Regina se apoyó en el respaldo de la silla y tomó un sorbo de su taza de café. En aquella habitación reinaba una calma absoluta. No se oía el ruido del tráfico ni los sonidos del mundo mecanizado. Los pájaros cantaban y piaban en el jardín que había junto a la ventana de la sala.

—Creo que me acostumbraría muy fácilmente a su forma de hacer las cosas —dijo Regina con una sonrisa enigmática—. Es tan apacible.

—No ocurren muchas cosas que alteren esa calma. Normalmente.

Regina se dio cuenta de que el anciano se refería al juicio. Sin embargo, aquél era un tema que, de repente, ella no quería explorar. En vez de eso, le preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que vive aquí?

—Durante toda mi vida. Mi familia, bueno, mi abuelo llegó desde Carolina del Norte en mil ochocientos treinta. Su esposa, sus hijos y él llegaron en una carreta tirada por bueyes, en una caravana junto con otras seis familias. Se quedaron un par de años en Alabama, donde se casaron dos de los hijos, pero después dejaron allí a los recién casados y se establecieron aquí. Por eso hay Crompton esparcidos por todo el sur.

—¿Eran los Benedict una de las otras familias de la caravana?

Él sacudió la cabeza.

—Ellos ya vivían aquí. Nadie sabe cuánto tiempo llevan a las orillas del lago, pero ha debido de ser mucho.

—¿Está hablando de la rama india de la familia? ¿Es tanto tiempo?

—¿Cómo? Oh, sólo la familia de Luke tiene antepasados indios, pero los demás estaban aquí también. Según cuenta la historia, había cuatro hermanos que tuvieron que salir corriendo de Inglaterra alrededor del año mil setecientos. Tuvieron algo que ver con la muerte del miserable marido de una hermana, creo. Probaron suerte como piratas durante un par de años, pero finalmente recalaron en Nueva Orleans. Como

no les gustó demasiado el estricto gobierno español que había en la ciudad en aquella época, viajaron tierra adentro y terminaron estableciéndose aquí.

— Fascinante — dijo ella —. ¿Y qué ocurrió? ¿Cómo se las arreglaron para sobrevivir y multiplicarse?

— El hermano mayor se casó con una escocesa en algún lugar del Caribe, una que tenía el cabello tan rojo como el suyo, y un temperamento igual de fogoso. Kane proviene de esa rama. El segundo hermano se casó con la mujer india que los había guiado hasta el lago, creo. El tercero secuestró a una mujer española a la que no le importó demasiado que se la llevara consigo, y el más pequeño se casó con una francesa a la que encontró vagando por los bosques.

— Y todos vivieron felices y comieron perdices — dijo Regina, en tono ligeramente burlón.

— Se podría decir así. También sufrieron tragedias y accidentes, enfermedades, etcétera. Pero sobrevivieron y prosperaron. Ahora, los bosques están llenos de Benedict. Es gente que adora la vida, que ama con pasión, que paga sus deudas. Son fuertes, y no hay mejores personas en todo el estado. Yo me siento orgulloso de tener conexión con ellos.

— Sobre todo con uno de ellos — le dijo Regina.

— Es cierto que tengo debilidad hacia mi nieto, pero con razón. Kane ha puesto a mi disposición toda su experiencia y su sabiduría en este juicio, y su energía y su sabiduría están canalizadas hacia la batalla. Puede que tenga un temperamento fuerte y unos modales un tanto rudos, pero sería una pena que permitiera que esas cosas le impidieran ver lo buen hombre que es.

El señor Crompton estaba excusando a Kane. ¿Por qué? ¿Acaso pensaba que su nieto y ella estaban enemistados y quería arreglarlo? ¿O estaba intentando allanarle el camino a Kane porque creía que su nieto podría estar interesado en ella? Regina no sabía cuál de las dos cosas le causaba más inquietud.

En aquel momento, precisamente, Dora reapareció en la puerta de la sala.

— Señor, Kane acaba de llegar.

— Vaya, vaya, Dora. Qué mañana más concurrida.

Segundos más tarde, Kane entró al comedor y los saludó amablemente. Sin embargo, Regina sintió que se le tensaban los músculos del abdomen en una reacción instintiva. Y no todo era recelo. En gran parte, aquélla fue una respuesta puramente femenina al ver sus hombros anchos y al percibir la esencia fresca de un hombre recién afeitado y duchado. Y el hecho de que aquello la afectara tanto era muy molesto para ella.

— ¿Has desayunado? — le preguntó su abuelo.

— No tengo hambre, gracias — respondió Kane, mientras se sentaba en el lugar en el que Dora le había servido una taza de café. Esperó hasta que la mujer hubo recogido los platos y se hubo marchado —. En realidad, sólo venía a ver a Regina.

— ¿Sí? — preguntó ella con una sonrisa forzada.

—Me gustaría saber cuál es tu relación con un infame reportero de la prensa sensacionalista llamado Dudley Slater.

—No sé a qué te refieres.

—¿De verdad? ¿Nunca habías oído hablar de él?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Está apostado frente a tu puerta, para empezar.

Kane estaba hablando del hombre al que ella había visto en el coche granate, frente al motel.

—¿Sí?

El se sacó un par de papeles del bolsillo de la camisa, los desplegó y se los alcanzó a Regina.

—Ahí tienes su fotografía y su hoja de antecedentes penales.

Ella observó la fotografía. Era la de un hombre con la cara delgada, la nariz afilada y con unas profundas ojeras. Después de un momento, Regina miró a Kane. Él la estaba escrutando. Ella parpadeó instintivamente, aunque se dio cuenta de que aquello había sido un error. Con toda la compostura que pudo, dijo:

—He visto a este hombre frente al motel, creo, aunque él podría estar vigilando a cualquiera.

—Podría, pero no creo que sea así.

—¿Crees que está allí por mí?

—Sí, se me ha pasado por la cabeza.

Lewis Crompton carraspeó para advertir a su nieto, ante la acusación que acababa de hacer.

—¿Y cómo has conseguido información sobre este reportero? —le preguntó.

—Ayer me di cuenta de que estaba allí apostado, y le pedí a Roan que investigara en la oficina de alquiler de coches. Ese Ford fue recogido en el aeropuerto de Baton Rouge. Slater tiene antecedentes por acoso, agresión y allanamiento de morada, por no mencionar que tiene suficientes multas de aparcamiento como para empapelar varias habitaciones.

«Allanamiento», pensó Regina, y tragó saliva, consternada.

—¿Quién es Roan? —preguntó—. ¿Y qué tiene que ver en todo esto?

—Es el sheriff Roan Benedict —respondió el señor Crompton, amablemente—. Es la ley, aquí en Túnica Parish —dijo. Después se volvió hacia Kane de nuevo—. ¿Y por qué iba este Slater a vigilar a la señorita Regina? ¿Por qué no ha venido a espíarme a mí, o a ti?

—Eso es lo que estoy intentando averiguar —respondió Kane, mirando fijamente a Regina.

—Quizá piense que soy un testigo estrella.

– Podría ser – convino Kane –. Pero la cuestión es si piensa que eres un testigo del demandante o del demandado.

– ¿Por qué piensas eso?

– Porque no sé qué pensar. Estoy esperando a que tú me digas algo.

– Pues tendrás que disculparme, porque yo no puedo ayudarte.

Él no la creía. Regina lo vio claramente en su semblante. No había nada que pudiera hacer para evitarlo, y en aquel momento, no podía soportarlo. Sintió una fuerte necesidad de volver al motel, recoger sus cosas, pagar y marcharse.

– Gracias por el desayuno – dijo. Entonces, sonrió a su anfitrión y se puso en pie –. Estoy segura de que tendrán cosas de las que hablar, así que los dejaré solos. ¿Le importaría llamarme cuando haya tomado una decisión? – le pidió al señor Crompton.

– Por supuesto – respondió el anciano amablemente, mientras se ponía en pie y tomaba la mano que ella le había ofrecido –. Ha sido todo un placer.

– Para mí también – dijo Regina, y lo sentía de veras.

Se dio la vuelta para marcharse, pero antes de dar el primer paso, Kane le dijo:

– Te acompañaré al coche.

– Como quieras.

Cuando salieron al porche, él comentó:

– Veo que no llevas el maletín de las joyas, así que supongo que todavía no tienes la colección.

– Tu abuelo ha decidido darte otra oportunidad.

– ¿De veras?

– Eso me ha parecido. Supongo que hablará contigo pronto, porque me pidió que me quedara un par de días.

– Viejo zorro – murmuró él.

– ¿Cómo?

– No importa. Parece que, después de todo, podrás ir a la fiesta de Luke.

– Supongo que sí.

– Si quieres, te acompañaré. Y antes de que digas que no, déjame decirte que mi única motivación es la hospitalidad. Vas a quedarte aquí por Pops. Lo menos que puedo hacer es entretenerte un poco.

– Eso sería muy considerado por tu parte, si yo lo creyera.

Él se detuvo en seco.

– ¿Me estás llamando mentiroso?

– A los abogados no se les conoce exactamente por su ética. ¿Vuestra profesión no se basa en manipular al máximo la verdad?

– No, tal y como yo la practico.

– Oh, claro.

– Lo digo de verdad. Yo prefiero valerme de la verdad como arma.

– ¿Y se supone que yo tengo que aceptar eso cuando tú dudas de todas las palabras que salen de mi boca?

– Eso es diferente.

Ella le lanzó una mirada fulminante, y sintió que le ardía la cara de furia.

– De todos los desgra...

– ¿Eso quiere decir que no vendrás conmigo a la fiesta de Luke, después de todo?

– Conozco el camino, muchas gracias – dijo ella, y comenzó a caminar de nuevo hacia su coche.

– Como quieras.

Él no dijo nada durante unos segundos, pero cuando ella abrió la puerta del coche, la llamó.

– ¿Regina?

Ella se volvió, sorprendida al notar la preocupación en su tono de voz.

– Ten cuidado con Slater. Él no juega limpio.

Regina ya lo había sospechado. Sin responder, entró al coche y cerró la puerta de un portazo. Mientras volvía al motel, sus pensamientos eran caóticos. Le temblaban las manos. No entendía por qué permitía que Kane Benedict la alterara tanto.

Tenía que reconocer que él no le era indiferente. Aquel hombre había conseguido traspasar sus defensas desde la primera vez que se habían visto y había entrado en su territorio antes de que ella estuviera preparada. Se sentía expuesta y vulnerable. E inquieta, de una forma que no quería analizar. Y nerviosa. Cuando llegó a su habitación, comprobó que todas sus cosas estaban exactamente tal y como las había dejado, y que no faltaba nada. Si Slater había entrado allí, era muy bueno en lo que hacía.

Aunque en realidad, allí no había nada que pudiera interesarle a él, ni a nadie más. Ella se había ocupado de ello. Sin embargo, estaba furiosa ante la posibilidad de semejante intrusión, y lo que más le irritaba era que sospechaba que su primo no había sido sincero con ella. Tenía la intención de llegar al fondo de todo aquello.

Cuando respondió al teléfono, la voz de Gervis tenía un tono duro.

– Gina, cariño, espero que estés llamando para darme buenas noticias, porque me vendrían bien.

– Quiero saber por qué me has mentado en cuanto a Dudley Slater.

– Cariño, ¿por quién me tomas?

– No me mientas, Gervis. Tú me dijiste que no tenías nada que ver con el hombre que me está vigilando, pero sabías que era un periodista. ¿Cómo es eso?

– Debí de acertar por casualidad. Gina, escucha...

– No, escucha tú. Te había oído hablar de hacerle esto a otra gente, pero nunca se me habría ocurrido que pudieras hacérmelo a mí. ¿Por qué?

Él no dijo nada durante un largo instante, pero después le preguntó:

– ¿Ellos piensan que Slater es un reportero? ¿Alguien de por ahí lo ha identificado?

– Se podría decir que sí – respondió ella, irónicamente –. ¿Por qué me has hecho esto, Gervis? ¿No confías en mí?

– No es eso, nena. Es sólo que tú no eres exactamente una profesional, ¿sabes? Creí necesitarías apoyo.

– ¿Se supone que va a ayudarme un reportero barato con cara de comadreja y antecedentes penales? ¡Por favor!

– Está bien. No estaba seguro de que tú vieras agallas para hacerlo, ¿de acuerdo? Tú crees que eres dura y fuerte, pero no sabes cuidar de ti misma. Tengo derecho a preocuparme por ti, ¿no?

– Si estuvieras verdaderamente preocupado por mí, no estaría aquí. Quiero que despidas a Slater.

– No puedo hacer eso.

– ¿No puedes o no quieres?

– Yo no tengo a ese hombre agarrado con una correa. Es un reportero y huele las historias.

Ella no respondió. De repente, no fue capaz de hablar, porque se había concentrado totalmente en algo distinto. Era el sonido de fondo que había estado oyendo durante toda la conversación. Venía del salón del apartamento de Gervis, y era la banda sonora de una película de dibujos animados que ella había visto mil veces.

Su primo odiaba los dibujos animados.

– Gervis – dijo Regina, con la voz muy tensa –. ¿A quién tienes ahí contigo?

– Vamos, Gina. Se suponía que era una sorpresa.

– ¿Está Stephan ahí?

– Es sólo durante unos cuantos días.

– ¿Lo has sacado del colegio?

– Gina, no te disgustes.

Cuanto más agudas eran sus palabras, más suaves y calmadas parecían las de su primo. Al borde del pánico, ella le preguntó:

– ¿Qué vas a hacer con él?

– Echaba de menos a su madre, así que lo traje de visita. Tranquilízate.

—¿Cómo voy a tranquilizarme? Tiene que tomarse la medicación a unas horas determinadas. No se puede poner nervioso, y sabes que no le cae bien Michael, así que no querrá que le deis las medicinas ni él ni tú.

—Está bien. Ya me he ocupado de eso. He contratado a una enfermera.

—¿Por qué? ¿Por qué estás haciendo todo esto?

—Por ti, por Stephan. ¿Por qué otra cosa?

—Déjame hablar con él.

—No creo que sea buena idea. Lo vas a disgustar para nada. Quizá la próxima vez, cuando tengas algo que contarme.

A Regina no le gustó nada lo que estaba percibiendo en su voz.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya sabes lo que quiero.

—¡Quiero que lleves a mi hijo al lugar donde tiene que estar!

—Claro, claro, te lo prometo. Cuando hayas hecho el trabajo que te pedí.

Ella tenía la respiración entrecortada. Intentó pensar con más calma.

—Yo no puedo hacer milagros, Gervis. No puedo averiguar secretos que no existen, ni inventarme tratos donde no los hay.

—¡Maldita sea, algo podrás hacer! ¿Cómo te va con Benedict? ¿Te lo estás trabajando?

—¿Cómo quieres que me lo trabaje?

—Habla con él, exprímele el cerebro. ¡Demonios, Gina, eres una mujer! Piensa por ti misma.

—¡No puedo hacer eso!

—Será mejor que lo intentes. Acabo de rechazar la oferta del viejo, y ahora van a subir la apuesta. Van a pedir millones por daños y perjuicios. Si ganan, yo me arruinaré. Quiero pruebas contra ellos, y no me importa lo que tengas que hacer para conseguirlas.

—Pero tú sabes que no puedo hacerlo. Sabes por qué.

—Lo único que sé es que llevas años escudándote en eso. Ya es hora de que lo superes.

—Pero...

—No quiero objeciones, Gina. Haz lo que sea necesario. Utiliza la imaginación, tus encantos femeninos, tu cuerpo. Demonios, no me importa. Tenemos una semana para averiguar algo y pensar en cómo utilizarlo. O haces esto por mí, o lo lamentarás.

—No estarás pensando en hacerle daño a Stephan...

—No tendría que hacerlo si tú me ayudaras. Lo único que tengo que hacer es contarle lo desgraciado que era su padre. Decirle que su madre estuvo a punto de

morir al dar a luz y tenerlo a él. Podría contarle lo terrible que es que la ley obligue a las niñas a tener hijos fruto de una violación, sobre todo, cuando son bebés con problemas. ¿Crees que eso hará que se sienta bien?

– ¿Cómo puedes hacer eso? ¿Cómo puedes pensarlo? ¡Es como si fuera tuyo! ¡Somos familia!

– Las familias se ayudan, Gina. Yo llevo muchos días pidiéndote ayuda, y no recibo más que excusas.

– Te dije que lo estoy intentando.

– Y yo te estoy diciendo que estoy desesperado. Quizá ahora me creas, y seas capaz de hacer algo desesperado tú también. ¿Qué crees, Gina? ¿Crees que ahora podrás averiguar lo que necesito saber?

Antes de que ella pudiera responder, el auricular fue colgado con violencia al otro lado de la línea. Ella cayó de rodillas junto a la cama, con la cara entre las manos, sollozando frenéticamente.

Stephan era lo más importante de su vida. Era tan pequeño, tan dulce e indefenso... Cómo podría alguien hacerle daño? Aquel pensamiento le oprimía el corazón como un cepo.

No podía ser cierto que Gervis estuviera pensando en cumplir sus amenazas. Su primo sólo estaba intentando asustarla. Él había sido muy bueno con Stephan desde que había nacido. Había contratado niñeras para él, había pagado todos los exámenes de los expertos y la escuela especial. Regina nunca lo habría conseguido sin Gervis. Le debía mucho, y siempre había querido hacer algo para compensarle. El hecho de ir a Turn-Coupe había sido lo más importante que él le había pedido nunca. Si no fuera por su gratitud, y por un sentimiento de obligación, ella nunca habría ido.

Sin embargo, Gervis había cambiado en aquellos últimos meses. El miedo a perder todo aquello que había ganado con tanto esfuerzo y tanto trabajo lo tenía alterado. Tenía que ser aquello.

Gervis había salido de la nada. Era un niño de las calles de Brooklyn que había sobrevivido gracias a la asistencia social. Su padre había muerto poco después de que él naciera, y su madre se había quedado completamente sola y nunca había conseguido recuperarse del golpe. Sumida en la depresión, no había podido realizar su tarea de madre. El hecho de que adoptara a Regina cuando su madre había muerto había sido más un acto de bondad que de pragmatismo, aunque las dos mujeres hubieran sido las mejores amigas del mundo. De todas formas, aquella situación no había durado mucho. La madre de Gervis había muerto también, cinco años después, por una sobredosis de pastillas, cuando Regina tenía quince años.

Después de aquello, Gervis y ella se habían quedado solos en el mundo, tal y como él le estaba recordando. Él la necesitaba, y ella no podía fallar.

Si él le hacía daño a Stephan, ella nunca se lo perdonaría. Ni tampoco Gervis podría vivir con ello. Al menos, eso era lo que ella hubiera pensado unos días antes.

Era posible que estuviera confundida.

Regina tampoco se habría imaginado nunca que Gervis le pediría que espicara para él. Y lo último que habría pensado era que iba a pedirle que se acostara con su peor enemigo.

Capítulo 7

Regina subió los escalones del porche de Chemin-a-Haut el sábado por la tarde para asistir a la fiesta de Luke. Había invitados por todas partes, paseando bajo los árboles a la débil luz del atardecer, charlando en la balconada delantera de la casa o agrupados en el salón abierto que se extendía desde la fachada hasta la parte trasera de la casa, con las puertas abiertas de par en par.

Todos estaban disfrutando de la suave temperatura de aquel atardecer de principios de verano, de la música criolla que tocaba una banda situada en el jardín, de la comida y de la bebida, y los unos de los otros.

Sin embargo, aquel ambiente alegre no consiguió relajarla. Estaba muy nerviosa. Tuvo que respirar profunda y lentamente para no darse la vuelta y salir corriendo como un conejo. No podía hacer aquello. No podía. Lo que Gervis le había pedido era imposible.

Ella nunca había intentado atraer a un hombre, ni siquiera en el instituto. La mera idea le hacía sentirse torpe y avergonzada. Le parecía que todo aquel que la mirara sabría cuáles eran sus intenciones.

Aunque no se había vestido precisamente de mujer fatal. En su guardarropa no había ropa adecuada. Se había puesto uno de sus trajes negros de falda con una blusa crema y un cinturón ancho. Su mayor esfuerzo por ponerse atractiva había sido dejarse el pelo suelto por los hombros en vez de hacerse una coleta.

Al poco de llegar vio a Luke y al señor Crompton charlando en el porche, y estuvo a punto de ir hacia ellos, pero se detuvo cuando vio que otros invitados se les unían. No obstante, si el señor Crompton estaba allí, Kane también debía de haber llegado, así que lo buscó con la mirada entre la multitud, y lo encontró unos segundos después.

Estaba hablando con una mujer alta y delgada con una melena castaña y brillante que le caía por la espalda como una cascada. Parecía que estaban muy concentrados el uno en el otro, en una esquina del salón, ajenos a todo lo que había a su alrededor.

Kane tenía un aspecto impecable en vaqueros y con una camisa azul de hilo. Cuando la vio, asintió para saludarla con una ceja arqueada, como si estuviera sorprendido de su presencia. Ella se ruborizó. No le había dicho que no fuera a ir a la fiesta, sólo que no necesitaba que él la acompañara.

Parecía que él estaba muy seguro de sí mismo y de su lugar en el mundo, apoyado contra la pared mientras hablaba con la otra invitada. Alto, de hombros anchos y guapo, rodeado de su familia y sus amigos, protegido por su relación con ellos como Regina nunca había estado en toda su vida. ¿Cómo se suponía que ella iba a poder acercarse a él, cuando Kane no necesitaba nada ni a nadie? ¿Por dónde iba a empezar?

Regina no sabía si tendría la sangre fría suficiente como para tener un encuentro físico con él, tal y como le había sugerido Gervis. Sólo con pensarlo sentía miedo. Sin embargo, también experimentaba una sensación de calidez cuando veía a Kane

Benedict. El recuerdo de cómo la había besado en el ataúd le hizo sentir un cosquilleo en los labios. Se había sentido segura en sus brazos, aunque también atemorizada por la amenaza que él representaba.

¿Tendría razón Gervis? ¿Sería capaz de superar su aversión hacia el roce de un hombre? Regina no lo sabía. Había estado despierta la mayor parte de la noche, pensando en Kane y en cómo podrían ser las cosas entre ellos. La idea la paralizaba, pero también le resultaba fascinante. Él la afectaba de un modo diferente a todos los demás. Si la situación fuera normal, si ella pudiera conocerlo de una forma sencilla y agradable, sin urgencia, quizá las cosas pudieran funcionar.

Pero no tenía tiempo. Si llegaba al punto en el que fuera inevitable hacer el amor con Kane, quizá pudiera fingir. O cerrar los ojos y pensar en otra cosa.

— Así que has venido. Temía que no aparecieras.

Aquella voz masculina y profunda, teñida de buen humor y admiración, le llegó por la espalda, justo junto al oído. Ella se sobresaltó y, al darse la vuelta con los ojos abiertos como platos y con el corazón en la garganta, se encontró a Luke.

— Uau, tranquila, bella dama. No quería asustarte — le dijo él, y le puso una mano firme sobre el antebrazo para calmarla.

Ella sonrió débilmente.

— Supongo que estoy un poco nerviosa.

— No tienes por qué. Estás entre amigos — le dijo él —. Ven conmigo y te presentaré a la gente. Haremos que te sientas como en casa.

Aquello sonaba encantador, demasiado encantador. Luke lo intentó de veras. Regina tenía que concederle aquello.

Como el perfecto anfitrión que era, se movió de grupo en grupo, estrechando manos y haciendo bromas con los hombres y dedicando cumplidos agradables a las mujeres. Regina era presentada con unas cuantas palabras despreocupadas que hacían que su presencia fuera normal y casi inevitable. Ella sonreía, asentía y hacía los comentarios de rigor sobre el tiempo y la comida. Sin embargo, no había forma de que se sintiera como parte real de la fiesta, y aceptó aquella certidumbre deprimente después de unos minutos. Se sentía apartada por su acento, su ropa y su actitud, pero sobre todo, por lo que era y por el motivo por el que estaba allí. Era posible que la aceptaran durante unas horas, pero nada más.

Luke y ella se quedaron unos instantes a solas, y él le dijo:

— Me he dado cuenta de que no has venido con Kane. ¿Por qué ha sido?

— Apenas nos conocemos. No había razón para que se molestara en acompañarme.

— ¿No? A mí no me lo parece. Hace unos días estaba como un perro con su hueso favorito, y hoy guarda las distancias. Esto debe de tener una razón.

— Quizá yo soy la que tenga problemas.

— Bueno, pues eso no puede ser — dijo él, sacudiendo la cabeza. De repente, la tomó suavemente por la cintura y la giró para guiarla hacia donde todavía estaban Kane y su amiga.

— No, espera — dijo Regina, pero demasiado tarde. Luke ya estaba saludando a la otra pareja y recorriendo el espacio que los separaba.

— Kane y tú ya os conocéis, claro — dijo—. Esta preciosa criatura que está con él, Regina, es April Halstead, nuestra escritora residente en el lago. Ella aconseja a todos los amantes de la comarca, porque es escritora de novelas románticas. Es decir, aconseja a todo el mundo menos a mí.

— Es lo último que tú necesitas — respondió April, con un tono de voz ligeramente tenso, a pesar de su timbre musical, antes de saludar a Regina.

— Te sorprenderías — respondió él, lacónicamente.

Había algo extraño entre ellos, pensó Regina, mientras observaba a April poniendo la mano sobre el brazo de Luke y llevándoselo aparte para hacerle una pregunta en voz baja. Aquella impresión se le borró de la mente cuando Kane se dirigió a ella.

— Así que, después de todo, has decidido venir.

— No dije que no fuera a hacerlo.

— ¿Y qué te parece la fiesta?

— Maravillosa. La casa está literalmente abierta de par en par.

— Una semana más tarde habría sido imposible por el calor, pero ahora se está muy bien.

— Me ha parecido oír un trueno hace unos minutos. ¿Crees que va a llover? — dijo, intentando sacar algún tema de conversación.

— Quizá una tormenta, pero no creo que dure mucho en esta época del año. Es una de las desventajas de vivir en el Sur profundo.

— ¿Es ahí donde estoy? Creo que he perdido el sentido de la orientación desde que llegué.

— Si te adentras más, te encontrarás en el Golfo de México.

Su voz era amable, como la de ella. Podría parecer que acababan de conocerse, pensó Regina un poco desesperada. Aquello no iba a funcionar. Pero, ¿qué se suponía que tenía que hacer? Él sospecharía si ella comenzara a comportarse de repente como si estuviera loca por irse a la cama con él.

No podía hacerlo. No lo conseguiría.

Miró a su alrededor y comentó:

— ¿De verdad Luke y tú sois parientes de toda esta gente?

— De la mayoría. Aunque no me guste reconocer mi parentesco con los más sospechosos, como el tipo que está detrás de ti.

Alarmada por la diversión que se había reflejado en sus ojos, ella se dio la vuelta y se dio cuenta de que otro hombre se había unido al grupo, y sin duda, era otro primo. El parecido era evidente. Además, él llevaba un uniforme marrón con una discreta estrella plateada cosida al bolsillo. A Regina se le pusieron los nervios más de punta aún al ver aquel símbolo. Extendió la mano y dijo:

– Sheriff Benedict, supongo.

– Llámame Roan, por favor, y te perdonaré por la terrible compañía en la que te encuentras – dijo, con una sonrisa rápida para Luke y Kane. Después saludó a April y se quitó el sombrero, y le tomó la mano a Regina –. Supongo que tú eres la señorita que ha venido a visitar al señor Crompton.

– Sí, se podría decir así – respondió ella.

– ¿Has tenido algún problema con ese reportero que anda por ahí? – le preguntó él mientras le soltaba la mano.

– Hasta el momento no – dijo ella, mirando de reojo a Kane.

– ¿De qué se trata? – preguntó Luke –. ¿Es algo que yo debería saber?

– Luego te lo explico – le dijo Kane.

– Si tienes algún problema, dímelo – le dijo Roan a Regina.

– Lo haré – dijo ella, reconfortada por su amabilidad.

El sheriff sonrió, y después miró a Luke.

– Siento mucho tener que privaros a Kane y a ti de tan buena compañía, pero, ¿me acompañáis?

– Claro – respondió Luke, y dejó su copa de vino en la mesa de al lado –. ¿Nos disculpan, señoritas?

Regina murmuró algo apropiado, aunque se sintió hundida. Iba a tener que inventar algún modo de acercarse de nuevo a Kane.

– Hombres – dijo April, sacudiendo la cabeza mientras los veía alejarse.

Regina sólo pudo estar de acuerdo con el comentario sobre aquella misteriosa partida. Al mismo tiempo, no podía evitar mirarlos. Eran una visión muy llamativa con sus hombros anchos, caderas estrechas y pasos decididos. Tuvo una extraña sensación en el estómago. Era casi como una advertencia.

– ¿Tienes idea de qué ocurre? – le preguntó a April.

Su compañera se rió.

– Yo diría que han ido a preparar los fuegos artificiales para después.

– ¿De veras?

– Sí, creo que quieren hacerlo antes de que comience a llover y la pólvora pueda mojarse. Entonces, no servirían de nada los cohetes, ¿no?

April hablaba de una manera relajada y agradable. Tenía una calidez innata que se percibía en su voz, elegancia y carisma. Su belleza era apacible, y su mirada

derrochaba inteligencia. Regina no pudo evitar que le cayera bien, pese a su reticencia.

— ¿Tú también eres de la familia Benedict? — le preguntó.

April sonrió.

— No, gracias a Dios. Yo cometí el pecado imperdonable de invadir el territorio Benedict cuando compré una vieja casa con un terreno a las orillas del lago.

— ¿Gracias a Dios?

— No sería capaz de escribir una sola línea si fuera parte del clan. El problema de uno de ellos es el problema de todos, y eso tiene sus ventajas, claro, porque uno no tiene que luchar sus batallas solo. Sin embargo, también significa que hay interminables reuniones familiares para hablar sobre problemas pequeños y grandes, y que nunca se puede estar solo en nada.

Aquello sonaba maravilloso, tan maravilloso que a Regina casi le dolió el pecho al oírlo.

— Entonces, ¿llevas mucho tiempo viviendo aquí, para conocerlos tan bien?

— Yo nací en Turn-Coupe, pero viví fuera durante unos años. Aunque ya hace tiempo que volví y me establecí aquí.

Aquella respuesta vaga no le sugirió a Regina ningún tema de conversación más, así que intentó otra cosa.

— ¿Y cómo comenzaste a escribir novelas románticas?

— Me encantaba leerlas, así que pensé en que también podría escribirlas. Aunque empecé con las novelas románticas históricas, ahora me concentro más en las vidas de las mujeres contemporáneas.

— ¿Como por ejemplo?

— Escribo historias sobre las relaciones entre hombres y mujeres de hoy en día, y sobre mujeres en peligro, que tienen que tomar decisiones que afectarán al resto de sus vidas y a aquellos que las rodean.

— ¿Escribes historias modernas, pero vives en una casa antigua?

April se rió.

— Supongo que es el romanticismo que hay en mí. Me gusta pensar que yo debería haber vivido en otra época, cuando la luz provenía de las velas y se llevaban vestidos largos.

— ¿En el pasado?

— Es fascinante pensar en ello, ¿no te parece?

Aquella respuesta era evasiva, amable, pero efectiva. Regina pensó que ella debería aprender de aquella mujer. O, mejor aún, debería estar intentando reunir información valiosa para Gervis, en vez de satisfacer su propia curiosidad.

–Supongo que la gente te contará todo tipo de historias, leyendas familiares y secretos.

– Algunas veces.

– ¿Y alguna vez has usado algo de eso?

– Casi nunca. Se dice que la realidad supera a la ficción, pero la ficción es mucho más segura en estos tiempos de litigios.

– Sí, creo que sí.

April la estaba observando con curiosidad.

– ¿Qué piensas?

– Pues... estaba pensando en el abuelo de Kane. Si su familia ha tenido la funeraria durante tanto tiempo, seguramente les habrán ocurrido muchas cosas interesantes en el pasado.

– Si es cierto, nadie lo sabrá. Al señor Crompton le gusta contar historias antiguas, pero nunca cotillearía sobre sus vecinos y sus amigos.

– Seguro que tienes razón.

– Además, aunque algunas veces se oyen historias, yo no me atrevería a usarlas.

– ¿Por qué?

– A Kane no le gustaría.

– ¿Kane? ¿Y qué tendría que decir él?

April soltó una carcajada contagiosa.

– Mucho, me imagino, y nada amable. Él es muy protector con su abuelo. Sobre todo en este momento.

– Sí, claro –convino Regina–. Es muy atento con él, muy...

– ¿Dulce? Ése es Sugar Kane –dijo April con una mirada de ternura en los ojos.

– Eres la segunda persona que lo llama así –dijo Regina secamente, porque aquella palabra no era exactamente la que ella tenía en mente.

En aquel momento, se les unió un aspirante a escritor que quería hablar con April y Regina se quedó temporalmente aparte de la conversación. Miró a su alrededor y vio al señor Crompton con un grupo de amigos en el porche. Como le parecía que había pasado suficiente tiempo como para que no pareciera que había ido corriendo a hablar con él, se encaminó resueltamente hacia aquella dirección.

El abuelo de Kane la vio acercarse e hizo un gesto de bienvenida con el brazo para incluirla en su grupo. Aquella cortesía hizo que Regina se sintiera muy agradecida.

A su lado había una señora anciana de aspecto ágil y erguido, con la piel como de magnolia, y el pelo plateado recogido en un moño. Crompton se la presentó como Elise Pickhart, y Regina se dio cuenta de que era la señora que ocupaba el tiempo del almuerzo de Lewis todos los martes.

Era fascinante verlos juntos. Se relacionaban el uno con el otro con un sinfín de sonrisas y de pequeños roces para atraer la atención o emitir una opinión.

La señorita Elise terminaba las frases por el señor Crompton y le facilitaba las palabras peliagudas, y él prestaba toda su atención a cada una de sus frases. Era como si llevaran mucho tiempo casados, pensó Regina, y se preguntó por qué no lo estarían. Aunque aquél no era asunto suyo. Preguntarse cosas sobre la gente de Turn-Coupe y del lago era contraproducente. Lo que menos necesitaba era involucrarse.

Sin embargo, mientras estaba allí, observando la calidez y el afecto en el semblante de Lewis Crompton, percibiendo el cariño que le profesaba la gente que estaba con él, se sintió devorada por la culpabilidad. Estaba claro que él era un buen hombre, y a ella le caía muy bien. Había sido muy amable con ella, y como pago, ella iba a traicionarlo, iba a intentar averiguar escándalos o secretos de su vida y exponerlos ante todo el mundo.

Detestaba aquello. Realmente, lo odiaba.

Lo único que odiaba más era el miedo que sentía a no poder encontrar nada vergonzoso o desgraciado en su vida, ningún secreto sucio.

¿Qué iba a hacer entonces?

Capítulo 8

Cuando volvía de colocar los fuegos artificiales junto a la orilla del lago, Kane observó las emociones que cruzaban el rostro de Regina y se preguntó en qué estaría pensando. Estaba claro que algo la había inquietado, pero él no entendía qué. Estaba con su abuelo, y Pops era el más agradable de los conversadores.

Regina volvió la cabeza ligeramente y, al verlo, apartó rápidamente la mirada. A él le pareció que, en aquel breve instante, había visto el miedo en sus ojos.

Kane dejó escapar una maldición. Pese a los intentos de Regina por ser franca y natural, siempre estaba ansiosa cuando él se acercaba. Y el hecho de que no estuviera con otra gente le ponía furioso. No estaba acostumbrado a sentirse como un demonio que asustaba a las mujeres.

Además, aunque se sentía culpable y un poco estúpido por lo que había hecho, no podía olvidar el momento en el que la había besado dentro del ataúd, ni la suavidad de su boca, ni su sabor dulce. Cada vez que veía sus labios, se sentía abrumado de necesidad. Se preguntó si ella tendría la más ligera idea de lo que le estaba haciendo. Y si se comportaría de una forma tan esquivada con él con el propósito de desconcertarlo.

Por otra parte, aquella noche estaba más accesible. Ojalá él supiera por qué. El impulso de averiguar hasta qué punto podía acercarse a ella era irresistible. Antes de dejarse vencer por las dudas, se acercó a ella.

—¿Qué tal lo estás pasando? —le preguntó, inclinándose un poco hacia ella, lo suficiente para percibir su esencia delicada, femenina—. ¿Ya has tenido bastante del clan Benedict?

—¿A qué te refieres? —dijo ella, sin mirarlo a la cara.

—Podemos llegar a ser un poco apabullantes en grandes dosis.

—No, estoy muy bien. Me gusta mirar a todo el mundo, sobre todo a los niños.

—Bueno, de todas formas te vendría bien un descanso —le sugirió él—. ¿Has visto la casa y los jardines? Si no, puedo hacer de guía.

—No, no lo he visto —dijo ella, y por fin alzó los ojos y lo miró.

—No llevas las lentillas de colores —observó él, sin pensarlo.

—No, me siento incómoda con ellas —respondió Regina—. Supongo que será por la humedad del ambiente.

—Me gusta —dijo él.

Ella le dedicó una sonrisa lenta, y él pensó que aquello era todo un espectáculo que admirar. También era la primera vez que Regina le dirigía un gesto cálido. Kane no necesitó más ánimos, lo cual estaba bien, pensó, porque seguramente, era todo lo que iba a conseguir.

Se disculpó ante los demás integrantes del grupo, aunque casi nadie lo notó, y tomó la copa de vino que Regina tenía en la mano para dejarla sobre una de las mesas. Se colocó sus dedos en el antebrazo y la guió hacia el pasillo.

Después de enseñarle la enorme, antigua e histórica mansión, la llevó por un camino de piedras hasta el lago. Allí, en la orilla, había un cenador cubierto de parras y glicinias, que le proporcionaban frescor y lo convertían en el lugar perfecto para sentarse durante el día y esconderse durante la noche.

Kane sintió un par de gotas de lluvia sobre la cara justo cuando llegaron al cenador. Cruzó la entrada y tiró suavemente de Regina para que pasara dentro con él.

Había anochecido con la rapidez del trópico. La música de la casa, un blues lento, proporcionaba un fondo suave a los otros ruidos de la noche: el viento entre los árboles, los chirridos de los insectos y el insistente croar de las ranas, ansiosas por que comenzara a caer la lluvia.

Kane se quedó inmóvil unos momentos, dejando que el frescor de la noche se le metiera en el cuerpo. Si respiraba profundamente, podía percibir el perfume del pelo cobrizo de Regina, intensificado por la humedad. Sabía que debía luchar contra aquella atracción, pero en aquel momento, ni siquiera quería intentarlo.

—¿Quieres bailar? —le preguntó, y se acercó a ella, ofreciéndole los brazos.

Ella los observó un momento y después se acercó a Kane, permitiéndole que la atrajera hacia él.

Perfecto.

Encajaban maravillosamente. Durante un instante de asombro, Kane no pudo pensar con claridad, y se dejó llevar.

Regina tragó saliva. Casi pudo oír el sonido de su garganta. Con la voz entrecortada, dijo:

—Es una fiesta estupenda.

—Sí —respondió él—. Parece que tú has congeniado muy bien con April.

—Es muy agradable y muy natural. Pero en realidad, todo el mundo es tan abierto y amigable que yo... me siento abrumada.

—¿Alguien te ha hecho demasiadas preguntas personales? —preguntó él, irónicamente.

—Oh, no. No es eso. Pero no puedo evitar preguntarme por qué no se protegen más a sí mismos, por qué no se preocupan de que la gente pueda aprovecharse de ellos.

—¿Y quién iba a hacer eso?

—No lo sé. Cualquiera.

—Te parece que son ingenuos, ¿verdad?

—Quizá. Un poco.

—Pues te equivocas. Saben muy bien que hay gente en el mundo que tiene sus propios planes. Sin embargo, prefieren creer que las personas son honestas hasta que

demuestren lo contrario. Pero, una vez que alguien lo ha demostrado, no suelen dar una segunda oportunidad.

– ¿Y ésa también es tu filosofía?

– Pues... hasta cierto punto sí.

– En tu caso, no eres tan confiado como la gente que te rodea, pero estoy seguro de que eres incapaz de perdonar, mucho menos que ellos.

– Creía que ésa era tu forma de ser.

– ¿Mía? ¿Y por qué?

– Todavía no me has perdonado lo del ataúd.

– No es cierto.

– ¿No? – preguntó él, con la voz ronca, mientras se acercaba y la apretaba contra su pecho –. Entonces, supongo que esto tampoco te importará.

Él sintió que Regina se estremecía cuando la besó, pero no supo si fue de placer o de desagrado. Sin embargo, dejó de preocuparle en cuanto se perdió en el sabor a miel caliente de su boca, en la suavidad de sus labios y en la magia asombrosa de sentir su piel. Fue una fusión de huecos y planos tan exacta que a Kane comenzó a darle vueltas la cabeza de necesidad. La agarró con más fuerza y la apretó contra su cuerpo.

En aquel momento, ella gimió consternada. Y aquel suave sonido le cayó a Kane como un cubo de agua fría. Respiró profundamente, la soltó y dio un paso atrás.

– Sí te ha importado – dijo, mientras se apoyaba contra la pared.

– Sólo me ha sorprendido.

Él percibió que tenía la voz temblorosa y sacudió la cabeza.

– No, al menos eso no es todo. Lo que quiero saber es por qué has venido aquí conmigo si mi compañía te resulta tan repulsiva.

– No es eso. No lo entiendes – dijo ella, y se alejó unos cuantos pasos, abrazándose a sí misma.

Aquello podía ser cierto, pensó él. Durante unos segundos, había sentido que ella respondía, y aquello era lo que más le había excitado. Sin embargo, también había sentido su escalofrío.

– No te entiendo – le dijo, deliberadamente.

– Claro que no. Para ti todo está claro, todo es sí o no, bien o mal, ¿no? Naciste rodeado de comodidad y privilegios, y no entiendes las complicaciones que otra gente pueda tener en su vida, ni las cosas que pueden impulsarles a actuar de una u otra manera.

– ¿Y qué ha sido lo que te ha impulsado a ti ahora?

Ella volvió la cabeza y lo miró fijamente. Sin embargo, hubo una pequeña explosión en el lago, y de repente, una luz brillante rasgó el cielo de la noche. Eran los fuegos

artificiales de Luke, que Roan había comenzado a lanzar, antes de que la lluvia los estropeará. Con el brillo, Kane vio el dolor y la desesperación reflejados en los ojos de Regina.

Susurró su nombre y dio un paso hacia ella, alarmado.

— ¡No! — gritó ella, con la voz ahogada.

Entonces se dio la vuelta y salió corriendo hacia la casa. Kane dio un paso hacia Regina, pero después se detuvo. Temía que sólo iba a conseguir empeorar las cosas. Al menos, había averiguado que no sólo había sido el ataúd lo que ella detestaba. Se dio la vuelta, se apoyó contra una de las columnas del cenador y soltó un juramento.

Cuando el último de los fuegos artificiales se extinguió en el cielo, volvió a la fiesta, pero ya se estaba terminando. Pops y la señorita Elise estuvieron entre los primeros en marcharse. Kane los acompañó hasta el coche, protegiéndolos de la lluvia con un enorme paraguas, y después entró en la casa, con Roan, Luke y otro par de amigos, para tomar una cerveza y hablar sobre la liga de hockey sobre hielo. Ya estaban por la tercera cerveza y el segundo cuenco de cacahuetes cuando sonó el teléfono de Roan. El sheriff se levantó y salió a la galería mientras se sacaba el teléfono del bolsillo de la camisa. La conversación siguió sin él.

Un momento después, Roan entró de nuevo. Kane lo miró, y al ver la expresión oficial del rostro de su primo, sintió que se le encogía el estómago. Ya estaba de pie cuando Roan le hizo un gesto con la cabeza. Kane dejó la cerveza sobre la mesa y se acercó a él.

— Lo siento — dijo su primo, poniéndole la mano en el hombro —. Es Pops. Ha tenido un accidente.

A Kane le dio un vuelco el corazón.

— ¿Qué ha ocurrido?

— Está vivo, pero eso es todo lo que sé. Vamos, iremos en mi coche. Estarás allí en cinco minutos.

— Es posible que necesite el mío. Tú ve delante, yo te seguiré.

— Está bien.

Kane y Roan llegaron al accidente antes que la ambulancia. Pops estaba tumbado en el suelo, con la cabeza en el regazo de Elise, bajo la lluvia, mientras ella le acariciaba la mejilla. Roan se detuvo a hablar con el policía de servicio, pero Kane fue directamente hacia su abuelo y se puso de rodillas junto a ellos.

— Pops — le dijo —, estoy aquí.

Lewis Crompton abrió los ojos, con una mirada confusa pero enfadada, y dijo débilmente:

— Un idiota me ha sacado de la carretera.

Kane sintió que se le oprimía la garganta con una mezcla de alivio, pena e ira. Roan había dicho que Pops estaba vivo, pero Kane había necesitado comprobarlo por sí mismo.

No le gustaba nada la sangre roja que su abuelo tenía en el pelo blanco, ni la inmovilidad de su brazo, que tenía apoyado sobre el pecho.

Kane carraspeó para poder hablar.

— ¿Quién ha sido, Pops? ¿Quién ha hecho esto?

— No lo sé — su abuelo hizo un gesto de dolor y se apretó la mano contra las costillas —. Todo ha ocurrido muy rápidamente.

Elise intervino, como si quisiera ahorrarle el esfuerzo.

— El coche llegó por detrás de nosotros y comenzó a adelantarnos. Creo que era de color oscuro, un modelo antiguo, pero no sé la marca. Me gustaría ser más útil, pero... — la anciana sacudió la cabeza.

— ¿Estás bien? — le preguntó Kane, observándola con atención.

Ella asintió.

— Lewis giró el coche para que chocara con los árboles por el lado del conductor. Me salvó la vida.

El abuelo de Kane gruñó.

— Ella es la que me salvó a mí, recordándome que me pusiera el cinturón de seguridad.

— No es cierto — dijo la señorita Elise.

Lewis Crompton alzó la mano.

— Yo sé lo que digo.

El hecho de que pudieran discutir sobre ello hablaba positivamente de su estado, pensó Kane, calmándose un poco. Los dos estaban magullados y sus arañazos y moretones tardarían algún tiempo en curarse, pero podía haber sido peor. Mucho peor.

La ambulancia llegó rápidamente y se detuvo a su lado. Unos minutos después, Pops y Elise estaban de camino al hospital. Las tres horas siguientes pasaron muy lentamente, pero al final, el informe fue bastante bueno. Pops se había roto un brazo y varias costillas, tenía contusiones y rasguños. Querían tenerlo en observación varios días, por si acaso había algún problema, pero se pondría bien.

La señorita Elise sólo necesitó un par de vendajes antes de que la mandaran a casa. Ella quería quedarse con Lewis, pero él no quiso ni oír hablar de ello. Kane pensó que Elise cedió sólo porque no quería disgustar a su abuelo.

Kane la llevó en su coche. Cuando llegaron a su casa, a las afueras del pueblo, él abrió su puerta para salir y acompañarla dentro, pero ella le puso la mano en el brazo.

— Espera.

— ¿Qué ocurre?

– Tengo que contarte una cosa. Sé que debería habérselo dicho a Roan para que lo pusiera en el informe, pero no estaba segura...

– ¿Algo sobre el accidente?

Ella asintió y después bajó la cabeza.

– Todo era muy confuso... Yo no he sido capaz de pensar con claridad hasta que he sabido que Lewis iba a ponerse bien – dijo, apretando tanto los labios que se le quedaron blancos.

Kane le cubrió la mano que ella había apoyado en su antebrazo con la suya.

– Cuéntamelo. Yo lo solucionaré.

Elise respiró profundamente.

– Ese coche intentó sacarnos de la carretera dos veces. La primera vez, Lewis tuvo que virar bruscamente, o habríamos chocado contra el quitamiedos. La segunda vez, sin embargo, no pudo seguir en la carretera. Y entonces...

– ¿Qué?

– Yo estaba temblando, intentando quitarme el cinturón de seguridad para ver cómo estaba Lewis. Entre la lluvia, vi que el otro coche frenaba más allá y daba la vuelta. Al principio creí que el conductor querría ayudarnos. Salió del coche y anduvo hacia nosotros. Tenía un arma, querido. Estoy segura de ello. Durante un segundo, pensé que... – con los ojos llenos de lágrimas, Elise tomó aire para poder continuar –: Entonces, llegó un camión. El hombre se metió en su coche y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

– ¿Lo viste bien?

– No, bien no. Estaba muy oscuro...

– ¿Pero recuerdas algo de él?

– Creo que era de estatura media, y muy delgado. Era blanco y llevaba una gorra de béisbol. Creo que llevaba algo en la cara, algo como una media.

– Lo has hecho muy bien, Elise – dijo Kane, y le sonrió mientras le calentaba la mano helada entre las suyas –. Gracias.

– Oh, me siento tan contenta de habértelo contado... quizá ahora pueda conciliar el sueño.

Kane esperaba que ella pudiera, porque estaba seguro de que él no iba a ser capaz, al menos durante un tiempo. El hombre que ella había descrito le resultaba familiar. Al menos, tenía varias características de Dudley Slater.

Sólo había una persona que pudiera saberlo con seguridad. Y aquella persona era Regina Dalton.

Podría preguntarle por las buenas, pero quizá no sirviera de nada, con lo cual, tendría que sacarle la verdad por las malas. Tenía una ligera idea de cómo hacerlo. No era muy noble, pero seguro que sería efectivo. Lo único que tenía que hacer era llevársela a algún sitio solitario donde ella no pudiera escaparse de nuevo.

Y conocía el lugar perfecto.

El problema era que tampoco habría escapatoria para él, y no estaba seguro de si podría confiar en sí mismo. No sabía cuánto tiempo podría recordar las razones frías y duras por las que iba a hacer aquello.

Lo que tenía en mente era algo explosivo. No había duda. Un movimiento en falso y podría explotarle en la cara.

Entonces, ¿por qué sentía aquel impulso irreprimible de comprobar si podía prender la mecha?

Capítulo 9

Regina se despertó tarde. No era extraño, porque había tardado mucho en conciliar el sueño la noche anterior. Primero, había oído sirenas entrando y saliendo del pueblo desde el lago, y aquello la había inquietado, así que se había quedado despierta preocupándose por la gente que había ido a la fiesta de Luke y tenía que volver a casa en medio de aquella tormenta.

Sin embargo, la razón principal de su insomnio era la confusión que sentía. Incluso después de despertarse, se quedó tumbada en la cama mirando al techo, intentando sacar conclusiones lógicas de lo que había ocurrido la noche anterior.

El beso de Kane no la había repugnado. El calor que había sentido al dejarse abrazar y la fuerza de sus brazos habían encendido sensaciones que ella sólo había experimentado en sueños. Sus labios firmes y su tierna exploración habían sido revelaciones, y se había sentido tan eufórica y despreocupada que no había pensado en las consecuencias que podría tener hacer el amor con Sugar Kane.

Entonces, él la había abrazado con fuerza, hasta que ella había sentido que no había escapatoria, y se había dado cuenta de lo que estaba haciendo. La necesidad de huir y el pánico habían provocado una respuesta ciega y condicionada.

Sin embargo, en el instante en el que él la había soltado, se había sentido sola y desolada, ansiosa por estar de nuevo entre sus brazos. Quería estar tumbada a su lado. No por la pasión, no, sino por simple seguridad, con el afecto protector que Regina había sentido cuando había estado con él entre los miembros de su familia, la gente a la que él quería.

Imposible. No podía haber seguridad para ella cerca de Kane Benedict.

Aunque ella pudiera superar su fobia hacia el contacto físico, incluso si Kane y ella tuvieran una aventura loca y delirante, Regina acabaría sintiendo sólo dolor. En cuanto él descubriera su relación con Gervis Berry, la despreciaría. Todo terminaría. Y si ella conseguía la información que pudiera ayudar a vencer a su abuelo, él nunca le perdonaría aquella traición. Nunca. Era demasiado recto y respetuoso con la ley como para entender el agradecimiento y la lealtad que hacían que aquel engaño no fuera sólo posible, sino también necesario.

Ella le había hecho daño a Kane con su rechazo; lo había visto en sus ojos. Aquella herida sólo había hecho mella en su orgullo, pero Regina lo lamentaba de todas formas. También lo había enfadado, y eso era otro problema. ¿Cómo iba a conseguir volver a la intimidad que Gervis le había exigido? Y, aunque pudiera conseguirlo de nuevo, ¿cómo iba a evitar que se repitiera lo de la noche anterior?

Según Gervis, eso no podía ocurrir.

¿Cómo sería liberarse de todas las dudas y el miedo y confiar en un hombre? ¿Podría hacerlo ella por Gervis y por Stephan? ¿Sería capaz de confiar en Kane hasta aquel punto? Y si lo hacía, ¿podría soportar que la dejara cuando la verdad saliera a la luz?

Él ya había sufrido la traición de una mujer. ¿Cómo le afectaría a Kane que aquello ocurriera de nuevo? Regina no sabía muy bien si quería averiguarlo.

De repente, oyó que se acercaban unos pasos, y alguien llamó a la puerta. Ella apartó las mantas, se levantó y se puso la bata. Se acercó a la puerta, y por la mirilla comprobó que quien había llamado era Betsy North.

—Siento molestarla, querida —dijo la dueña del motel, cuando Regina abrió—. Sé que probablemente estabas trabajando, o algo así, pero creí que deberías enterarte de lo del señor Crompton.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lewis y la señorita Elise tuvieron un accidente ayer cuando volvían del lago. Alguien los sacó de la carretera.

—Oh, no.

—El desgraciado ni siquiera se molestó en parar. No me sorprendería que hubiera sido deliberado.

—¿Han... —Regina no pudo terminar la pregunta.

—Están bien, pero no gracias al tipo que causó el accidente. La señorita Elise ya está en casa, pero el señor Crompton tuvo que quedarse en el hospital —le explicó Betsy, y recitó todas las lesiones que había sufrido el anciano.

Regina estaba tan contenta de que el señor Crompton estuviera vivo que casi se sintió débil. No podía soportar la idea de que le ocurriera algo. Y le causaba horror saber que aquello podría haber tenido algo que ver con ella, o con lo que ella estaba haciendo.

—¿Crees que este accidente ha tenido algo que ver con el juicio?

—A mí me parece que sí. El señor Crompton es un buen conductor. Si él dice que ese hombre lo sacó de la carretera, yo lo creo. Además, es una coincidencia muy extraña.

—¿Qué quieres decir? —Regina estaba segura de que sabía la respuesta, pero quería escuchar el razonamiento de Betsy.

—La demanda contra Berry Association, Inc. la presentó Lewis. Él no es el único demandante, pero sí es el testigo principal contra la gran empresa funeraria. Nadie conoce los cargos y el negocio como el señor Crompton. Si no hubiera señor Crompton, no habría juicio. Así que...

—Pero el otro día, tú me contaste que la fuerza que está impulsando este juicio es Kane. Él seguiría adelante aunque le ocurriera algo a su abuelo.

—Quizá sí, quizá no. Dependería de qué cosas averiguara sobre Berry. Pero yo me pregunto si ese desgraciado que está intentando sacar al señor Crompton del negocio no habrá pensado que merecía la pena correr el riesgo.

—Parece un argumento de telefilme —protestó Regina.

—Seguro que ha sacado la idea de ahí —dijo Betsy, irónicamente.

Regina hizo lo posible por disimular el escalofrío que le recorrió la espalda. En un intento de que su reacción pareciera más normal, preguntó:

— ¿Has ido a ver al señor Crompton?

— Todavía no. Iré esta tarde, después de que venga el empleado nocturno. Sin embargo, he llamado al hospital y he hablado con una de las enfermeras de su planta. Ella me ha puesto al tanto porque es una...

— ¿Benedict? — dijo Regina, antes de que Betsy hubiera podido terminar.

— Está casada con uno — respondió Betsy con una sonrisa rápida, antes de hacerle a Regina una descripción completa del accidente, tal y como la enfermera la había obtenido de uno de los policías.

Regina escuchó sus explicaciones mientras reprimía el impulso de ir directamente al hospital a comprobar por sí misma cómo estaba el señor Crompton. Lo habría hecho, si no hubiera sido porque tenía la sensación de que sería hipócrita por su parte. Además, no tenía ganas de enfrentarse a Kane en aquel momento, ni estaba segura de que fuera bienvenida en medio de una crisis familiar como aquélla. Al mismo tiempo, reflexionaba sobre todos los detalles del accidente, buscando algo, cualquier cosa que la hiciera sentirse un poco mejor sobre todo aquel asunto.

Cuando Betsy terminó el relato, le preguntó:

— ¿No han identificado al otro conductor?

— No, y Kane está muy disgustado. Si descubre quién ha sido, ese tipo lo va a pagar caro.

— Me lo imagino.

— Seguiré buscando, no lo dudes, y espero que lo encuentre, porque la señorita Elise y el señor Crompton no se han matado sólo por la clemencia de Dios. Yo misma tengo ganas de estrangular a ese desgraciado.

Regina asintió y miró más allá de Betsy, al lugar donde había estado el coche de Dudley Slater durante dos días. El tipo había desaparecido la noche anterior. Ella no lo había visto cuando había vuelto al motel.

Siguiendo su mirada, Betsy le preguntó:

— ¿Estás buscando al hombre que ha estado ahí aparcado? Me preguntaba qué habría sido de él. No estaría de más comentarle a Kane que se ha marchado.

— Estoy segura de que Kane se dio cuenta.

— Podría ser. No se le escapa nada.

— Ya me he dado cuenta.

— Bueno, te dejaré para que sigas con lo tuyo — dijo Betsy para despedirse —. Sólo quería que supieras que el señor Crompton no estará disponible durante uno o dos días, por si acaso necesitabas cambiar los planes.

— Sí, muchas gracias — respondió Regina, y añadió unas cuantas palabras más de agradecimiento. Después, cerró la puerta.

Recorrió la habitación de un lado a otro, estrujándose las manos con desesperación. ¿Habría echado Slater de la carretera al señor Crompton? ¿Habría sido Gervis quien se lo había ordenado? ¿Habría sido su primo capaz de llegar tan lejos? Si era capaz de ordenar el asesinato de un hombre que era su oponente en un juicio civil, decirle cosas dañinas a un niño pequeño no significaría nada para él.

No, no era posible. Ella no podía creer tal cosa. Si lo aceptaba, sería como reconocer que todo lo que había pensado y sentido durante años era mentira.

Pese a todo, la amenaza de Gervis hacia Stephan, tuviera la intención de cumplirla o no, la había dejado hundida. Había derribado los pilares de su vida en Nueva York. Sin Gervis, ¿qué iba a hacer ella? Stephan y ella se quedarían solos. No habría nadie en el mundo al que le importara lo que pudiera pasarles.

Regina estaba tan inquieta que no podía pensar con claridad. Se dio una ducha, se vistió e intentó trabajar un poco. Hizo unas cuantas llamadas telefónicas sobre una subasta y tres exposiciones de joyas antiguas a las que tenía que asistir durante los dos meses siguientes. Después se puso a estudiar el catálogo de una subasta y a apuntar los precios de las piezas, como referencia futura.

Cuando no pudo aguantar más, llamó al hospital, pero cuando la enfermera le dijo que le pasaría con la habitación del señor Crompton, colgó, nerviosa porque pudiera responder Kane. Entonces, pensó que lo mejor sería llamar a Luke. Él no era familia de Lewis, pero Regina estaba segura de que sabía lo que estaba ocurriendo.

Sin embargo, nadie respondió en Chemin-a-Haut.

Casi había atardecido cuando decidió salir de la habitación en busca de algo que leer, un par de revistas o quizá alguno de los libros de April, si acaso los encontraba. Se cepilló el pelo, tomó las llaves y salió de la habitación.

Entonces vio el coche.

Slater había vuelto y estaba aparcado en el mismo sitio de siempre. Sin pararse a pensar, Regina se acercó a él.

El hombre del coche la vio y escupió por la ventanilla en una especie de advertencia. Regina se detuvo a dos pasos del vehículo.

— ¿Qué está haciendo aquí? — le preguntó ella sin preámbulos.

Él hizo un gesto de desprecio.

— No sé de qué me hablas. Estoy sentado en mi coche, descansando. No hay leyes contra eso.

— Sé exactamente quién es usted y qué hace.

— ¿De veras? ¿Has leído mi trabajo?

— No. Si usted fuera verdaderamente un periodista, estaría en el hospital.

— Eres muy lista, ¿lo sabías?

— Sé que Gervis Berry le ha mandado aquí. Lo que quiero saber es en qué medida está siguiendo sus órdenes y en qué medida está actuando por su cuenta.

— Lo que tengo que hacer es muy sencillo, cariño. Me quedo por aquí, hago lo que me han dicho, y si mientras me tropiezo con lo mismo que tú estás buscando, entonces conseguiré un extra que me arreglará la vida.

— ¿Y qué supone que estoy buscando yo?

— El secreto, la llave, la información que va a decidir el caso a favor de Berry.

— ¿Es ahí donde estaba anoche? ¿Reuniendo información para el caso?

El la miró con los ojos entrecerrados.

— ¿Y dónde si no?

— Cerca del lago, aumentando las posibilidades de Gervis.

— ¿De dónde has sacado esa idea?

— Y hoy iba a desaparecer, hasta que se ha enterado de que Lewis Crompton se va a recuperar.

— Estás muy confundida.

— No lo creo. ¿Le dijo Gervis que lo hiciera?

— Te juro que no sé de qué me estás hablando.

— Pues yo creo que sí. No podría haber sido otra persona.

— Quizá será mejor que lo comentes con Berry —le dijo Slater—. Y de paso, pregúntale si le ha gustado mi solución al problema.

Ella tenía razón. Sintió un nudo de terror en el estómago. Y se dio cuenta de algo más: aunque sabía que Slater estaba detrás del ataque al señor Crompton, no podía hacer nada.

Ella se retiró instintivamente del coche, y le preguntó:

— ¿Gervis no lo sabe? ¿Te dijo él que atentaras contra Lewis Crompton?

— No me dijo que no lo hiciera.

Regina sintió aún más presión en el estómago. Era muy posible que aquel tipo tuviera razón en cuanto a Gervis. Su primo, como un jefe de la mafia, sería muy capaz de enviar a un esbirro a que se ocupara de la situación, y después protestar y defender con vehemencia que era inocente de la muerte de su oponente en el juicio.

— Si Kane Benedict se entera de esto, usted va a tener problemas. Yo no lo subestimaría si fuera usted. Ni a su primo, que es el sheriff.

Slater soltó una risa despectiva, y después volvió a escupir por la ventanilla.

— Tendré en cuenta tu advertencia cuando llame para informar al jefe. Creo que también le interesará saber lo mucho que tú estás intimidando con la ley.

—No me cabe duda de que disfrutará contándoselo —dijo ella con amargura. Había sospechado que Slater estaba allí para vigilarla e informar de sus movimientos. Y él acababa de confirmárselo.

—A mí me han enviado a hacer un trabajo, y lo estoy haciendo lo mejor que puedo. Eso es todo.

—¿Y hasta dónde será capaz de llegar?

—Quiero terminar lo que he empezado, y llegaré tan lejos como sea necesario —respondió él—. Pero tú no tienes ningún derecho a reprocharme nada. Por lo que veo, eres igual que yo.

—Tengo mis razones.

—Como todo el mundo.

—De todas formas, no es de su incumbencia. No tiene por qué estar aquí. Yo puedo ocuparme de mis cosas perfectamente.

—¿Te refieres a Kane Benedict? La cuestión es, ¿te estás ocupando tú de él, nena, o él se está ocupando de ti?

—¿Qué quiere decir?

—Lo que estás pensando. Él es guapo, rico y tú le gustas. Anoche no le estabas dando calabazas, precisamente, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Nunca te has dado cuenta de que estaba por ahí, ¿verdad? Quizá sea más listo de lo que tú piensas.

—¿Por qué? ¿Por qué razón me ha seguido?

—Me imaginé que sería interesante, y tenía razón. Verte con ese Benedict fue como ver una película. Pero creo que es necesario que alguien te vigile para que no te pases al enemigo.

—¡Eso es una estupidez!

—Es posible que Berry no piense lo mismo.

—Él me conoce, y sabe que yo nunca haría nada en su contra. Además...

—Tiene al niño para mantenerte a raya, ¿verdad?

Ella no dijo nada. Se limitó a alzar la barbilla.

—Sorprendida, ¿eh? Mi especialidad es averiguar las cosas que hay que saber.

—Mi hijo no tiene nada que ver con esto.

—Quizá sí, quizá no. Creo que te tendré vigilada de todas formas, por si acaso, aunque sólo sea por el dinero.

—Ya me lo imagino —dijo ella con desprecio.

Slater la miró fijamente.

—Mira, si quieres, podemos trabajar juntos en esto. Sería más fácil para los dos.

—Ni lo sueñe.

—Está bien —gruñó él—. Entonces, no vuelvas a molestarme. Estoy intentando conseguir información que ayude a Berry a conseguir lo que quiere, porque de ese modo, yo lo conseguiré también. Así que apártate de mi camino, o te aplastaré.

—¿De veras?

—Será mejor que te lo creas —le dijo él, con una expresión fiera en el rostro.

Regina se dio la vuelta y entró de nuevo en su habitación. Echó la cadena y el cerrojo y se apoyó de espaldas contra la puerta, con los ojos cerrados. Respiró profundamente, como si le faltara aire.

Quizá hubiera sido un error rechazar su oferta de cooperación con tan poco tacto. El orgullo herido podía crear un enemigo peligroso. Pero no había podido evitarlo. Incluso la idea de colaborar con él le resultaba insoportable.

Tenía que hacer algo, ¿pero qué?

Podría llamar a Gervis, ¿pero de qué le serviría? Él había dicho que no tenía control sobre Slater. Suponiendo que quisiera controlarlo de veras.

Su segunda mejor opción sería llamar a Kane y abandonarse a su clemencia. Podría intentarlo, pero no tenía ninguna garantía de que él fuera clemente, ni de que quisiera entender la situación en la que se encontraba.

Acudir a Roan Benedict no era mejor solución. Si lo hacía, todo saldría a la luz. No había forma de explicar todo lo que ella sabía sin implicar a Gervis. Y si lo hacía, su primo e volvería loco. Era imposible saber lo que haría.

Y Stephan estaría solo con él. Su hijo.

No. No podía avisar al sheriff, ni a las autoridades. Sólo podía hacer una cosa: averiguar algo que Gervis pudiera utilizar en contra del señor Crompton en el juicio. Y tenía que averiguarlo rápidamente, antes de que Slater volviera a tomar medidas en el asunto. Si lo conseguía, no habría más amenazas ni más miedo. Y, después de todo, Kane era la llave, aunque no tuviera nada que ver con la clemencia.

Regina tenía que ganárselo para conseguir lo que necesitaba.

Capítulo 10

Fue Betsy la primera que mencionó que iba a celebrarse una pequeña recepción para el señor Crompton dos días después. Regina llamó a Luke con el pretexto de saber qué tal estaba el paciente, y mencionó la recepción en la conversación. Odiaba tener que engañar al primo de Kane, pero la invitación que consiguió por ello era importante. Era el primer paso de su plan de ataque.

La reunión era informal, sólo acudirían algunos amigos y vecinos cuando el señor Crompton llegara a casa del hospital. Según Luke, nadie quería fatigar a Lewis, así que se quedarían lo suficiente para demostrarle lo contentos que estaban de que se hubiera recuperado y hubiera vuelto. Merendarían café y ochos, y después se marcharían. La reunión se celebraría en casa de Kane, The Haven. El señor Crompton iba a quedarse allí unos cuantos días, bajo el cuidado de Kane y su tía Vivían. Ellos tenían miedo de que el anciano intentara levantarse de la cama demasiado rápidamente, o de que hiciera demasiadas cosas.

Regina y Luke llegaron a la mansión antes de que Kane hubiera aparecido con su abuelo. Se unieron a los demás en la galería delantera. El sentimiento general era que habían estado muy cerca de perder al señor Crompton, y aquello no era algo que pudiera tomarse a la ligera.

La gente también estaba muy atenta hacia la señorita Elise, que estaba sentada, pálida y tranquila, en una silla de mimbre. Parecía que estaba disfrutando calladamente de la reunión, aunque más de una vez intentó levantarse para ayudar con la merienda. La tía Vivían y Dora, que se estaban encargando de todo, no se lo permitieron. Regina saludó a April Halstead y a Roan Benedict, y a un par de personas que había conocido en la fiesta de Chemin-a-Haut. Sin embargo, cuando anunciaron la llegada de Kane y del señor Crompton, se retiró al final del grupo. No tenía un lugar real en aquella recepción, y no quería reclamarlo. Además, no sabía cómo iba a reaccionar Kane al verla allí.

Él detectó rápidamente su presencia. Incluso cuando estaba ayudando a su abuelo a subir los escalones de ladrillo hacia la galería, su mirada azul se cruzó con la mirada avellana de Regina. Durante unos largos segundos, en sus ojos no hubo más que especulación. Después su boca firme se curvó en una sonrisa.

La ausencia de hostilidad le pareció una bendición a Regina. Al sentir aquel alivio, se dio cuenta de lo tensa que había estado, del miedo que había sentido a no poder recuperar su atención. Recuperó la esperanza, y le devolvió la sonrisa tímidamente.

La gente abrazó al señor Crompton, y el anciano tuvo que estrechar, con su mano sana, las de varios hombres, mientras subía hacia el porche. Sonrió, asintió, intercambió puyas y bromas sobre su conducción, las enfermeras del hospital, y sobre lo ansioso que estaba por ver a la señorita Elise. Ella lo recibió en la puerta principal con un beso, y los dos entraron juntos a la casa.

Se sirvió vino y café con los bizcochos y las tartas. Cuando todas las copas, las tazas y los platos estuvieron llenos, Luke propuso un brindis, y todo el mundo bebió a la salud del señor Crompton.

Lewis levantó la copa para indicarles que quería responder.

—Por mis buenos amigos, por mis estupendos vecinos, mis parientes favoritos. Muchas gracias a todos. Por estas cosas merece la pena vivir, os lo prometo —dijo con los ojos brillantes de buen humor—. No me lo habría perdido por nada del mundo, y mucho menos por un largo descanso en esa caja de madera que tengo en mi salón.

Hubo una carcajada general, después de la cual, el señor Crompton continuó:

—Ya que todos estáis aquí, parece que es una buenísima oportunidad para anunciaros algo. Es un anuncio que, según creo, algunos de vosotros habéis estado esperando una buena temporada. La señora Elise se quedó muy asustada por lo que pasó el otro día, y no me va a permitir que vuelva a llevarla a casa por las noches. Ha decidido que va a vivir en mi casa.

—Vamos, Lewis... —protestó la señora de pelo plateado, ruborizándose.

—¿No era eso? —le preguntó él, con los ojos más brillantes aún, mientras le pasaba el brazo sano por la cintura.

—Sabes muy bien que no —le regañó ella, aunque en sus ojos había algo más que una mirada coqueta.

—Oh, sí —dijo Lewis, fingiendo que entendía de repente lo que había ocurrido. Después miró a los demás, con una gran sonrisa, y añadió—: Nosotros dos nos vamos a casar, primero.

Las risas y el coro de felicitaciones aligeraron el ambiente. La conversación se convirtió en un murmullo general. La comida y la bebida desaparecieron asombrosamente rápido. Entonces, cuando el señor Lewis comenzó a fatigarse, la gente comenzó a encontrar excusas para marcharse. Hubo más abrazos y frases cariñosas, y después, un éxodo general.

La señorita Elise fue una de las últimas en marcharse. Le dio un beso a su prometido y después aceptó el brazo que le ofreció Roan, ya que él iba a llevarla a casa.

Pronto no quedó nadie en la casa con Lewis, Kane y su tía, salvo Regina y Luke, a quien habían pedido que ayudara a subir al paciente hasta su habitación. Mientras los demás levantaban al señor Crompton de la silla y lo asistían para llegar hasta las escaleras, Regina se ocupó recogiendo tazas, platos y copas.

—No te molestes con eso, querida —le dijo Vivian, mirando hacia atrás—. Yo lo haré más tarde.

Kane, tres escalones más arriba con su abuelo, se detuvo y la miró también.

—Pero no te vayas todavía, ¿te importa?

—No puedo —dijo ella, con una bandeja llena de vajilla—. Hasta que Luke no esté listo.

—Yo la he traído —explicó Luke, desde el otro lado del señor Crompton.

—Yo volveré en un minuto —le dijo Kane a Regina.

Sonó vagamente como una amenaza, pero Regina no dejó que aquello la afectara. Su decisión se vio fortalecida por el señor Crompton, que la saludó alegremente con la mano y le guiñó el ojo antes de continuar subiendo las escaleras lentamente.

La primera que bajó fue la tía Vivian. Con una sonrisa cálida, dijo:

—He pensado que sería mejor dejar a Lewis con los chicos. Así estará más cómodo. ¿Quieres tomar otro café?

Regina declinó la invitación.

—¿Cree que se va a poner bien?

—Oh, claro que sí. Con unos días de reposo en cama, estará como nuevo. Salvo por el brazo, claro, que tardará más en curársele. Ha tenido suerte.

—Sí —respondió Regina. Estaba contenta de que la tía de Kane no supiera en realidad cuánta suerte había tenido el señor Crompton.

—Es un hombre fuerte, más fuerte que todos nosotros. Saca fuerzas del bien que les hace a los demás, y disfruta ayudando a la podido resultar herida.

—Es un hombre notable —comentó Regina con sinceridad.

—Yo también lo creo. No te creerías algunas de las cosas que ha hecho. Le gusta mucho hablar de lo salvaje que era Kane, pero te digo que eso no le viene sólo de la parte Benedict de la familia.

Regina se sintió muy incómoda aprovechándose de la simpatía natural de aquella mujer. Sin embargo, al mismo tiempo no se atrevía a dejar pasar la oportunidad.

—Me parece difícil de creer —dijo para animarla—. Es la imagen del perfecto caballero.

—Admito que es difícil imaginárselo haciendo algo atrevido. Y, sin embargo, era bastante mujeriego antes de casarse con Mary Sue. E incluso hay una historia que dice que su padre y él ayudaron a ocultar un asesinato en los años treinta.

—¿Pero es del dominio público? —preguntó Regina, asombrada.

—No, no, yo sólo lo he oído porque la familia de mi marido estaba involucrada.

—Los Benedict —dijo Regina para estar segura de que entendía bien la historia.

—Exactamente. No sé los detalles con exactitud, pero parece que había un desgraciado persiguiendo a una de las mujeres Benedict. Ella no tenía nada que ver con ese hombre, pero él se había vuelto loco por ella. Una noche la atrapó a solas. Cuando los Benedict la encontraron, estaba salvajemente golpeada y cubierta de sangre, medio muerta. Los hombres fueron tras él, y el miserable abrió fuego contra ellos. Ellos le devolvieron el tiroteo y lo mataron. Al día siguiente, según cuenta la historia, Crompton's Funeral Home enterró dos ataúdes en la misma tumba, en el funeral de la vieja Granny Murphy, uno encima de otro. Si los Murphy exhumaran el cuerpo de su querida bisabuela, se quedarían asombrados al saber con quién ha estado durmiendo Granny durante todos estos años.

Regina no pudo evitar sonreír ante la graciosa expresión de la cara de la otra mujer. Aunque el incidente pudiera ser muy trágico, había ocurrido hacía tanto tiempo que

parecía una vieja leyenda. Si la historia que acababa de oír hubiera sido acerca del propio señor Crompton en vez de acerca de su padre, quizá hubiera podido servirle a Gervis. Desafortunadamente, no era así.

—Supongo que el negocio de las pompas fúnebres tiene ciertas ventajas. A menudo se sabe, literalmente, dónde se ha enterrado un cuerpo.

—También hay responsabilidades —comentó la tía Vivían—. La gente pide cosas muy extrañas.

—¿De veras?

—Sí. Algunos quieren que se les entierre con sus joyas, o con sus fotografías. Una vez, un hombre con complejo de faraón quiso que lo enterraran con su gato para llevárselo al otro mundo. Claro que alguien habría tenido que matar al animal, y el señor Crompton no estaba dispuesto a hacerlo, entre otras cosas porque él adora a los gatos. Ésa fue una petición que él no cumplió.

—Me lo imagino.

—Pero sí cumplió otra mucho más conmovedora. Una mujer de Turn-Coupe se peleó con su novio, se escapó y se casó con el hombre equivocado. Se pasó la vida entera siendo una buena esposa, hasta que descubrió que tenía cáncer. Cuando supo que se estaba muriendo, le pidió a Lewis que la enterrara junto al hombre al que nunca había dejado de amar, su novio, que había muerto un año antes. Cuando llegó el momento, el señor Crompton juró que ella había pedido que el funeral se celebrara con el ataúd cerrado, y enterró una caja vacía en su tumba. Después enterró a la mujer junto a su amor para que pasaran juntos el resto de la eternidad.

—¿Y la familia nunca lo descubrió? —le preguntó Regina con mucho interés. Aquella historia era intrigante, aunque no fuera lo suficientemente dañina como para resultarle útil. ¿O sí podía serlo? ¿No sería algo que Gervis podría manipular para convertir en una especie de fraude?

—No, que yo sepa. Y estoy segura de que habría habido repercusiones si se hubiera sabido. Pero ya ve qué clase de hombre es el señor Crompton, ¿verdad? —le preguntó Vivían, mirándola con picardía.

Regina lo entendía perfectamente. Lewis Crompton era demasiado bueno para su propio bien. Ella detestaba tener que informar a su primo en contra de él. Y odiaba todavía más que su nieto fuera a verse involucrado en aquella caída. Suponiendo, claro, que el secreto que acababa de averiguar fuera suficiente para los propósitos de Gervis. Ella no estaba totalmente segura.

Kane bajó las escaleras silenciosamente y se unió a ellas.

—Luke va a quedarse con Pops hasta que se duerma, lo cual no será mucho tiempo. Sé que tú también estás agotada. ¿Por qué no te echas un rato a descansar mientras Regina y yo damos un paseo hasta el lago? —le dijo a su tía.

Vivían Benedict miró a su sobrino atentamente. Aparentemente, vio algo en su rostro

que Regina no descifró, porque Vivian no discutió. Con su amabilidad natural, le dio las gracias a Regina por asistir a la fiestecita de recibimiento y le dijo que la vería en su próxima visita. Cuando los dejó, Kane le indicó el pasillo que conducía a la puerta trasera de salida, y los dos caminaron juntos hacia ella.

Sin querer, Regina le rozó con el brazo la pechera de la camisa. Estaba tan nerviosa que se sobresaltó con aquel toque, y tuvo que hacer un esfuerzo por no salir corriendo. En aquellas circunstancias, era imposible negarse a hablar a solas con él, como Kane le había pedido. Incluso estaba agradecida por no haber tenido que encontrar ella la manera de conseguirlo. Sin embargo, hasta que no descubriera qué era lo que quería Kane, iba a sentirse muy tensa.

Salieron de la casa y caminaron unos cuantos metros. Cuando pasaron junto a un tractor que había junto a un cobertizo grande, se oyó el ruido de un motor. Ella se detuvo en seco.

—¿No es ése el Jeep de Luke?

—No te preocupes —le dijo él—. Le dije que yo te llevaría de vuelta al motel.

—¿De veras? Eso es muy amable por tu parte. Amable y prepotente.

—¿Te parece? —le preguntó él sin inmutarse.

—Podrías haberme preguntado.

—¿Y arriesgarme a que te negaras? No.

—¡Qué...! —estaba tan irritada que no se le ocurrió nada lo suficientemente fuerte como para satisfacerla.

—¡Qué truco tan machista, tan maleducado, tan paleta! —dijo él.

—Algo así.

—Está bien. No hieras mis sentimientos.

Ella le miró la espalda. Su primer impulso fue no dar un paso más, pero, ¿qué iba a ganar con ello?

—No tengo intención de herir nada —declaró ella, mientras lo alcanzaba con pasos rápidos—. ¿Qué te ocurre? Es posible que las mujeres que conoces se queden impresionadas con tu actitud dominante, pero a mí no me gusta. Quiero volver al motel, si no te importa.

—Sí me importa.

Él se detuvo. Habían llegado a la orilla, a un robusto embarcadero de madera en el que había amarrados dos botes con motor. Cuando se volvió hacia Regina, los ojos de Kane tenían el mismo color azul profundo del cielo de verano que había tras él.

—He dicho que quiero volver al motel. Si tú no me llevas, me iré por mi propio pie.

—No creo.

—Pues mira —dijo Regina. Se dio la vuelta y echó a andar hacia la casa.

Kane se movió tan silenciosamente que Regina no lo oyó. Sólo sintió que la tomaba en brazos y que la llevaba de nuevo hacia el pequeño embarcadero. La incredulidad la dejó inmóvil durante unos segundos. Después se retorció, con incomodidad, en sus brazos, pero él ni siquiera aminoró el paso. Las tablas del embarcadero crujieron bajo su peso, pero Kane no se detuvo. Caminó hasta uno de los botes y allí depositó a Regina en el asiento central. Después él mismo bajó al bote y se sentó junto al motor. Lo puso en marcha y, en un abrir y cerrar de ojos, salieron hacia el canal principal del lago, deslizándose por la superficie del agua.

Regina pensó en gritar, pero no le habría servido de nada. Tampoco podía tirarse al agua. Cada vez estaban más lejos de la orilla y ella no resistía mucho nadando. No le quedó más remedio que quedarse allí quieta, intentando convencerse de que él no le haría daño. Aquello, seguramente, no era nada más que un paseo rápido para que Kane le enseñara alguna de sus habilidades masculinas.

— ¿Adonde me llevas?

— Ya lo verás.

— ¿No te parece que tengo derecho a saberlo?

— ¿Y estropear la sorpresa?

— A mí no me gustan las sorpresas.

— ¿De veras? Yo creía que sí.

¿A qué se refería? ¿Querría darle realmente una sorpresa o tenía unas intenciones completamente distintas? No le parecía posible que él le hiciera daño, pero tenía que recordar el incidente del ataúd. Además, diez años atrás había pensado lo mismo y se había equivocado. En aquella ocasión no había puesto objeciones a acompañar a un hombre porque no quería parecer ingenua ni tonta. Y en aquel momento, no quería parecer alarmista. Era curioso lo poco que había cambiado.

El lago era un espejo perfecto que reflejaba el cielo y las luces púrpuras y anaranjadas del atardecer, y las siluetas esbeltas de los cipreses y los robles de las orillas. Regina intentó respirar calmadamente y concentrarse en toda aquella belleza, pero no lo consiguió.

Kane siguió adentrándose en el lago, tomando un canal tras otro. Al principio, Regina intentó recordar el camino, pero después se rindió porque todo le parecía igual. La ruta que seguían se convirtió en una visión interminable de cielo, agua y árboles. Kane no dudaba, simplemente seguía por el lago como si estuviera siguiendo un sendero. Varias veces pasaron junto a pequeñas estructuras construidas sobre pilotes, demasiado pequeñas para ser habitadas por humanos, pero demasiado grandes para los pájaros u otros animales. Regina pensó que debían de ser casetas para la caza de los patos. Había oído una conversación sobre ello en la fiesta de Luke.

Unos minutos después de ver la primera caseta elevada, Kane se dirigió hacia una que era bastante mayor que las demás. Metió el bote por entre sus pilotes y apagó el motor. Con movimientos seguros, amarró la barca a una escalera que subía hasta una trampilla que había sobre sus cabezas. Después se puso de pie, empujó la trampilla hacia arriba y la apoyó en el suelo de la caseta.

—Aquí estamos —le dijo a Regina, apartándose—. Sube mientras yo sujeto el bote.

Aunque quería negarse, supo que no serviría de nada. Subió la escalera y entró en la caseta. Él la siguió y después cerró la trampilla.

Estaban solos en la penumbra.

Durante un momento sofocante, Regina sintió aquel viejo terror. Estaba sola en una caja cerrada con un hombre que tenía la promesa del peligro en los ojos y en la voz. Estaba atrapada, aislada, sin armas contra una amenaza que ella misma había atraído. Poco a poco, se fijó en que la caseta no era tan agobiante como le había parecido en un primer momento. La luz entraba por unas ventanas que había en todas las paredes de la construcción. Seguramente era por allí por donde los cazadores apuntaban a los patos. Además, el techo era lo suficientemente alto como para estar de pie y la caseta tendría unos cuatro metros cuadrados de superficie. En uno de los rincones había un arcón de metal, y encima, un aparato que parecía un calentador de gas.

Miró a Kane con la poca valentía que le quedaba y le preguntó:

—¿Ésta era la sorpresa?

—Sí.

—Pues ya la he visto. Vamos.

Regina dio un paso hacia la trampilla, pero él le bloqueó el camino.

—Todavía no.

—¿Hay más?

—Se podría decir que sí.

—¿Y bien?

—Vamos a hablar.

—Ya hemos hablado.

—Esta vez, yo elegiré el tema de conversación. Quiero que me cuentes por qué estabas hablando con Slater frente al motel, hace tres días.

—No sé de qué me hablas.

—Creo que sí. Te han visto charlando con él a plena luz del día.

—No sé quién te lo ha dicho, pero se ha confundido.

—No es probable.

Betsy. Tenía que ser ella. Regina se hundió. Debería haberse dado cuenta de que alguien que se interesaba tanto por la gente estaría observando lo que ocurría a su alrededor.

—Si quieres saberlo, te diré que me había cansado de que me espicara y decidí salir a preguntarle por qué lo hacía.

—¿Y lo averiguaste?

—Creo que lo convencí de que vigilarme no merecía la pena.

—Estás mintiendo —le dijo él, rotundamente.

—No, yo...

—Sí. Estás mintiendo. Creo que has estado mintiendo durante todo el tiempo que llevas aquí. Pero ahora quiero saber la verdad de una vez por todas.

Kane se había acercado demasiado, y Regina intentó apartarse de él. Sin embargo, él la tomó por el hombro y la aprisionó contra la pared. Su pecho chocó contra los senos de Regina y sus muslos se juntaron. Ella volvió la cabeza para alejarla de la de Kane, pero él apoyó las manos a ambos lados de su cara y se inclinó tanto hacia ella que sus mejillas se rozaron y su respiración le acarició los labios.

—¡No!

—¿No qué? —susurró él—. ¿Que no te toque? ¿Que no te agarre? ¿O que no espere conseguir lo que quiero de ti?

Su cercanía era persuasiva, pero al mismo tiempo le causaba angustia. Regina quería permanecer indiferente, pero no podía. Pensó en la terrible ironía de su situación. Ella había querido usar el sexo para sonsacarle a Kane lo que necesitaba saber. En aquel momento parecía que él iba a usar la misma táctica con ella. Y lo peor de todo era que, al contrario que ella, Kane parecía un experto.

Sin embargo, Regina también se dio cuenta de que había una diferencia más. No era su oposición a hacer el amor con él lo que Kane iba a usar como arma, sino más bien su horror a la intimidad en un espacio cerrado, lo cual él había descubierto en el ataúd antiguo.

Kane la besó en la mejilla e inhaló, como si pudiera atrapar la esencia femenina de Regina. El calor y el poder de Kane la devoraron, invadiendo sus sentidos, provocándole sensaciones confusas. Entonces, Regina sintió la ligera presión del calor masculino y firme de él contra el abdomen.

Levantó los brazos y le clavó los codos en las costillas. Cuando él se echó hacia atrás, durante una fracción de segundo, Regina aprovechó para empujarlo con fuerza y apartarse de la pared. Él se tambaleó hacia atrás, y ella aprovechó para acercarse a la trampilla. Sin embargo, Kane reaccionó rápidamente y la agarró por la espalda cuando Regina ya había agarrado el asa. Ella perdió el equilibrio, cayó sobre las rodillas y dejó escapar una exclamación de dolor.

Entonces, él la hizo girar y la tumbó boca arriba, sujetándole las muñecas contra el suelo. Regina se quedó inmóvil y cerró los ojos. El corazón le latía con tanta fuerza que parecía que se le iba a escapar del pecho. Kane bajó la cabeza hasta que sus labios volvieron a rozarse, y la besó hasta que calmó sus jadeos.

—Y ahora —le dijo, con frialdad—, ¿dónde estábamos?

Capítulo 11

– No, por favor – susurró ella.

– Dime por qué no debería – murmuró él.

– Por decencia.

– Hay cosas que necesito saber, y no se me ocurre otro modo mejor de sacarte la verdad.

– Tú no sabes... lo que me estás haciendo.

Él soltó una carcajada.

– Si se parece a lo que tú me estás haciendo a mí, estoy seguro de que será efectivo.

– ¡Yo no se nada!

– No lo creo.

– Por favor, suéltame. Podemos... podemos hablar de pie.

– Ya he intentado eso, y no ha funcionado. Ahora prefiero estar tumbado.

– ¡Yo no! Por favor... tienes que...

– Cuanto antes me respondas, antes te dejaré. Dime lo que estás haciendo realmente en Turn-Coupe.

– Tú ya sabes por qué estoy aquí. Él sacudió la cabeza.

– Sólo sé el motivo que tú me has dicho. Pero no sé quién te ha enviado – respondió Kane, e inclinó la cabeza para lamerle los labios.

– Nadie – respondió Regina, con la voz ahogada, apartando la cara tanto como podía—. Tu abuelo pidió un especialista para tasar su colección de joyas. A mí me avisaron.

– Tendrás que hacerlo mejor – le dijo Kane. En aquella ocasión, la besó con firmeza, profundamente.

Regina se estremeció. Ella había creído que necesitaba acercarse a Kane Benedict para conseguir lo que su primo le había pedido, y estaba claro que ya no podía acercarse más. Lo que necesitaba era controlarse. Debía someter sus viejos miedos, impedir las reacciones automáticas. Aquel hombre no era el que la había traicionado y la había herido. Aunque la tenía atrapada entre sus brazos, Kane no le estaba haciendo daño ni se lo había hecho. Ojalá ella pudiera olvidar el pasa imaginación y voluntades. Entonces, seguramente, podría conseguir algo de él.

Con un esfuerzo supremo, dejó de resistirse a su beso. Permitted que sus labios se relajaran y se adaptó a la presión de la boca de Kane. Desesperadamente, se concentró en los contornos cálidos y suaves, en la fricción de su lengua, en la excitación que le provocaba su sabor. Y, lentamente, sintió que el deseo invadía su cuerpo como una niebla y pensó que podría acabar con el miedo que amenazaba su determinación.

Él murmuró una palabra de sorpresa y le soltó las muñecas. Después la abrazó y capturó su boca una vez más, con una dulzura embriagadora. Y ella lo aceptó de nuevo, deleitándose maravillada con su suavidad y con la promesa de otra invasión más íntima.

De repente, él se puso muy tenso. Levantó la cabeza y con una mirada de desprecio, le preguntó:

—¿Qué tienes que ver con Gervis Berry? ¿Y qué se siente al haber estado a punto de matar a un hombre que no le ha hecho daño a nadie en su vida?

—¡Nada! ¡Yo no he sido! —gritó ella, asustada ante el inesperado cambio desde la ternura a aquella acusación espantosa. Se le llenaron los ojos de lágrimas que le cayeron por las sienes y se le enterraron en el pelo.

—Sí —dijo él con la voz áspera—. Le señalaste a Pops a Slater, ¿verdad? Lo señalaste para que ese tipo pudiera seguirlo a su casa y echarlo de la carretera.

—¡No, no, no!

—Sí —insistió él. Le acarició un pecho y después se lo cubrió con una mano—. Lo sabías y lo hiciste de todas formas. ¿Por qué? Dime por qué.

El roce contra el pico más sensible del pecho de Regina fue el detonante. Ella sintió algo parecido a un calambre de pánico que la recorrió. El miedo y la rabia hicieron que comenzara a retorcerse bajo él, con una fuerza increíble, para conseguir liberarse. De un bote consiguió echarlo hacia atrás y rodó hacia un lado para alejarse de él. Se refugió en una esquina, y con los dientes apretados y los ojos llameantes, esperó a que él atacara.

Él se puso de rodillas, furioso, con los músculos tensos. Entonces, se quedó inmóvil.

Durante unos instantes, ninguno de los dos se movió. Después Kane se sentó en el suelo. Se pasó las manos por la cara y por el pelo. Cerró los ojos con fuerza, y cuando volvió a abrirlos de nuevo, la rabia y la obstinación habían desaparecido de su mirada. En ella sólo quedaba disgusto consigo mismo, cansancio.

—No —le dijo a Regina suavemente—. No me mires así.

Ella alzó la barbilla, sin apartar la mirada de él ni por un segundo. Le resultó imposible separar las mandíbulas para poder hablar.

—¿Qué te ocurrió? —le preguntó él en voz baja—. ¿Quién te lo hizo, y cuándo? ¿Y por qué nadie te ha ayudado a superarlo?

—No es asunto tuyo.

—Creo que sí, porque casi ha provocado que yo hiciera algo que los dos habríamos lamentado.

—Has sido tú. Fue idea tuya.

—Pero nunca se me habría ocurrido, salvo porque evidentemente, tú te negabas a...

—Tú lo has visto como una debilidad que podías explotar —le escupió Regina, y después tomó aire profundamente, mientras notaba que el miedo dejaba de oprimirle el pecho.

– Creía que haría cualquier cosa por ayudar a Pops. Sin embargo, estaba equivocado. Aquello era al mismo tiempo una explicación y una disculpa, si acaso ella quería aceptarla. ¿Quería? No estaba segura, aunque quizá se viera obligada a hacerlo si quería continuar en Turn-Coupe. Al menos, ella tenía razón al pensar que él era decente, lo suficiente como para no llevar a cabo semejante plan. Lo cual no significaba que fuera a ponérselo fácil. Regina se quedó callada.

Y en aquel momento de silencio, se oyó un golpe que provenía de la parte inferior de la caseta. Regina supo de qué se trataba: era el sonido de un bote golpeándose contra uno de los pilones de la caseta. El ruido fue seguido de los chapoteos suaves y rítmicos de alguien que se alejaba remando. No estaban solos.

Justo después de darse cuenta de aquello, Regina oyó el ruido de un motor al arrancar. Después se puso en marcha y se alejó. Fuera quien fuera el que había estado bajo la caseta, se iba de allí. Y tenía prisa.

Kane se puso en pie y se acercó a mirar por una de las ventanas de la caseta. Entonces, soltó una violenta imprecación.

– ¿Qué ocurre? – preguntó Regina.

Él no respondió. Se acercó a la trampilla, la abrió y bajó por las escaleras. Ella lo siguió hasta el hueco y lo vio colgado de los peldaños de madera, mirando en todas las direcciones.

Regina se puso de rodillas y se inclinó hacia delante para observar la expansión de agua vacía que rodeaba la caseta. Cuando Kane miró hacia arriba, ella le dijo, perpleja:

– El bote ha...

– Desaparecido. Y no se ha desatado solo.

– ¿Se lo ha llevado alguien? ¿Quién iba a hacer eso?

– Dímelo tú.

Kane comenzó a subir la escalerilla. Mientras Regina se apartaba para dejarle pasar, le respondió con aspereza:

– ¿Y cómo iba a saberlo yo? Éste es tu territorio, ¿no?

– Pero tú eres la que tienes amigos extraños – Kane ascendió al suelo de la caseta y se sentó, con las piernas colgando por el borde de la trampilla.

– Tus amigos saben llegar aquí. Y tus parientes.

– Pero ellos no vendrían aquí solos. Y yo no tengo ninguna razón para querer quedarme aquí atrapado contigo.

– ¿Y tú crees que yo quiero estar contigo? Que he hecho que alguien nos siga para asegurarme de que haya encuentros convenientes? ¡Si piensas eso, eres mucho más paleta y más tonto de lo que yo pensaba!

El se la quedó mirando con una media sonrisa.

– Al menos has recuperado la fuerza de carácter.

– De lo que me sirve... – murmuró ella, y apartó la mirada para desviar la atención de un comentario que podría revelar más que lo que quería—. ¿Y qué vamos a hacer ahora?

– ¿Qué sugieres tú?

– ¡No lo sé! Algo, aparte de quedarnos aquí sentados a esperar a que anochezca.

Él la miró con interés, pero no con preocupación.

– El camino de vuelta a nado es muy largo, pero si quieres intentarlo...

– ¿Y eso es lo único que se te ocurre?

– A menos que puedas caminar sobre las aguas.

– Entonces, ¿qué vamos a hacer?

– Esperar.

– ¿A quién?

– A Luke, probablemente. Seguramente, será él quien venga, porque nadie conoce mejor el lago. Y es probable que él suponga que estoy aquí.

– ¿Quieres decir que nadie sabe dónde estamos? ¿No se lo dijiste ni a tu tía ni a tu abuelo? ¿Ni a Luke?

– No es el tipo de excursión que vas pregonando por ahí.

– Pero... tiene que haber algo que podamos hacer, aparte de esperar.

– Podemos ponernos cómodos.

– Cómodos – repitió ella, con frustración.

Él le lanzó una mirada breve, sardónica, y después se puso de pie con agilidad y cerró la trampilla. Se volvió hacia el arcón de metal y levantó la tapa. Sacó una manta de lana y se la entregó a Regina. Después sacó un par de latas de salchichas en conserva, una lata de alubias, dos botellas de plástico de refrescos y un paquete de pan tostado. Lo último que sacó fue algo que parecía un farol de acampada.

– Siempre preparado – observó ella secamente.

– ¿No fuiste Girl Scout? – le preguntó Kane, con una sonrisa.

– No. Pero está claro que tú sí fuiste Boy Scout.

– De hecho, sí lo fui. Pero aprendí a estar preparado para las emergencias y los imprevistos por propia experiencia.

– ¿En el pantano, mientras masacras aves migratorias?

– Yo cazo – dijo él –. Sin embargo, éste no es mi puesto. Es el de mi abuelo.

– Y tú lo usas cuando te apetece, supongo. Me sorprende que no tengas aquí una escopeta. Podrías cazar un pato para la cena.

– No estamos en temporada. De todas formas, esto es demasiado húmedo para dejar una escopeta. El metal se oxidaría. Y me robarían el arma.

– Y eso no puede ser, claro que no – dijo ella, irónicamente.

Kane cerró la tapa del arcón y se volvió hacia ella.

– ¿Siempre te pones de tan mal humor cuando las cosas no salen como tú quieres?

– No, no siempre.

– Si tienes miedo por mí, no te preocupes. No tengo intención de tocarte.

– Qué caballeroso.

– No creo que nunca haya fingido eso, y está bien, dadas las circunstancias.

Él se sentía culpable. Era una revelación asombrosa. Y más asombroso, todavía, que ella no le guardara rencor. Lo miró a los ojos y le dijo:

– No seas tan duro contigo mismo. Otros hombres ni siquiera se habrían detenido.

– Y tú conoces, o conociste, a uno de ellos, ¿verdad?

Ella no confirmó su suposición, pero tampoco la negó.

Kane entrecerró los ojos ligeramente.

– No te preocupes. Tal y como te he dicho, estás a salvo de mí.

Aquello debería haber sido reconfortante, pero no lo fue. El motivo era que él veía muchas de las cosas que ella estaba intentando ocultar, lo que había mantenido oculto durante tanto tiempo.

Kane Benedict era un hombre peligroso, no sólo porque fuera atrevido e imprevisible, ni porque no se le escapara nada. Era por su inteligencia. Y también porque, aunque a ella le resultara difícil de creer, hacía que ella deseara descubrir si podría soportar que la abrazara en una situación menos peligrosa en la que no estuvieran aislados. Debía de estar volviéndose loca. Regina nunca había sentido ni la más mínima duda sobre el contacto físico con un hombre.

Kane se volvió hacia la lámpara y comenzó a inspeccionarla. Parecía sensato cerciorarse de que funcionaba antes de que cayera la noche. Regina se sentó en el suelo, apoyó la espalda contra la pared y se agarró las rodillas con las manos.

El silencio se hizo incómodo. Después de un momento, Regina carraspeó y miró a Kane.

– ¿Cuánto tiempo crees que tardarán en venir a buscarnos?

– Un poco – respondió él sin mirarla –. La tía Vivian está acostumbrada a que yo entre y salga cuando quiera. Me sorprendería que se diera cuenta de que hay un problema antes de medianoche. Y, eso, si Pops y ella se despiertan. Los dos estaban agotados. Cuando se dé cuenta, la tía llamará a Luke, porque no es de las que llaman a la policía a la primera. Estaría más preocupada si supiera que tú estás conmigo, pero me parece que cree que fue Luke el que te llevó a casa.

– ¿Te parece? ¿O estás seguro?

– Vamos, relájate. Si no puedes solucionarlo, lo mejor será que disfrutes de la situación.

– ¿Disfrutar, aquí atrapada? Tienes que estar bromeando.

Él miró por la ventana, hacia la luz opalescente del crepúsculo entre los árboles, y sacudió la cabeza.

– No, en absoluto.

Ella tuvo que admitir que allí reinaba la tranquilidad. Sólo se oía el suave chapoteo del agua, el suspiro de la brisa y el canto de los pájaros y las ranas. Si cerraba los ojos, casi podía sentirse en paz.

– ¿Tienes hambre? – le preguntó él –. ¿O preferirías comer más tarde?

– No importa.

– Yo creo que sería mejor comer ahora, mientras todavía hay luz para ver lo que hacemos.

Ella se encogió de hombros. Kane abrió las latas de salchichas y comieron en silencio, con pan tostado y una lata de refresco caliente. Para cuando habían terminado y habían recogido los restos, había anochecido. Kane la miró en la oscuridad, cada vez más cerrada. Ella no podía verle la cara, y no podía descifrar su expresión, ni su intención. Cuando él habló, su voz sonó profunda y grave.

– ¿No quieres contármelo?

– ¿Qué? – preguntó ella. Sabía a qué se refería Kane, pero tenía que preguntárselo de todas formas, por si acaso estaba equivocada.

– Lo que ocurrió para que aborrezcas a los hombres. Quién te hizo tanto daño que no soportas que nadie te toque de nuevo.

– ¿Por qué piensas que...

– Deja de fingir, ¿de acuerdo? No tienes que demostrarme lo fuerte e independiente que eres.

Ella se tragó el resto de lo que iba a decir y, en su lugar, balbució:

– No soy fuerte, y tú lo sabes mejor que nadie, sobre todo mejor que otros...

– ¿Que otros hombres? ¿Por qué?

– Tú eres el único que ha conseguido acercarse tanto a mí en mucho tiempo.

El suave sonido que él emitió, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, fue perfectamente audible. Con ironía, comentó:

– Vaya, tú sí que sabes cómo conseguir que un tipo se sienta bien.

– Ésa no era mi intención.

Su intenso interés era muy seductor, casi persuasivo. Era como si lo que ella tuviera que decir le importara de veras. Y, una vez que Regina comenzó, no se guardó nada. Le contó que había sido una adolescente precoz, que había tenido el mal juicio de encapricharse con un estudiante rico de Harvard que tenía un coche muy rápido. En una cita, él le había dado un vino barato mezclado con una droga que la había dejado prácticamente inconsciente. Le habló del dolor y la degradación que había sufrido

cuando se había despertado y había descubierto que había sido violada mientras estaba sin sentido. El único problema que tuvo contándole todas aquellas cosas fue que Regina sintió dolor, el mismo dolor de siempre al recordarlo.

— ¿Y ese tipo de Harvard no fue procesado? —le preguntó él cuando ella se quedó en silencio.

— Su padre era un pez gordo con un buen equipo de abogados. Además, no había más pruebas que unos cuantos hematomas superficiales y restos de droga en mi sangre. Los análisis habrían dado positivo en lo que respectaba a las relaciones sexuales y a haber sido virgen recientemente, pero no había nada que demostrara que yo había sido violada. Habría sido su palabra contra la mía, y la amnesia es un efecto secundario de esa droga. Yo no recordaba lo que había ocurrido, no podía decir adonde habíamos ido, cuándo tomé el vino ni quién más estaba allí. Nada en concreto. Pero no debí de quedarme completamente inconsciente porque tengo esa sensación, casi como un sueño, de que me agarraban, de que no podía moverme mientras....

— No sigas —le dijo él en voz baja—. Me hago una idea.

Ella se quedó callada, porque de repente tenía la garganta oprimida. Se quedó mirando a la oscuridad con los ojos ardiendo, mientras en el alma tenía un sentimiento de disolución, como si una barrera muy antigua hubiera empezado a derrumbarse.

— Así que el hombre que hizo eso se libró —dijo Kane después de unos instantes—. ¿Y qué pensó tu familia?

— Yo no tengo familia. Al menos... —Regina se detuvo al darse cuenta de que no podía contar nada de Gervis—. Mi padre nos dejó cuando yo era un bebé, y mi madre murió cuando yo tenía diez años. Nadie quería ayudarme a librar una batalla que yo no iba a poder ganar, una lucha que iba a causarme más heridas de las que ya tenía.

— Entonces, ¿no había nadie que pudiera ayudarte? ¿Nadie que te diera consejo, ni que te recomendara ir a terapia psicológica para que superaras lo que te había sucedido?

— Yo me enfrenté a ello —dijo ella.

— ¿De veras? Pues a mí me parece que no has conseguido superarlo por completo.

— Pero eso no es importante, siempre y cuando tenga...

— ¿Qué?

— A mi hijo. Stephan —respondió Regina, con la voz ahogada en lágrimas.

Stephan, con su sonrisa y sus dientes torcidos, sus besos de niño adorable. Stephan que la quería con locura, que dependía de ella, porque Regina era la única referencia que tenía en su pequeño e inestable mundo. Su niño no debía enterarse nunca de lo egoísta y criminal que había sido su padre.

Stephan. Ella haría cualquier cosa por su hijo. Cualquier cosa.

—No, Regina. No llores. Yo no quería que recordaras todo esto de nuevo.

—No —dijo ella—. Lo sé.

Regina sabía que, a pesar de su ira y de su contundencia, él nunca le haría daño intencionadamente. Simplemente, él no era así.

Y aquella certeza le dio valentía, le dio esperanza. Y también le indicó que era el momento para hacer el trabajo que le habían encargado.

Tenía que tomar una decisión. No iba a tener otra oportunidad mejor. Debía hacerlo por Gervis, por Stephan, y quizá, sólo quizá, por sí misma, por razones que no tenían que ver con ellos dos.

Las palabras no fueron más que un susurro.

—¿Si te pidiera que...?

—¿Qué? —dijo él, y se volvió con delicadeza hacia Regina.

—¿Podrías... podrías abrazarme durante un minuto, Kane? Sólo abrazarme, y nada más.

Capítulo 12

— ¿Tienes idea de lo que me estás pidiendo?

Regina tragó saliva antes de responder.

— Sé que has dicho que no ibas a tocarme, pero he pensado que querías decir que no me... es decir, que no querías...

— Exactamente.

— Bueno, yo tampoco. Pero algunas veces he pensado que, si alguien me abrazaba, quizá no fuera tan malo. No durante mucho rato, sólo un momento. ¿Entiendes lo que quiero decir?

— Creo que sí, pero, ¿y yo?

— No entiendo.

— No sabes mucho de hombres, ¿verdad?

Ella se humedeció los labios.

— No he tenido mucha experiencia. ¿Qué es lo que debería saber?

— No importa — dijo Kane, y exhaló un suspiro de cansancio —. Supongo que te lo debo. Vamos, ven.

El extendió los brazos. Ella se lo había pedido, y no podía echarse atrás. Apretó los dientes con fuerza y se acercó a Kane. Él le rodeó la cintura con un brazo. Ella se quedó rígida al instante. Después, como no hizo nada por aprisionarla, ella se obligó a relajarse lentamente.

— ¿Estás bien? — le preguntó Kane.

— Creo que sí — respondió Regina. Era cierto, al menos por el momento. Sin embargo, se estremeció.

— Si estás bien, ¿qué ha sido eso?

Regina no podía creerse que Kane lo hubiera notado, porque ella casi no se había dado cuenta. Él reconocía sus reacciones mucho mejor de lo que ella hubiera podido imaginarse. Con la voz ronca, respondió:

— He sentido el calor que tú desprendes, y supongo que he notado que ha refrescado mucho, ahora que se ha puesto el sol.

— ¿Tienes frío? Toma — le dijo él, y le puso en el regazo la manta que había dejado junto al arcón.

— No. Es agradable — respondió ella.

Desplegó la pesada manta por la mitad, la extendió a su lado y se apoyó en ella, usando su grosor como cojín. Alargó un brazo hacia Kane para invitarle a que se uniera a ella, y sin querer, le rozó el muslo con los dedos. Inmediatamente, se apartó,

pero antes notó que él tensaba involuntariamente los músculos de la pierna. Kane tomó aire y se quedó inmóvil.

Ella arqueó las cejas, dubitativamente.

– Si no quieres hacerlo, lo entiendo.

– No te preocupes. Sobreviviré.

– No quiero obligarte a nada...

– Créeme, podré soportarlo – dijo él con la voz tensa.

Con movimientos rígidos, se apoyó en la manta, y ella se recostó de nuevo. Preocupada, se dio cuenta de que se había acercado a él más que antes, y que estaba descansando sobre su pecho y su hombro. Sin embargo, no le pareció buena idea moverse de nuevo y, de todas formas, no importaba. Lentamente, volvió a relajarse y se apoyó hasta que pudo sentir sus músculos, su calor y su esencia. Inhaló profundamente, y comenzó a experimentar una sensación de comodidad que no supo identificar.

Entonces lo entendió. Lo que sentía era seguridad. Tenía una profunda sensación de seguridad mientras estaba entre los brazos de Kane Benedict. Era una reacción tan extraña que casi no la había reconocido. ¿Provenía de él o de ella misma? ¿Era una casualidad, o un fenómeno natural en la relación entre hombres y mujeres? Regina no lo sabía, pero era un descubrimiento que la dejó pasmada, porque un poco antes había estado desesperada por separarse de él.

Notaba el brazo de Kane en la espalda. Él le había puesto la mano en la cintura, y Regina sabía exactamente dónde estaba cada dedo, percibía el poder latente de su contacto. Antes, el hecho de sentir aquella mano sobre el pecho le había provocado un ataque de pánico. Regina se preguntó si le ocurriría lo mismo en aquel momento en que lo estaba esperando.

Él no iba a hacer ni el más mínimo movimiento, o eso había jurado. Cualquier acercamiento tendría que partir de ella. ¿Se atrevería? Y, si se atrevía, ¿soportaría las consecuencias?

Tendría que averiguarlo. El tiempo pasaba. Unas cuantas horas más, y la oportunidad se habría desvanecido. Una vez que la hubiera perdido, era posible que no volviera a recuperarla.

Posó los dedos en la mano que Kane tenía en su cintura, y distraídamente, comenzó a acariciarle los nudillos y las yemas. Descubrió una cicatriz que comenzaba al lado del dedo índice. Mientras ella seguía su camino con la punta del dedo, él volvió la mano con amabilidad para facilitarle el recorrido de la marca. En un susurro, Regina le preguntó:

– ¿Qué te ocurrió aquí?

– Me corté accidentalmente con un cuchillo. Estaba tallando una figurilla para alguien, y ella decidió hacerme cosquillas.

– ¿Hacerte cosquillas?

– Como un juego. Algunas mujeres son así. O debería decir algunas chicas, porque eso ocurrió hace mucho tiempo.

Regina sintió una pequeña punzada de algo que debía ser envidia, o quizá celos.

– Debiste de ponerte furioso.

– ¿Por qué? Ella no quería que ocurriera.

– Pero te hizo daño, de todas maneras.

– Yo me lo hice. No habría ocurrido si hubiera tenido más cuidado. Los dos estábamos haciendo el tonto.

– ¿Quién era?

– ¿La chica? April Halstead.

– Ojalá yo hubiera podido tener ese tipo de relaciones – dijo ella.

– ¿A qué te refieres?

– Impulsivas, amistosas. Relaciones en las cuales uno puede tomarse ciertas libertades como jugar, y en las cuales el perdón es algo natural y fácil.

– Aquéllas que se basan en la confianza, quieres decir.

– Supongo que sí.

– No sabes lo que te has perdido – dijo él, simplemente.

– Estoy empezando a darme cuenta.

Él la miró en la oscuridad, y percibió el débil brillo de sus ojos. Entonces bajó la mirada y se concentró en sus labios. Ella se quedó inmóvil, esperando lo que pudiera ocurrir. Kane inclinó la cabeza hacia ella, pero después se retiró.

Estaba respetando su palabra. No tenía intención de tocarla más allá de lo que ella le pidiera. Aquello era un inconveniente, pero extrañamente, Regina se sentía contenta. Era una sensación agradable el poder confiar, aunque sólo fuera por un momento.

Apartó la vista del rostro de Kane y la fijó en la oscuridad mientras recordaba lo que había sido su vida.

– Me he perdido otras muchas cosas. Por ejemplo, agarrarse de las manos. O esos besos inocentes que se dan los niños y las niñas en el colegio. Mi madre era muy enfermiza. Yo tenía que quedarme con ella, así que no tenía tiempo para aquellas cosas. Después, la mujer que me acogió era muy estricta y muy desconfiada, y nunca me permitió nada de ese tipo. Aunque eso no evitó que yo tuviera problemas al poco de que ella muriera.

Mientras hablaba, Regina le pasaba los dedos suavemente por la palma de la mano. Al cabo de unos instantes, entrelazó sus dedos con los de Kane.

– Regina... – comenzó a decir él, pero después se interrumpió.

– No te importa, ¿verdad? Está tan oscuro... No sé cuándo ha sido la última vez que he visto tanta oscuridad, sin las farolas, ni las luces de los coches, ni de los edificios...

– Debería encender la lámpara.

Su voz sonó ahogada, pensó Regina. Quizá él no estuviera tan calmado como parecía. A ella le gustaría pensarlo, porque su propio pulso latía aceleradamente.

—No me quejo —le dijo—. Creo que incluso me gustaría, una vez que me acostumbrara a ello. Deberíamos mirar bien las estrellas.

Él miró hacia arriba y apoyó la cabeza en la pared. Con una risa afligida, repitió:

—Las estrellas.

—En Nueva York apenas se distinguen. ¿Kane?

—¿Qué?

—Te importaría mucho si te... —ella se detuvo. No sabía si terminar la frase.

Kane cerró los ojos.

—Quieres besarme, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabías?

—Lo he adivinado.

— Sería sólo un experimento. ¿Te importaría?

—¿Y por qué iba a importarme? —murmuró él—. No faltaría más.

Ella le soltó la mano.

—Te molesta.

—No el hecho de que me besen —dijo él mientras apretaba sus dedos para retenerla—. Lo que me molesta es el hecho de no poder cooperar. Pero lo soportaré.

—¿Estás seguro?

—Claro. Puedo con cualquier tortura que quieras infligirme.

Ella se retiró un poco.

—Si te sientes así, será mejor que lo dejemos.

Él sacudió la cabeza lentamente.

—Olvida lo que he dicho, ¿de acuerdo? Sólo sigue con lo que ibas a hacer.

Regina ya no estaba segura de que fuera tan buena idea. Le parecía posible que Kane entendiera lo que ella pretendía, pero, ¿qué iba a hacer si él le daba la vuelta a la tortilla? ¿En qué situación se encontraría?

En la misma, se dijo con sinceridad. Siendo así, ¿qué diferencia podía haber?

Regina se incorporó y se sentó. Se volvió hacia él, pero entonces titubeó. La única forma en la que podía alcanzar sus labios sería sentándose en su regazo, pero no estaba preparada para eso. Se humedeció los labios y le dijo:

—¿Podrías... ayudarme un poco?

Él se deslizó hacia abajo y se tumbó, con la mitad del cuerpo fuera de la manta. Se puso las manos tras la cabeza para usarlas como almohada y la miró.

— ¿Así está mejor?

Sí y no. Ella también lo miró fijamente a la cara, preguntándose si no se estaría divirtiendo a sus expensas. Cualquier cosa era posible por parte de Kane Benedict.

Regina se tumbó a su lado y apoyó la cabeza en un codo antes de inclinarse sobre él. Con los ojos muy abiertos, recelosa de cualquier movimiento repentino, bajó la cabeza y rozó con los labios las curvas cálidas de la boca de Kane. Se retiró rápidamente y lo observó.

Él no se movió, y ella se relajó ligeramente. Aliviada, le besó la hendidura de la barbilla, y después la saboreó con la lengua, sintiendo el picor de la barba con algo de asombro. Él permaneció inmóvil. Ella bajó los párpados y dejó un reguero de pequeños besos desde la barbilla de Kane hasta sus labios. Exploró las comisuras y los bordes, dejándole un camino húmedo en la piel.

El pecho de Kane subía y bajaba a más velocidad que antes, y el músculo de su brazo, donde ella estaba apoyada, estaba duro como una piedra. Sin embargo, él permaneció quieto, con los ojos cerrados. Entonces, Regina se atrevió a subir un poco y le acarició los párpados con la lengua para probar la sal de sus pestañas. Después, con un pequeño sonido que le salió de la garganta, volvió a su boca y lo besó, disfrutando de su sabor dulce y de la suavidad de su carne. Durante largos segundos, se conformó con aquello. Después buscó, delicadamente, la manera de entrar en él.

Kane se lo permitió, la animó a hacerlo con refinamiento, abriendo la boca tan sólo hasta el punto que ella le pedía. Regina se sentía embelesada por la libertad de ser la incitadora, la exploradora. El hecho de que él estuviera dejando aquel poder en sus manos le causó una emoción que no reconocía, pero que podría ser gratitud.

El corazón le golpeaba contra las costillas. La sangre le corría ardiente por las venas. Ella quería más de él, necesitaba más, de una forma que no había sentido antes. La languidez la venció y se derritió contra él, permitiendo que el contorno redondo de su pecho se moldeara contra los planos duros del torso de Kane. Sabía que todo aquello tenía un objetivo, pero la coacción que la había impulsado a actuar al principio parecía distante y trivial comparada con las cosas que estaba descubriendo. Acerca de Kane, sí, pero también acerca de ella misma.

Kane movía la lengua en un remolino de terciopelo cálido, como un señuelo suavísimo. Ella marcaba el ritmo, pero se veía sutilmente obligada a ir por delante de él, de rozar el borde de sus dientes para no dejar que él capturara su lengua.

Regina levantó la cabeza y le dijo sin aliento:

— Se supone que tú no ibas a participar.

— Bueno, yo sólo recuerdo que no iba a tocarte. Además, ¿no es mejor cuando tienes ayuda?

— ¿Y cómo voy a saberlo? Me has estado ayudando durante todo el rato, aunque sólo sea un poco.

— Compruébalo.

La seguridad y el desafío eran evidentes en su tono de voz. Fue lo suficientemente irritante como para que ella superara su desconfianza instintiva. Le puso una mano sobre el pecho y se inclinó sobre él una vez más.

En aquella ocasión, Kane mantuvo los labios inmóviles. No hubo respuesta cuando ella jugueteó con su lengua y recorrió el borde de sus dientes. Sin embargo, Regina sentía su corazón retumbando poderosamente en el pecho, bajo su mano.

Ella se retiró y lo miró.

— Yo tenía razón, ¿no? — preguntó él suavemente.

— Sí.

— El resto funciona de la misma manera.

— ¿El resto? Oh, te refieres a...

— Me refiero a hacer el amor — dijo él y esperó.

Ella se echó hacia atrás la melena.

— ¿Se supone que tengo que confiar en ti, después de lo que intentaste hacer antes?

— Eso es cosa tuya — respondió Kane—. Yo sólo estoy demostrándote una cosa.

Aquello era algo que Regina no estaba preparada para aceptar. Y la mejor forma de evitarlo era, según pensó ella, volver a besarlo.

En aquella ocasión, la cooperación fue total, una concentración tan completa que ella sintió los sentidos inundados por una infinita variedad de sabores, texturas y esencias. Emitió un sonido desde lo más profundo de la garganta, mientras abandonaba la razón para seguir el camino que su instinto le marcaba, bajaba la guardia y admitía su tierna invasión.

La caseta, el suelo y el techo dejaron de existir. Regina se perdió en la lenta extensión de sus sentidos, en la magia de las caricias y el calor, la esencia y el sabor, y en la maravilla de los cuerpos que se unían.

De repente, él rompió el beso. Le tomó la muñeca y la apartó de su pecho. Con la voz entrecortada, le preguntó:

— ¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo?

Ella se humedeció los labios.

— No lo sabía — susurró —, pero ahora ya lo sé.

Kane se quedó inmóvil durante un segundo. Después, con infinito cuidado, volvió a posarle la mano donde había estado.

— Siempre y cuando sepas quién es el responsable — le dijo, y se relajó de nuevo.

Regina respiró hondo. Podía continuar, o podía parar. Era cosa suya. Sintió en la palma de la mano el calor que desprendía la piel de Kane y dejó de pensar para no perder el coraje necesario para continuar. Comenzó a acariciarlo en pequeños círculos, y le abrió la camisa para disfrutar del contraste entre su piel firme y la suavidad del vello que le crecía desde las clavículas hasta la cintura en forma de uve.

Cuando descubrió el pezón, concentró en él su atención. El hecho de que reaccionara como los suyos le pareció sorprendente. Bajó la cabeza y humedeció el pequeño bulto con la lengua, y tuvo la satisfacción secreta de oír cómo él inspiraba bruscamente al sentirlo.

El hueco de su garganta, el lateral fuerte de su cuello, donde latía la yugular, los ángulos de su mandíbula, todos acapararon la atención de Regina más tarde o más temprano. Su exploración fue minuciosa, pausada. Él no intentó apresurarla.

Kane se movió ligeramente, y ella sintió su roce en la cintura. Él le pasó la mano por un costado, y después por la espalda, muy lentamente. No hubo ni la más mínima coacción en aquella caricia. Era más bien para animarla, o para seducirla. Y cumplió su objetivo porque ella no puso objeciones al sentir que él enredaba los dedos en su pelo y le acariciaba la nuca, y después guiaba la boca de Regina hacia sus labios de nuevo.

Aquel beso fue más profundo, más largo, más fuerte. En algún momento, él tomó la iniciativa, aunque lo hizo con tanto cuidado que ella no supo cuando había cedido.

Con los labios cálidos, él le acarició la piel suave de la mejilla. Inhaló su fragancia antes de hacer una delicada incursión por su garganta. Regina sintió su respiración a través de su camisa de punto mientras él se acercaba a las curvas de sus pechos. Sus pezones se contrajeron inmediatamente. Él frotó la mejilla contra uno de ellos en una suave caricia. Sin embargo, no invadió más espacio. Simplemente jugueteó a través de la ropa de Regina, soplándole aire cálido, disfrutando de su suavidad sin alejarse de los puntos más sensibles de sus pechos.

Ella le deslizó la camisa por los hombros, agarrando y soltando su fuerte musculatura tensa de deseo.

Entonces, y sólo entonces, él rozó uno de pezones y vaciló, como si estuviera esperando permiso. Ella se lo concedió ofreciéndole lo que él quería, y se estremeció de placer cuando él cerró los labios alrededor de su cuerpo.

Con una fuerza férrea, él la agarró por la cintura e hizo que girara con él, hasta que Regina estuvo tumbada de espaldas sobre el suelo. Cuando él se alzó sobre ella, Regina sintió de nuevo aquel viejo terror, aquella parálisis heladora. Cerró los dedos agarrando la camisa de Kane, entre sus omóplatos, y apretó desesperadamente.

No debía sucumbir a aquella oscura angustia, tenía que luchar contra ella, conquistarla. Lo lograría. No tenía otra elección.

Entonces, él tomó un mechón de su pelo que estaba esparcido por el suelo y volvió a soltarlo para observar la luz de las estrellas reflejado en él.

—Dios, eres bella —susurró—. Tan bella...

Bella. Al oír aquella palabra pronunciada con tanta admiración, ella notó que el nudo de miedo que tenía en el pecho comenzaba a deshacerse, y empezó a sentirse desconcertada. Aquella libertad era embriagadora. Al mismo tiempo, se sentía atrevida y seductora. Quería más sensaciones, más revelaciones, más sabores, más cercanía. Más del hombre que la estaba abrazando.

Y quizá él percibió aquella necesidad en sus ojos, porque deslizó la mano bajo su camisa y lentamente, con ternura, dándole tiempo para que pusiera objeciones, le tomó un pecho. Ella se quedó inmóvil y expectante. Entonces, él subió la camisa, inclinó la cabeza y satisfizo su deseo, succionando, mordisqueando delicadamente. Ella sintió un increíble placer que la tomó por sorpresa. Entrelazó los dedos en el pelo de Kane y lo abrazó contra ella.

Poco a poco, fueron desnudándose el uno al otro, y cuando se hubieron deshecho del obstáculo de la ropa, cuerpo a cuerpo, se juntaron de nuevo en la manta, haciendo todo lo que podían por mezclarse a través de la piel desnuda.

Cuando él penetró en su cuerpo, Regina sintió que las lágrimas se le derramaban por las mejillas. Se abrazó con fuerza al cuerpo de Kane, mientras se le llenaba el corazón con algo tan cercano al amor que supo que nunca olvidaría a aquel hombre ni aquel momento.

Alcanzaron el éxtasis, y lo sostuvieron juntos mientras sus pulmones luchaban por respirar y sus cuerpos reflejaban la luz de la luna, y el mundo se alejaba de ellos. Durante un largo rato, yacieron juntos, con los miembros entrelazados, mientras se les enfriaba la piel. El pulso de Regina recuperó su ritmo normal. Kane extendió la manta para taparlos hasta la cintura. Se separaron, aunque Kane la detuvo cuando ella intentó levantar la cabeza de su hombro. No dijeron una palabra, sino que permanecieron inmóviles, en silencio, mirando a la nada, perdidos en un millón de preguntas y dudas.

Fue el ruido de un mosquito lo que los sacó del trance en que habían entrado. Kane dejó que aterrizara en su brazo, y lo mató. Después, buscó su ropa y le dio a Regina la suya. Se vistieron rápidamente, y él se levantó y encendió el farol con unas cerillas. Un momento después, la luz surgió de la llama, demasiado blanca, demasiado brillante, demasiado reveladora.

Cuando Regina miró a Kane, sus rasgos tenían una expresión severa y tenía los labios apretados. Sus ojos eran de un azul muy oscuro, y en sus profundidades, ella percibió algo como desprecio por sí mismo. Y también una leve sombra de desolación.

Capítulo 13

—Os habría encontrado antes si hubieras encendido el farol en cuanto oscureció.

Kane sopesó las palabras de saludo de su primo mientras sostenía la trampilla de la caseta. Después, respondió pensativamente:

—Lo sé.

¿Qué más iba a decir? Era cierto, y él lo había sabido durante todo el tiempo. Además, tanto Regina como él estaban un poco arrugados, tenían las caras un poco pálidas y los labios hinchados, así que no podía permitirse el lujo de no decir la verdad.

Luke lo observó con perspicacia desde el bote, que golpeaba suavemente contra la escalerilla. Entonces, el primo de Kane arqueó una ceja y sonrió lentamente a la luz del farol que lo iluminaba. Como no obtuvo respuesta, su sonrisa se acrecentó y en sus ojos se vio reflejado que se estaba divirtiendo mucho.

Kane le lanzó una mirada de advertencia, y Luke se puso serio. La discreción venció al buen humor, o posiblemente, Luke se dio cuenta de que cualquier cosa que dijera haría que Regina se avergonzara más que su primo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, mientras ponía un pie en la escalerilla—. ¿Se te olvidó amarrar el bote?

Kane le contó cómo había desaparecido el bote con una frase breve. No estaba orgulloso del hecho de que lo hubieran sorprendido con la guardia baja, como si fuera un adolescente excitado con su novia.

—¿Quién? ¿Cómo?

—Tengo la misma idea que tú —respondió Kane.

Tenía sus sospechas, pero no le apetecía explicarlas en aquel momento. No veía que pudiera tener ningún sentido permitir que Regina se enterara de que él estaba tan concentrado en lo que tenía entre manos con ella que no se había dado cuenta de que los estaban siguiendo desde The Haven.

Al menos, era Luke quien los había encontrado. Era posible que su primo estuviera todo el mes siguiente tomándole el pelo, pero Kane sabía que no le contaría a nadie más lo que había pasado.

El paseo de vuelta a casa fue rápido, pero húmedo y frío. A Kane le sentó bien, pero Regina iba acurrucada en su asiento, abrazándose como si estuviera helada por dentro. Kane se habría ofrecido a abrazarla, protegerla y darle calor, si eso era lo que necesitaba, pero no estaba seguro de que ella se lo permitiera.

Dios, ¿qué era lo que le había ocurrido? No lo entendía. Él nunca había pensado en que las cosas llegaran tan lejos. Lo último que necesitaba era aquella complicación, aparte de todo lo demás.

Pero ella era tan deliciosa, tan suave... le había llegado muy hondo.

Por algún motivo, se había sentido identificado con ella. Conocía la sensación de no tener raíces, de no tener a qué aferrarse cuando uno se quedaba sin familia, porque él había estado en el mismo limbo cuando sus padres habían muerto. Y también había sentido que la traición íntima que ella había sufrido era parecida a la terrible mella en la fe que Francie le había hecho al intentar extorsionarlo. Los dos habían confiado en la gente equivocada, y los dos habían resultado heridos por su intrínseca necesidad de amor y conexión, que otros habían usado contra ellos.

¿Habría realmente algún tipo de conexión, o sólo existía en su imaginación?

E, incluso aunque existiera aquella conexión, había muchas preguntas. ¿Por qué él? ¿Y por qué en aquel momento? ¿Hasta qué punto la encantadora rendición de Regina había sido causada por una emoción sincera, y hasta qué punto debida a un plan frío y calculado?

Las respuestas habían comenzado a obsesionarlo en cuanto ella había salido de sus brazos. Y continuarían haciéndolo hasta que él supiera la verdad.

La renuencia que ella había demostrado al principio no había sido fingida. Kane se apostaría la vida. No había conseguido engañarlo hasta aquel extremo. Lo que más le molestaba era pensar que ella hubiera podido fingir el resto, la necesidad, el placer, la liberación... todo. ¿Habría sido real lo que habían compartido, o Regina era la mejor actriz, la mentirosa más experta?

Kane volvió la cara hacia el viento e inhaló profundamente. Odiaba la idea de que aquello la hubiera dejado fría mientras él todavía estaba ardiendo por dentro. Mientras él luchaba con el ansia por hacerlo de nuevo.

Regina había usado las emociones de Kane contra él mismo, y él se lo había permitido. ¿Cómo había sucedido aquello, cuando él estaba tan concentrado en usar las emociones de Regina para llegar a la verdad? Kane no lo sabía. Ella había hecho que él perdiera de vista su objetivo, y eso no le gustaba. Y menos le gustaba sentirse culpable, como si se hubiera aprovechado. Regina lo desconcertaba.

De todas formas, había sido una experiencia que él no hubiera querido perderse por nada del mundo, costase lo que costase. Había sido perfecto. Y no se había terminado. Si ella pensaba que con una vez había conseguido quitárselo del medio, pronto descubriría que estaba muy equivocada.

Y Kane también descubriría si había sido Dudley Slater quien se había llevado el bote, tal y como él sospechaba. Kane estaba muy disgustado al pensar que aquel gusano los hubiera seguido, pero sabía que era muy posible, y que lo hubiera hecho con uno de los botes del embarcadero de The Haven. Pero, ¿por qué los había seguido? Si estaba a sueldo de Berry, ¿qué iba a conseguir siguiéndolos?

Aquello sólo tendría sentido si Slater era realmente el confidente de Regina, y si sabía que a ella le vendría bien el aislamiento. Kane sacudió la cabeza, sombrío, ante aquella idea. ¿Sería posible?

El tiempo lo diría, y eso era una buena cosa, porque en aquel momento, él no pensaba con claridad. Necesitaba descansar y aclararse las ideas. Y no le sorprendería que Regina sintiera lo mismo. Lo mejor que podía hacer él era llevarla

al motel. Los dos debían consultar con la almohada lo que había ocurrido. En camas separadas.

Era la mejor decisión, él lo sabía. Entonces, ¿por qué hacía que se sintiera tan mal?

La mañana siguiente, Kane acudió a la cita que tenía con Melville en las escaleras del edificio del tribunal de Baton Rouge, donde debían asistir a una vista preliminar del caso.

—¿Qué tal está tu abuelo? —le preguntó su socio después de saludarlo, mientras subían los escalones hacia la puerta principal.

—Cascarrabias —respondió Kane—. Está deseando irse a su casa y dormir en su propia cama.

—Le está dando mucho trabajo a tu tía, ¿no?

—Eso dice ella, pero en realidad está encantada de tener alguien con quien hablar, aparte de mí —dijo Kane. La sonrisa que le curvaba los labios se desvaneció al ver a un hombre delgado, con la nariz aguileña, apoyado en una de las columnas de la fachada del edificio con un cigarrillo en la mano. Kane lo señaló con la cabeza y comentó —: Parece que los buitres ya están volando en círculo.

Melville asintió.

—No podemos apartarlos, aunque no sé qué es lo que espera conseguir ese tipo. Lo he visto por aquí, por allá, por todas partes en Turn-Coupe durante los dos últimos días.

—Me molesta. No me gusta nada.

—Supongo que no es peor que los demás. Si quieres un problema de verdad por el que poder preocuparte, tengo uno para ti —le dijo Melville. Sin dejar de andar, abrió su maletín y sacó una carpeta que le entregó a Kane.

—¿Qué es esto?

—Un dossier sobre la señorita que ha estado visitando a tu abuelo.

Kane notó que se le encogía el corazón en el pecho. Miró a Melville a los ojos durante un momento. Como estaban lo suficientemente cerca como para que Slater pudiera oírlos, eligió las palabras cuidadosamente.

—¿Has investigado ese problema?

—Me pareció una buena idea.

—¿Y?

—Léelo tú mismo.

Lo haría. Tenía que hacerlo, y por lo que dedujo de la actitud de su socio, no le iban a gustar los resultados. Cuando pasaron junto al esquelético reportero, Kane le lanzó una mirada asesina, el doble de hostil de lo que hubiera sido un minuto antes.

Al darse cuenta, Melville frunció el ceño.

Mientras entraban en el edificio, le preguntó a Kane:

—¿No querías que investigara a esa señorita?

—Sí, claro. Lo que pasa es que tampoco me gusta tener que investigar a todas las personas que se acercan demasiado a este caso.

—¿Lo dices por escrúpulos morales, o porque tienes algo con ella?

—¿Por qué piensas eso?

—Has estado yendo mucho a ese motel. Ya sabes, las noticias corren. Estuviste con ella en la fiesta de Luke, y ayer en The Haven. Después fuisteis a dar una vuelta. En fin...

—Estoy llevando a cabo mi propia investigación.

—¿Y has conseguido algo?

—No, por el momento —respondió Kane. No era cierto, pero no le apetecía hablar más del tema. Melville debió de captar el mensaje, porque no insistió.

Cuando el tribunal hizo un descanso para comer, Kane se obligó a abrir el informe. Y los hechos resultaron peor de lo que él había pensado: Regina Dalton tenía fijada su residencia en la misma dirección que Gervis Berry. Según ellos, tenían parentesco, pero realmente no existían lazos de sangre. Aquello sólo podía significar una cosa.

Kane sintió una rabia fría. ¿Cómo habrían pensado Berry y ella que no los iban a descubrir? Regina debería haber tenido más sentido común.

Kane le sacaría la verdad de un modo u otro. Tendría más que palabras con ella.

No. Eso sería demasiado fácil. Prefería atraparla en su propia red de mentiras y engaños, y tirárselos a la cara. Había otro modo, más personal, de conseguir que ella lamentara lo que estaba haciendo.

La interminable vista duró toda la tarde. Cuando finalmente terminaron, Kane y Melville volvieron al despacho de Turn-Coupe a hablar sobre la evolución del caso. Era tarde cuando, finalmente, Kane se puso en camino hacia The Haven. Cuando pasó por la funeraria de su abuelo, se dio cuenta de que el coche de su tía estaba aparcado en la acera.

La tía Vivían debía de estar haciéndole algún recado al abuelo, pero Kane no estaba seguro. Lo más probable sería que Pops se hubiera saltado el reposo y hubiera pedido que lo llevaran al pueblo. Con una suave imprecación, Kane giró el volante y entró al aparcamiento.

Sin embargo, cuando entró en la casa funeraria, la recepcionista le dijo que su abuelo estaba allí con la joven que había ido a Turn-Coupe a tasar las joyas.

Kane los oyó reírse antes de alcanzarlos. Los dos estaban entre los ataúdes colocados junto a las paredes con las tapas abiertas, forrados de telas azules y rosas, cremas y blancas. Se volvieron al oír sus pasos. La sonrisa que iluminó el rostro de Regina habría sido suficiente para hacerle un nudo en las entrañas si no hubiera estado seguro de que era fingida.

Lo mejor era mantenerse frío y seguirle el juego, aunque le resultara difícil. No quería disgustar a Pops.

Le devolvió la sonrisa a Regina y se colocó entre ellos dos, poniéndoles los brazos en los hombros, aunque con cuidado de no darle un golpe a su abuelo en la escayola. Con una mirada un poco severa, le preguntó:

— ¿Qué haces tú por ahí?

— Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer — respondió Pops, mirando a Regina con una sonrisa cómplice.

Kane tuvo que hacer un esfuerzo para no apretar la mandíbula.

— Al menos tienes una compañía agradable.

— ¿A que sí? Yo le estaba enseñando esto a Regina, y ella me estaba contando vuestra aventura de ayer.

Kane cruzó su mirada con la de Regina, un poco asombrado de cómo había conseguido ella levantarle el ánimo a su abuelo.

— No tienes mal aspecto — le dijo.

— Estoy bien — respondió Regina.

«Seguro que sí», pensó Kane.

— ¿No tienes demasiadas picaduras de mosquito?

— No, no, nada reseñable — dijo ella sonriendo.

Él se distrajo mirando aquella sonrisa, que le produjo un cosquilleo en el estómago.

— Le estaba diciendo que viniera a cenar a The Haven — intervino Pops—. Cuando me marché, Vivian estaba asando algo del tamaño de un balón de fútbol. Elise va a venir, pero si Regina viniera también, no quedarían sobras.

Regina no dijo nada, y aprovechando aquel titubeo, Kane respondió:

— Mmm... me parece que ayer se dijo algo de una fiesta de la pizza esta noche, ¿no?

Ella lo miró a los ojos, confusa. Él adoptó una expresión todo lo significativa que pudo. Regina se sonrojó, y él presenció su rubor con una mezcla de satisfacción y disgusto.

Antes de que ella pudiera responder, uno de los empleados del señor Crompton entró en la sala.

— Le llaman por teléfono, señor Crompton.

— Ahora mismo voy — dijo Pops por encima de su hombro, y después se volvió hacia Kane—. Ocupate de la señorita Regina mientras yo vuelvo, ¿de acuerdo?

— Será un placer — respondió él.

Esperó hasta que su abuelo y el empleado se hubieron marchado. Entonces, abrazó a Regina con fuerza y, cuando ella lo miró sorprendida, la besó. Quería que fuera un beso fuerte, un recordatorio vehemente de lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior. Sin embargo, le produjo un clamor en los sentidos que estuvo a punto de

perder el control. Ella era tan suave, tan dulce y tan cooperativa que fue peligrosamente fácil olvidar lo que estaba haciendo y pensar sólo en lo que le gustaría hacer. En aquel mismo momento. En aquella sala, o en cualquier sitio que pudiera valer.

Kane levantó la cabeza y aflojó los brazos. Ella tenía los labios húmedos y rosados, las pupilas oscuras y dilatadas. Con las manos apoyadas en su torso, sobre el corazón que le latía desbocadamente, Regina le preguntó:

– ¿Ha ocurrido algo?

El impulso de decirle exactamente lo que le estaba molestando y pedirle una explicación creíble era tan fuerte que le quemaba en el cerebro como un ácido. Lo único que le impidió hacerlo fue la certeza de que ella inventaría algún cuento para despistarlo. Él no quería oírlo, no podría soportarlo en aquel momento.

Consiguió sonreír despreocupadamente y dijo:

– ¿Por qué lo preguntas?

– Estás... diferente.

– Me he pasado todo el día luchando en el tribunal contra una hidra conocida como el equipo de abogados de Berry Association.

– ¿Hidra?

– Si cortas una de sus excepciones u objeciones, nacen otras dos al instante.

Ella esbozó una sonrisa de conmiseración.

– Ya entiendo.

– Bueno, ¿y qué prefieres hacer esta noche? ¿Ir a cenar a The Haven, o pizza para dos en el motel? – aquella última palabra sonó ronca, y ligeramente sugerente, quisiera él o no.

– Lo que tú prefieras.

– Bien, te veré alrededor de las siete y media, entonces – dijo él, y la soltó antes de que las cosas se le fueran de las manos. Antes de sucumbir al salvaje impulso de tumbarla en uno de aquellos ataúdes y acabar lo que habían comenzado el día que se conocieron.

Aquella misma necesidad, compuesta a partes iguales de ira y deseo, hervía dentro de él cuando llegó al motel, dos horas después. Se había afeitado, duchado y cambiado de ropa, para borrar los restos de un día agotador, y con la intención de acabar la noche en la cama. Si no se había equivocado acerca de Regina, había pocas posibilidades de terminar de otra manera.

Cuando ella abrió la puerta, él inhaló el aroma del orégano y la albahaca, del tomate y el queso, y también un suave perfume de gardenias. Entonces vio que la pizza estaba colocada sobre una mesa junto a la única ventana de la habitación.

Kane entró y colocó un plato de cerámica con el postre, que le había dado su tía Vivian. Después se sentaron a cenar, en una atmósfera de amabilidad contenida, salpicada por algunos comentarios sobre la comida. Podrían haber estado comiendo

cartón, en lo que a Kane concernía. Sólo cuando él tiró los restos y ella destapó el plato del postre comenzaron a animarse las cosas.

—Fresas —dijo ella, maravillada, cuando vio las frutas maduras y grandes en el plato. Después, se inclinó para inhalar la fragancia dulce que emanaba de ellas—. ¿Se las has comprado a algún agricultor del pueblo?

—No, son de la huerta de la tía Vivian. Se le da tan bien cultivar frutas y verduras como cocinarlas.

—¿Y esto es una salsa? —preguntó Regina. Tomó el plato de cerámica, en el centro del cual había una depresión que contenía una crema de coco, y lo puso en la mesa. Después se sentó frente a Kane de nuevo.

—Sí. Es algo decadente, que mi tía hace batiendo leche de coco, crema de queso, azúcar y vainilla. Tienes que mojar las fresas así —le explicó él, y agarró una de las frutas por el rabillo para hundirla en el centro del plato.

Después, con la crema espesa y rica cubriendo el rojo de la fresa, se la ofreció.

—Mmm —murmuró ella, abriendo la boca para morder la fresa. Después tomó lo que quedaba con la mano—. Es delicioso. Me encantan las fresas.

Kane asintió, intentando no prestarle atención a la sensación que estaba experimentando en la parte baja del cuerpo al ver sus labios cerrarse alrededor de la fruta redonda y tierna. Tomó una fresa para él y dijo:

—¿Te das cuenta de que sabemos muy poco el uno del otro? No conocemos nuestros gustos, lo que disfrutamos y lo que no, ni las cosas que consideramos importantes. Por ejemplo, tú has contado muy poco de tu vida en Nueva York, aparte del hecho de que vives con un primo y tienes un hijo.

—No hay mucho más que contar. Vendo y compro joyas antiguas, y viajo bastante para acudir a subastas y tasaciones. Cuando estoy en casa, ayudo a mi primo con el trabajo administrativo —explicó ella, encogiéndose de hombros, sin mirarlo, mientras hundía una segunda fresa en la crema.

—¿Y no tienes más familia? ¿No tienes abuelos, por ejemplo?

—Por parte de mi madre no. Ella siempre me dijo que era huérfana, aunque creo que es muy posible que su familia la repudiara cuando se escapó de su casa de Kansas para casarse con mi padre. Y en cuanto a sus padres, puede que todavía estén vivos, pero yo no los conocí nunca.

No tenía familia, o al menos, nadie a quien le importara. Parecía que ella se había obligado a sí misma a que aquello no le importara, pero de todas formas le afectaba, pensó Kane al ver que la emoción se reflejaba en la expresión de su rostro. Sin embargo, él no iba a permitirse sentir compasión.

—¿Y quién se ocupó de ti después de que tu madre muriera?

—Una tía.

—Pero yo creía que no tenías contacto con las familias de tus padres —dijo él, en un tono cuidadosamente neutral, aunque la estaba observando atentamente.

— En realidad no eran hermanas. La mujer que me acogió era la mejor amiga de mi madre, una mujer a la que conocí cuando llegó a Nueva York — respondió ella con una mirada cautelosa —. Ella pensó en que lo mejor sería decirle a la gente que era mi tía, para evitar problemas con los asistentes sociales. Tenía miedo de que no permitieran que me quedara con ella, al no existir lazos de sangre, aunque yo dudo de que a ellos les importara. De todas formas, aquello se convirtió en una costumbre, tanto que al final parecía la verdad.

— Creo haberte oído decir que esa mujer murió...

Ella dejó el raballo de la fresa que acababa de comerse en su plato, y no tomó ninguna otra. Con la voz apagada, respondió:

— Sí, unos cinco o seis años después de que yo fuera a vivir con ella.

— ¿Y qué ocurrió después? Debías de ser todavía muy joven, porque cuando murió tu madre, tendrías... ¿cuántos, unos diez años?

— La mujer tenía un hijo que era como un hermano para mí. Me quedé con él.

— Así que vosotros dos sois como una familia.

— Algo parecido.

— Salvo que él no es tu primo — dijo Kane.

Él quería creer que la situación era como ella la describía. De hecho, se sorprendió al constatar lo mucho que deseaba que estuviera contándole la verdad.

— No sabes lo difícil que es encontrar un apartamento en Nueva York. Yo tengo intención de mudarme, pero con los viajes y todo lo demás, todavía no he encontrado el momento. Supongo que para ti debe de ser raro todo esto, teniendo en cuenta lo grande que es tu familia.

— Es un poco difícil de imaginar.

— El hecho de tener poca gente cercana a ti hace que te aferres a ellos.

Kane no se dejó afectar por la sutil tensión que había en su tono de voz.

— Sobre todo a tu hijo, me imagino — añadió suavemente —. ¿Quién lo cuida cuando tú estás de viaje, como ahora?

— Está en un internado especial, porque tiene un problema de aprendizaje. Eso hace que se sienta frustrado, le provoca hiperactividad, y además... se rebela a la disciplina y al control de ninguna clase. Por eso Nueva York es una ciudad peligrosa para él. Podría salir corriendo hacia el tráfico, o escaparse del apartamento y que lo encontrara algún maníaco... Mi hijo toma medicación, pero necesita supervisión constante.

Regina hizo un gesto de impotencia y se quedó callada. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Los fijó en el plato de fresas. Tomó una y la hundió en la crema, aunque Kane pensó que seguramente no la querría.

— ¿Es el niño la razón por la que no te has casado y has comenzado una familia propia?

Ella tragó y chupó la crema que se le había quedado en el dedo antes de tomar la servilleta.

—En parte, supongo que sí, aunque tú ya sabes el resto —respondió, y lo miró con dureza—. ¿Y por qué me estás interrogando? Si vas a seguir con todas estas preguntas, quizá debería llamar a otro abogado.

—Sólo si tienes algo que ocultar —dijo él, y esperó, con la angustia suspendida en el pecho, a que ella respondiera.

Regina dudó durante una fracción de segundo y parpadeó. Después soltó una suave carcajada de ironía.

—No creo que tenga más secretos que cualquier persona normal. Que tú, por ejemplo.

Era buena, pensó Kane. Hasta el momento, sólo le había dicho la parte de la verdad que hacía creíble su vida, y había omitido todo lo demás. Sí, era muy buena, pero él también.

—Lo único que yo estoy ocultando —dijo él, sonriente, mientras apoyaba el codo en la mesa y posaba la barbilla en su mano— es un impulso irresistible de averiguar cómo sabes con la crema de la tía Vivian en la boca.

—Supongo que a fresas y a coco —dijo ella, con la voz temblorosa.

—Dos de mis sabores favoritos.

Ella se relamió los labios.

—¿De veras?

Aquello fue todo el ánimo que él necesitaba. Se puso de pie, rodeó la mesa y la tomó de la mano. Depositó un beso en su palma y se la puso en la cintura mientras se inclinaba hacia ella. Le alzó la barbilla con un nudillo y la besó.

La deliciosa mezcla de sabores, incluyendo el propio néctar de Regina, se fundió en su lengua y se extendió por su cuerpo con todo el poder de un elixir místico. Desconcertado por aquella magia, Kane levantó la cabeza y vio que ella tenía el mismo asombro reflejado en el rostro.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser tan bueno? ¿Por qué no podía haber encontrado aquella afinidad física con una mujer sencilla, encantadora, que creyera en las mismas cosas en las que él creía, que entendiera sus valores, sus esperanzas y sus sueños? ¿Por qué tenía tan mala suerte con las mujeres? ¿Acaso siempre tenía que sentirse atraído por las mujeres equivocadas a causa de un defecto innato?

Eran preguntas inútiles, preguntas que se desvanecieron en su mente en cuanto tomó los labios de Regina de nuevo. Sus sentidos se expandieron al darse cuenta de que no había rechazado por su parte. Ella fue complaciente y le permitió entrar en su boca, tambaleándose suavemente y agarrándose a sus brazos para guardar el equilibrio, con un roce que hizo que a Kane le ardiera la piel hasta los huesos.

Unos minutos antes, o quizá siglos antes, él tenía en la mente un motivo para aquella seducción. Pero se había desvanecido. Atrapado en el hechizo sensual de Regina, a

Kane ya no le importaba lo que ella le estuviera haciendo, ni por qué, con tal de que no se detuviera.

Sin sentido, sin prestarle atención al tiempo ni al lugar, se perdió en aquella maravilla. Absorto en la forma en que sus cuerpos se acariciaban y se poseían, sólo supo de la bendita lucha que hizo que los dos se fundieran en uno durante unos momentos explosivos.

Pero aquella unidad no duró. No podía durar.

Y su desaparición lo dejó tan vacío y tan perdido como antes. Lo dejó cansado, disgustado por su búsqueda de verdad y gloria donde no iba a encontrarlas.

Capítulo 14

El sonido del teléfono despertó a Regina. Se quedó un instante inmóvil en la oscuridad mientras su mente salía del sueño más completo y reparador del que había disfrutado nunca. Era una sensación extraña. Y todavía fue más extraño darse cuenta de que estaba desnuda bajo la manta que la cubría, y que Kane, cuyo hombro estaba usando como almohada, lo estaba también.

El teléfono sonó de nuevo. De repente, se sintió tan alarmada que estuvo a punto de salirse el corazón por la boca. Sólo había una persona que pudiera llamarla allí.

Gervis.

Kane estaba despierto. Ella sintió también la alerta en sus nervios, notó que los músculos de su mejilla se tensaban cuando él alzaba la cabeza. Alargó la mano hacia el teléfono, que estaba en la mesilla del lado de la cama contrario al que ella ocupaba.

Regina se incorporó con pánico y le ganó la carrera. Agarró el auricular justo un segundo antes de que Kane lo tocara. Con la voz entrecortada y tensa, respondió la llamada.

— ¿Qué demonios está ocurriendo ahí, Gina? ¿Por qué no tengo noticias tuyas?

— Lo siento — respondió ella —. Pero se ha equivocado de habitación.

— Eso es una estupidez... — Gervis se detuvo —. Tienes a alguien ahí contigo, ¿no? Qué te parece, a estas horas de la noche. Llámame en cuanto puedas, cariño, porque tienes cosas que explicarme.

— No se preocupe. Adiós — dijo ella, y colgó.

Se quedó inmóvil durante un momento, con el corazón acelerado, agradeciéndole a Dios que su experiencia con las llamadas molestas en los hoteles le hubiera permitido reaccionar tan ágilmente. Después miró a Kane.

Él la estaba observando. Durante un instante, Regina pensó que veía la acusación en sus ojos azules. Sin embargo, no debía de ser más que el reflejo de su propio sentimiento de culpabilidad, porque ella parpadeó y ya no lo vio más.

Regina comenzó a echarse hacia atrás para volver a su posición, pero él le puso la mano en la espalda. El sonido que ella emitió fue algo entre un gemido y un trago nervioso.

— Te estoy aplastando — dijo, en tono de protesta.

— Yo no describiría así lo que me estás haciendo — respondió Kane, y comenzó a masajearle la espalda con la palma de la mano, en círculos lentos, creándole sensaciones en el estómago.

Lo que le estaba ocurriendo a él no era exactamente un misterio, si la dureza caliente que Regina sentía bajo su abdomen era una indicación fiable.

Hicieron de nuevo el amor, y Regina se quedó dormida. Kane se había marchado cuando ella despertó, una hora más tarde. Fue el sonido de la puerta cerrándose lo

que la hizo despertarse en aquella ocasión. Se quedó inmóvil con los ojos cerrados, escuchando el sonido de su furgoneta mientras arrancaba el motor y se marchaba.

Había sido muy cortés por su parte dejarla dormir, pero ella habría preferido tener la oportunidad de decirle adiós. Y también habría preferido poder mirarlo a la cara antes de que él se marchara.

Había algo acerca de aquella noche que acababa de pasar con Kane que la tenía inquieta, insegura. Había algo raro bajo la apariencia de las cosas, Regina estaba segura. Y mientras lo recordaba todo, le parecía que todos y cada uno de los movimientos y de las palabras tenían un mensaje inquietante. No quería pensar demasiado en ello porque tenía miedo de que lo que pudiera averiguar fuera demasiado real y amenazante.

Se sentó en la cama y se apartó el pelo de la cara con un gesto de cansancio. Tomó el despertador de la mesilla y miró la hora: eran las doce. Volvió a dejar el reloj en la mesilla y cerró los ojos.

Debería llamar a Gervis. Él estaría despierto, esperando noticias suyas. Su primo era un ave nocturna. Le gustaba quedarse despierto hasta el amanecer, y después dormir hasta tarde. Aquélla había sido una de las cosas que más le habían molestado de tener a un niño en casa cuando Stephan había nacido: el hecho de tener que cambiar sus hábitos para adaptarse a un pequeño ser humano que se despertaba al amanecer.

Aquella preocupación constante por Stephan la asaltó de nuevo. Esperaba que estuviera bien con Gervis. Ella nunca había dejado solo a su hijo con su primo. Gervis lo quería a su manera, pero Stephan lo ponía nervioso.

Parecía que le sentaba mal que requiriera tanto tiempo y atención. Al mismo tiempo, parecía que Gervis tenía miedo de no hacer lo correcto cuando el niño estaba presente.

De repente sintió un deseo intenso de abrazar a su hijo, de apretujar su cuerpecillo cálido contra el de ella y notar sus abrazos rápidos y fuertes. De oírle decir que la quería. Ella se había impuesto la disciplina de no pensar en semejantes cosas desde que el niño había tenido que entrar en aquel colegio interno, que era más bien un hospital, pero había sido duro, muy duro. Ella había permitido que Gervis la convenciera de que aquélla era la mejor solución, había escuchado a los expertos que habían examinado a Stephan, ante la insistencia de su primo, y el médico había dicho que era necesario que el niño se internara en aquella escuela especial.

Y Regina quería que su hijo tuviera lo que necesitara, lo mejor para él. De todas formas, lo echaba mucho de menos. Y, en el fondo de su corazón de madre, no estaba segura de que Stephan necesitara una terapia tan fuerte. A ella le producía un mal sentimiento, tal y como se lo producía la noche que acababa de pasar.

En realidad, todo hacía que se sintiera mal: estar lejos de Stephan, haber ido a Turn-Coupe con falsas excusas, intentar engañar a Lewis Crompton, y comenzar una relación con Kane por lo que pudiera averiguar de él. También era un error permitirse sentir tantas cosas por un hombre que iba a odiarla cuando averiguara quién era y lo que había hecho.

Regina no podía soportarlo. Sería mejor que lo abandonara todo. Había llegado la hora de decirle a Gervis que no haría nada más.

¿Se atrevería?

Gervis no estaba muy razonable aquellos días. Parecía que la amistad y el sentimiento de familia que hubiera podido tener hacia ella después de años de tratarla como a una hermana menor habían sucumbido bajo su necesidad de ganar aquella demanda a toda costa. Algunas veces, sin embargo, ella se preguntaba qué era lo que Gervis sentía, si la consideraba sólo una responsabilidad que había heredado de su madre, una parte de su vida que tenía que aceptar, o un hábito del que no podía librarse.

Si Gervis la abandonaba, ella se quedaría sola. ¿Podría soportar aquella soledad, la soledad de no tener a nadie en quien apoyarse, nadie que la ayudara en las decisiones difíciles que había en su vida? Regina creía que podría en lo que se refería a ella misma, pero no podría proporcionarle a Stephan los cuidados que necesitaba. Tenía que estar segura por Stephan, porque él era el más importante de todos.

Gervis respondió a la llamada al segundo tono. En cuando oyó la voz de Regina, gruñó:

— Ya era hora. Estaba pensando en mandar a Slater para allá, a ver si estabas bien.

— No te habrías atrevido.

— Sí.

— Si tuvieras idea de cómo es, sería la última cosa que se te pasaría por la cabeza.

— Sí, sí. ¿Qué está ocurriendo por allí?

— Nada. Todo está igual. ¿Está dormido Stephan?

— ¿Qué? ¿Es que te crees que a estas horas de la noche iba a estar despierto, esperando a que lo llamara su madre?

— Gervis, no — le dijo ella, con tanta calma como pudo —. No te pongas así, por favor.

— ¿Por qué no? Me he enterado de que te llevas muy bien con el abogado paleta.

— Es lo que me sugeriste, ¿no?

— ¿Así que estás averiguando algo, o solamente estás pasándotelo bien?

— Si es así como va a ser esta conversación, voy a colgar.

— ¡No te atrevas a hacerlo! — exclamó su primo. La orden fue rápida, pero de algún modo, el tono fue moderado.

— Cuéntame qué tal está Stephan, entonces — dijo ella —. ¿Qué tal es la enfermera que has contratado? ¿Se llevan bien? ¿Y qué tal se encuentra fuera del colegio? No habrás hablado con él sobre nada desagradable, ¿verdad?

— El niño está bien. Y estará incluso mejor cuando su madre termine el trabajo y vuelva con él.

—Lo estoy intentando. Pero preferiría que dejaras a Stephan volver al colegio, donde debería estar. Es probable que se dé cuenta de lo que está ocurriendo si sigue en casa mucho tiempo. Mi hijo es hiperactivo, no tonto.

—Y también es muy útil, Gina, cariño. Lo necesito para mantenerte a raya.

—No lo necesitas, Gervis, te lo prometo, y yo preferiría que estuviera en el colegio. No puedo hacer lo que se supone que tengo que hacer con esta amenaza pendiendo sobre mi cabeza.

—¿Estás segura? Me han dicho que te quedaste aislada con Benedict en una cabaña en mitad de un lago, y que pasaste horas a solas con ese tipo. Pero, ¿tú me has contado algo? No. Ha tenido que ser Slater quien me lo dijera. Estoy pensando que quizá debiera darle el trabajo a él.

—Le encantaría. De hecho, creo que es lo que quiere.

—No te cae muy bien, ¿verdad?

—Es un desgraciado.

—Pues termina el trabajo y te lo quitarás de encima. Y, a propósito, ¿estás segura de que no tienes nada para mí?

La desconfianza que había en aquella pregunta le quitó de la cabeza lo que iba a decir. ¿Debería contarle la historia de los ataúdes cambiados y los amantes que Lewis Crompton había enterrado juntos? Regina no creía que pudiera interesarle, y seguramente, Gervis querría que ella averiguara más detalles, algo más sucio, querría que lo ayudara a convertir una ayuda generosa y noble a una mujer que había cometido un error en algo corrupto.

—No —respondió ella con tanta firmeza como pudo—. Ya te he dicho que no hay nada que contar.

Sin embargo, había dudado durante un instante demasiado largo. Gervis se quedó en silencio durante un instante y después soltó una maldición.

—¡Maldita sea, estás mintiendo! Tienes algo, pero eres demasiado blanda como para decírmelo. Slater tiene razón. Tú no estás hecha para este trabajo. Has permitido que ese montón de rebeldes te engatusen. Si no tengo cuidado, puede que hagas más mal que bien.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que vas a soltar todo lo que sabes sobre mí a ese Crompton y a su nieto. Me vas a traicionar.

—Por el amor de Dios, Gervis, ¿qué clase de persona crees que soy?

—Eres una mujer. No hace falta decir de lo que son capaces las mujeres.

Regina pasó por alto aquel comentario sexista e intentó calmarlo.

—Mira, Gervis, lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

—No lo creo. Tú estás jugando a dos bandas, intentando salir de esto con las manos limpias. No va a funcionar, lo sé. Creo que es hora de que salgas de ahí.

– ¿Que me marche así, de pronto? – preguntó ella, consternada.

– En este mismo momento. Consigue un billete en el primer avión y sal de ese lugar de mala muerte. Quiero que vuelvas aquí rápidamente.

– Pero no puedo dejarlo todo.

– No digas estupideces, Gina. Hazlo ahora. No le digas a nadie que te marchas. No te pares a despedirte. Sube al avión, o te aviso de que no te va a gustar lo que ocurra.

La orden fue seguida de un clic. Gervis había colgado. Regina posó el auricular en su regazo y se quedó mirando a la nada mientras las palabras de su primo le resonaban en la cabeza.

Marcharse. En aquel momento. Dejar a Kane, cuando estaba empezando a conocerlo.

Dejar al señor Crompton y a Elise, a Luke y a Vivían, incluso a Betsy. La idea de marcharse hacía que se sintiera vacía y enferma. Sólo había estado allí unos días, pero aquel lugar y aquella gente tenían algo que la atraía hacia ellos, que sintiera una agradable calidez por dentro. No quería marcharse.

Pero de todas formas, ¿cómo iba a quedarse? Su relación con Kane no tenía futuro. Ni tampoco su relación con los demás. Todos la despreciarían cuando supieran la verdad. Sus ansias de ser aceptada y de pertenecer a un lugar eran sólo sueños. Eran visiones inútiles e imposibles.

Stephan la necesitaba tanto como ella lo necesitaba a él. El era su centro, su refugio, su vida. Siempre lo había sido, desde su nacimiento, y siempre lo sería. Ella no debía permitir que sufriera ningún daño, y menos por su culpa. No podría soportarlo.

Él era su familia.

Kane tenía una familia, y ella también tenía la suya. La de Kane era enorme, la suya pequeña. Sólo dos personas, en realidad. Sin embargo, la lealtad y el amor que la unían a la suya eran las mismas. Sus lazos con Gervis no eran de sangre, pero habían nacido hacía mucho tiempo. Él la había protegido, le había dado refugio, la había enviado a la escuela. Él había estado con ella después de la terrible noche en que Stephan había sido concebido, y después, cuando su hijo había nacido. Le debía mucho a Gervis, y él tenía derecho a pedirle lealtad. Sería imperdonable por su parte no dársela, aunque no estuviera de acuerdo con lo que estaba haciendo su primo.

Sí, pero ¿por qué tenía que ser tan difícil?

Regina cerró los ojos con fuerza, y se le derramaron las lágrimas por las mejillas. Se las secó con el dorso de la mano y encendió la lámpara de la mesilla. La guía telefónica estaba en el cajón. Buscó el número de la compañía aérea y tomó de nuevo el auricular.

Regina se había marchado.

Kane no podía creerlo. Se había ido sin despedirse, sin una sola palabra de explicación. Nada.

Él se habría esperado algo mejor de ella, si hubiera sabido que iba a marcharse.

Por algún motivo, él había pensado que las relaciones que habían tenido habían significado algo más para ella. Para él lo habían sido. Sólo había dos razones por las que él pensara que podía haberse ido: la primera, que hubiera averiguado que él la había descubierto. La segunda, que alguien la hubiera obligado.

Por supuesto, podía haber una tercera razón: que ella necesitara alejarse de él. Porque había fingido el placer al hacer el amor y no podía seguir fingiendo.

Tenía que saber cuál de aquellas razones era la verdadera. No podía aguantar no saberlo.

Betsy le había dicho que Regina se había marchado a toda prisa después de pagarle la cuenta. También le había dicho que Dudley Slater había pedido una habitación el día antes, pero que se había pasado más tiempo fuera del motel que dentro. El reportero no estaba en su cuarto cuando Kane llamó a la puerta. Lo encontró en la cafetería. Kane fue directamente a su mesa y se sentó frente a él.

—Póngase cómodo, si quiere —le dijo Slater con desdén, mientras levantaba la vista del periódico. Con sumo cuidado, pasó de página y comenzó a leer desde el principio.

—Gracias —respondió Kane. Después le quitó el periódico y lo dejó en el asiento que había a su lado—. Y ahora que hemos terminado con los saludos de rigor, dígame qué ha ocurrido con Regina.

Slater lo observó con atención. El resentimiento de su expresión se transformó en diversión.

—Su cielito se ha ido, ¿no?

La insinuación sucia en la voz del hombre irritó a Kane, pero se controló.

—Sí, algo así. ¿Sabe algo de ella?

—Nada que pueda decirle.

—Le sugiero —le advirtió Kane, con una mirada heladora— que lo reconsidere.

—¿Y qué va a hacer si no lo reconsidero? ¿Va a ir a contárselo al sheriff para que me meta en el calabozo? Pues vaya. He estado otras veces en la cárcel.

—Pero de todas formas, puede que yo lo haga por pura satisfacción.

—Es usted terco, ¿eh? Pero a mí me importa un bledo.

—Es posible que le importe que decida romperle el cuello.

—Si me pone la mano encima, escribiré un artículo sobre usted y lo describiré como un abogado loco, pendenciero, sin cerebro, que será fácilmente derrotado por un bufete de abogados del Norte, que lo aventaja y cuyos miembros son mucho más hábiles que usted. Será el hazmerreír del estado.

—Y yo los demandaré a usted y a su periódico por difamación y por calumnia antes de que salga el próximo número —replicó Kane, sin alzar la voz—. Y ahora, ¿podría darme una respuesta convincente?

Los dos se miraron durante unos segundos. Después, Slater se encogió de hombros.

—¿Quiere saber adonde fue Regina Dalton? Demonios, Benedict, ¿adonde cree usted? A Nueva York, al lugar donde le corresponde a una tipa con clase como ella.

Aquello no era lo que Kane quería oír.

—¿Por qué?

—¿Y cómo voy a saberlo? Supongo que ya ha conseguido lo que vino a buscar. O quizá su primo decidió que prefería que le calentara la cama a que estuviera aquí.

—Tenga cuidado, o es posible que tenga más sobre lo que escribir de lo que piensa.

—Usted me ha hecho una pregunta y yo se la he respondido —Slater se relamió y después le preguntó con una mirada ávida—: Dígame, Benedict, ¿era buena?

Kane alargó los brazos y agarró a Slater por la camisa, sin poderlo evitar, sin importarle quién lo viera.

—Eh... —balbució Slater—. Dios.

—Le he hecho una pregunta cortés. Quiero una respuesta cortés, o usted no volverá a respirar.

—Berry la llamó y ella se fue. ¿Qué más quiere saber?

—¿Por qué la llamó?

—¿Por qué cree usted? Berry descubrió lo que estaba pasando y decidió que su mujer se lo estaba pasando demasiado bien con el trabajito.

—¿Y cómo es que usted sabe lo que él pensó? —le preguntó Kane, y lo soltó.

Slater se derrumbó en su asiento. Kane tuvo que reprimir la necesidad de ir a lavarse las manos, como si hubiera tocado algo muy sucio.

—Mi trabajo es saberlo —dijo Slater, frotándose la garganta e intentando tragar—. Por Dios, me lo dijo cuando yo le llamé para informarle.

—¿Y por qué iba a importarle eso a Berry si ella es como su prima adoptiva?

—¿Y quién le ha dicho eso?

—La señorita.

—Sí, claro. Lo único que yo sé es que el nombre de Berry está en el certificado de nacimiento de su hijo.

Kane tomó aire como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Durante un instante, se le desenfocó la visión.

Todo había sido una mentira. La aversión de Regina por el sexo, el trágico relato de su violación... Probablemente, ni siquiera era huérfana y la madre de Berry nunca la habría acogido.

Aquella traición le dolió. Le dolió más de lo que él habría podido imaginar, más que la de Francie.

—No lo sabía, ¿eh? —preguntó Slater con cara de satisfacción—. Nunca pensó en investigarlo. Pero mi trabajo es destapar cualquier cosa sucia. Siempre hay varias

perspectivas en una misma historia. Y la gente pagará mucho por saber de la vida amorosa de Berry una vez que este caso comience.

Kane soltó un bufido de desprecio.

— ¿Iría contra el hombre que lo está pagando?

— Llámelo seguro. Yo tengo que protegerme por si él no cumple su parte del trato.

— Sería más exacto llamarlo chantaje, ¿no le parece?

— Por mí, bien. No soy un Benedict justo y poderoso, sólo soy un don nadie que está intentando ganarse la vida.

— ¿Y qué más sabe sobre Berry?

Slater lo miró durante un instante, y después sonrió.

— ¿Hasta qué punto quiere enterarse? ¿Hasta qué punto son ricos los Benedict?

Si le enseñaba a aquel tipo suficientes billetes, conseguiría todo lo que necesitaba saber para poner a Berry Association, Inc. bajo tierra. Sólo le llevaría dos segundos aportar la información en el juzgado y conseguiría un veredicto favorable para su abuelo. Dos segundos para acabar con el hombre que estaba amenazando a Pops.

Sin embargo, no podía hacerlo.

Le sacaba de quicio ganar haciendo un trato con semejante miserable. Y seguramente, Lewis Crompton preferiría perder que caer tan bajo.

Kane se levantó.

— Lo siento — dijo, asqueado —. Yo no trabajo de ese modo.

— Demasiado bueno, ¿no?

Kane no respondió. Se dio la vuelta y salió de la cafetería sin mirar atrás.

Slater comenzó a maldecir en un murmullo violento. Todavía seguía haciéndolo cuando Kane dejó de oírlo.

Capítulo 15

Aquella tarde, cuando Regina abrió la puerta del apartamento, lo primero que vio fue a Gervis.

Estaba esperándola.

– Bien, ya era hora – le dijo él, con sarcasmo, desde la puerta del despacho.

– No había ningún vuelo hasta esta mañana, y además, ninguno que no hiciera escala.

– ¿Por qué no has llamado?

– No me digas que has estado preocupado por mí – respondió ella con desdén.

– Te esperaba hacía horas.

– ¿De verdad? Si lo hubiera sabido, habría venido volando.

– Basta de impertinencias – le advirtió Gervis.

Ella pasó por delante de su primo y recorrió el pasillo hasta su cuarto. Dejó allí la maleta y el bolso y fue directamente al cuarto de Stephan. Gervis la siguió.

El niño estaba sentado en la cama, leyendo un libro. La luz de la tarde, que inundaba la habitación, sacaba brillos rojizos de su pelo castaño y hacía que su carita pálida pareciera tan frágil como la porcelana. Tenía la mirada sin brillo y los párpados medio cerrados. Cuando la vio, sonrió lentamente.

– Mamá – dijo, y comenzó a bajar torpemente de la cama.

Regina cruzó corriendo la habitación y lo tomó en brazos mientras se dejaba caer sobre el colchón. Balanceándose de atrás adelante, y sintiendo la esencia familiar del cuerpecito delgado de su hijo, murmuró contra su pelo:

– Stephan, cariño, mi amor, te he echado de menos.

– Yo también, mami.

– Bien, y ahora que ya hemos resuelto esto – dijo Gervis, desde el pasillo, con una impaciencia desagradable –, ¿podríamos hablar aquí, Gina?

Ella no le hizo caso. Se apartó a su hijo del pecho y lo miró a la cara con atención.

– ¿Cómo estás, cariño? ¿Te ha tratado bien todo el mundo?

– Supongo que sí – respondió Stephan, mirando furtivamente a Gervis antes de encogerse de hombros nerviosamente y bajar los ojos.

A ella se le encogió el estómago, pero no insistió más en aquella cuestión.

– ¿Y qué tal el colegio? ¿Va todo bien? ¿Has hecho cosas divertidas?

– Bueno...

– ¿Qué?

– Preferiría estar aquí contigo.

Con el corazón dolorido, ella volvió a abrazar a Stephan contra el pecho.

—Ojalá pudiera ser, cariño. Ojalá...

—Vamos, vamos —intervino Gervis, y chasqueó los dedos con impaciencia.

Regina le lanzó una mirada para acallararlo y le preguntó a Stephan:

—¿Dónde está tu enfermera?

—Está durmiendo —respondió él, lentamente, como si no lo recordara bien—. Se supone que yo también tendría que estar echando la siesta.

—¿La siesta? Pero tú eres demasiado mayor para eso.

Stephan tenía nueve años, y normalmente su mente era demasiado activa como para que se quedara dormido por las tardes.

—A ella no se lo parece. Y a Michael tampoco.

Michael era el mayordomo, que en ocasiones también actuaba como guardaespaldas de su primo. Regina no pudo evitar preguntarse si la enfermera no habría estado usando al enorme ex jugador de rugby para asustar a su hijo.

—Podemos hablar aquí, si es lo que quieres —dijo Gervis. Entró en la habitación y se plantó en el centro—. De hecho, creo que será mucho mejor.

—No lo creo —replicó Regina.

—Estoy cansado de que lo evites, Gina. Quiero saber exactamente lo que ha ocurrido en Luisiana. Quiero que me digas por qué me has traicionado.

—Teniendo en cuenta quién te ha dicho eso, deberías avergonzarte de creerlo.

—¿Me estás diciendo que no es verdad?

—No, no lo es.

—Entonces, ¿por qué no me has llamado para darme ninguna noticia?

—¿No se te ha ocurrido que no hay nada que contar?

—¿Acaso esa pandilla está tan limpia que yo debería rendirme? Ni pensarlo. O tú no estabas esforzándote lo suficiente por averiguar algo, o te estás callando. ¿Cuál de las dos cosas es?

—Ninguna —respondió ella.

—Oh, claro. Slater dice que tú estabas empezando a llevarte muy bien con Benedict. ¿Por qué no me lo contaste tú? ¿Por qué no me informaste de las preguntas que le habías hecho y de lo que él te ha contestado? ¿O es que estabas demasiado ocupada como para decir nada?

—Por favor —le pidió ella, mirando significativamente a Stephan. El niño los estaba observando con una expresión atemorizada.

—No te preocupes tanto. Quizá ya sea hora de que el niño sepa qué clase de madre tiene. Creo que has estado mintiéndome durante años, Gina. Creo que te inventaste eso de que te forzaron hace años.

— Eso es una locura, y tú lo sabes.

— ¿De veras? Me parece que has superado demasiado rápido tu aversión por el sexo. También me has estado mintiendo sobre eso, ¿verdad? Nosotros podríamos haber tenido relaciones durante todo este tiempo si hubieras sido sincera conmigo.

— No entiendo lo que estás diciendo. Nosotros somos como hermanos.

El soltó una carcajada seca.

— Tu si.

— ¿Te parece que deberíamos haber...? — Regina se detuvo. No quería decir aquello delante de Stephan.

— ¿Y por qué no? ¿Es que no crees que me he fijado en ti? Nosotros podríamos habernos casado, incluso. Pero tener una mujer frígida no es exactamente el sueño de un hombre, y además, supuse que te debía algo de tranquilidad después de lo de ese tipo de Harvard.

Regina notó algo en la expresión de Gervis que le causó alarma.

— ¿Me debías algo? ¿Por qué?

— Bueno — respondió él, encogiéndose de hombros—. Ese tipo me pidió que le consiguiera una cita contigo. Te había visto y le gustabas. Era parte de un negocio que yo tenía con su padre, ¿sabes?

— No, no lo sé, Gervis — dijo ella, lentamente—. Aunque sí recuerdo que tú arreglaste la cita. ¿Y era parte del trato que me diera una droga para dejarme medio inconsciente y poder violarme?

— ¡Eso es una barbaridad!

— ¿Seguro?

Él se congestionó. Después abrió la boca para decir algo, pero la cerró.

— ¿Qué pensaste? — le preguntó ella, asombrada—. ¿Que no me importaría?

— Yo no lo sabía — respondió él—. Los tipos con los que iba ese idiota fanfarroneaban con el hecho de drogar a mujeres para divertirse con ellas, pero demonios, yo pensaba que sólo eran imaginaciones tuyas. De todas formas, se suponía que tú no íbas a acordarte de nada. ¿Cómo iba a saber yo que él lo estropearía todo, y que te dejaría embarazada?

Regina no podía hablar. Se quedó mirándolo fijamente. Ella pensaba que conocía a aquel hombre. Sin embargo, todo aquello le dio una sensación de que la historia estaba completa, de que había encajado la última pieza del rompecabezas. La sospecha debía de haber estado siempre en lo más profundo de su mente desde el principio. Ella la había estado apartando desde hacía años porque, de ser cierta, se habría quedado sola en el mundo esperando a que naciera Stephan.

Gervis se encogió de hombros y se acercó. Con un tono de voz duro, insistió:

— Ése no es el problema en este momento. Quiero un informe completo de lo que ha ocurrido entre Benedict y tú. Me lo debes, Gina. Yo te he vestido y te he dado de

comer durante años, he pagado colegios, hospitales y miles de cosas. Y no te he pedido nada a cambio hasta ahora porque he sido un idiota. Pero se terminó. Dame lo que quiero o yo te lo sacaré.

—Tú no le vas a hacer daño a mi mamá —dijo Stephan, apretando sus pequeños puños.

Gervis ni siquiera lo miró.

—No, si es lista.

—No puedo creer que estés haciendo esto —dijo Regina, abrazando con fuerza a su hijo.

—¿Tengo que tenerte siempre entre algodones? Yo siempre he sabido que tú vivías en tu mundo de ensueño, en algún lugar como esos de los que vienen las joyas antiguas, con señoras, caballeros y besamanos. Pero nunca me imaginé que fueras tan tonta.

—¿Soy tonta porque no opino lo mismo que tú? —le preguntó ella, asqueada, mientras se ponía en pie—. Tú eres el que estás diciendo cosas sin sentido. Dices que me debes mucho, pero sólo hasta que quieres algo. Entonces, la que te debo algo soy yo a ti. Bien, pues ya se acabó. Ahora estamos en paz. Será mejor que vayas a hablar con esa rata a la que has contratado.

Gervis se movió para cerrarle el paso hacia la puerta, con los labios apretados.

—Ya veo que estoy tratando con la persona equivocada, pero creo que sé cómo sacarte algunas respuestas —le dijo, y miró a Stephan—. Dime una cosa, chico. ¿Sabes de dónde vienes?

—¡No! —exclamó Regina.

—Te dije que esto iba a suceder, pero tú no has querido creerlo. Ya es hora de que te lo demuestre.

—No va a servir de nada. No va a entender lo que quieres decirle.

—Entenderá perfectamente, ¿verdad, Stevie? Lo entiendes todo muy bien. Por ejemplo, sabes que no tienes padre, ¿verdad?

Stephan frunció el ceño y junto las manos. Apretando los dedos con fuerza, dijo:

—En el colegio hay muchos niños que no tienen y no pasa nada.

—¿Has visto como es muy listo? —le dijo Gervis a Regina, mirándola con fiereza—. Creo que va a entenderlo todo perfectamente. ¿Estás segura de que no tienes nada que decirme antes de que empiece a contarle lo que le hizo ese tipo de Harvard a su madre?

—Esto es enfermizo —gimió Regina, lanzándose hacia su hijo para abrazarlo—. Estás loco.

La expresión de Gervis empeoró.

—¿Sabes cómo se hacen los bebés, niño?

– Crecen en el estómago de las madres – respondió Stephan, y miró a Regina para que ella corroborara sus palabras. Regina sonrió forzosamente. Tenía que pensar, tenía que dar con algo para calmar a Gervis al menos durante un rato. Pero, ¿qué?

– Exacto, hijo. ¿Y sabes cómo...

– ¡Espera! – Regina dio un paso adelante, llevando consigo a Stephan—. Por favor, espera. No hagas esto. Él no lo va a entender. Ya no importa. No va a...

– Bueno, Regina, yo no puedo evitarlo. Y él lo va a entender todo, te lo prometo, porque tú tenías razón en cuanto a su cabeza. No tiene nada de malo.

– El daño emocional podría ser terrible si
piensa que...

– ¿Eres idiota, o algo así? Te he dicho que el crío es normal.

Regina miró a Gervis sin comprender nada. Sin embargo, pensaba que lo comprendía demasiado bien. Comenzaron a temblarle las manos de horror y de ira.

– ¿Qué quieres decir? El médico dijo... me dijisteis una y otra vez que tenía problemas de aprendizaje y de comportamiento.

– El doctor dijo... – repitió Gervis con un gesto de desprecio—. Sólo hay que buscar un médico adecuado, pagarle lo que pida y dirá lo que uno quiere escuchar.

– ¿Me estás diciendo que diagnosticaron erróneamente a Stephan?

– Yo pagué a esos expertos para que te dijeran que el niño necesitaba una educación especial. Estaba cansado del ruido y del desorden, y era la única forma de que tú consintieras en separarte de él. Además, malgastabas mucho tiempo atendiéndolo, y habías empezado a descuidar tus obligaciones aquí. Nunca tenías tiempo para hablar cuando yo te necesitaba, y yo tenía que desarrollar ideas.

– ¿Hiciste que ingresaran a mi hijo en una institución mental por tu propia conveniencia?

– Por fin lo has comprendido – dijo Gervis, pasándose la mano por el pelo—. Ahora no hace falta que te pongas como una fiera. Es un internado, por Dios. La gente manda a sus hijos allí con mucha frecuencia.

– ¡No es una escuela normal! ¡El niño ha estado sedado durante todo un año por tu culpa! – al percibir el dolor en la voz de su madre, Stephan la abrazó y escondió la cara contra su cintura.

– ¿Y qué? Eso no le ha hecho daño – replicó Gervis con exasperación.

Regina sintió una rabia que le dejó frío el corazón. Cuando habló de nuevo, lo hizo con la voz ronca.

– Haz tu mochila, Stephan. Mete dentro todo lo que necesites de verdad, aquello que no quieras dejarte aquí.

Gervis se puso en jarras.

– Si crees que vas a ir a alguna parte, estás confundida.

—Nos vamos para siempre —respondió ella, mientras Stephan corría hacia su armario. Tomó la mochila, metió dentro unos pantalones y un par de camisetas y después se volvió hacia la estantería de sus juguetes.

—Me parece que no —dijo Gervis—. Con el niño no.

—No dejaré que mi hijo se quede aquí.

—¿Tu hijo? Se te están olvidando un par de cosas.

—No.

—Para empezar, tendrás que enfrentarte a Michael. Y para continuar, el niño es mío.

Ella abrió la boca para negarlo, pero entonces recordó algo.

Gervis figuraba como padre de Stephan en el certificado de nacimiento del niño. Ella misma lo había autorizado, porque la enfermera que rellenaba los papeles en el hospital había insistido en que el espacio del padre no podía quedar en blanco. Ella sabía que Gervis no tendría objeciones y no quería que su padre verdadero pudiera reclamar a Stephan.

Regina sintió que tenía la boca seca de repente.

—¿Quieres decir que vas a intentar quedártelo?

—¿Qué te apuestas?

—Yo me enfrentaré a ti.

—Hazlo, si crees que tienes posibilidades de ganar.

Ganar... ¿Podría ganar? ¿Sería posible?

Gervis era muy rico, tenía excelentes abogados, y tenía un carácter vengativo. Y estaba claro que el hecho de que Stephan pudiera sufrir en el proceso no le importaba. Él diría que ella debería haber hecho lo que él le había pedido.

Y quizá, sólo quizá, tuviera razón.

No. Ella no podía ganar.

Una carcajada seca, algo como un sonido suave de dolor intolerable, le salió del alma. Tenía que reírse, o lloraría. Stephan entendió lo que significaba, porque se volvió a mirarla, y después, lentamente, volvió a poner el juguete que había elegido en la estantería y dejó caer la mochila al suelo.

Realmente, era un niño muy listo.

Ella abrazó de nuevo al niño antes de decir:

—¿Qué es exactamente lo que quieres saber?

—Vaya, muy bien, parece que has recapacitado —dijo Gervis—. Quiero que me cuentes hasta el más insignificante rumor que hayas oído acerca de los Crompton. Lo quiero codo, incluyendo la frecuencia con la que va al servicio. Para empezar.

Ella removió en su mente, intentando desenterrar algo que pudiera satisfacer a Gervis.

– Bueno, para empezar, tiene un ataúd en una sala contigua a su salón.

– Bien, bien, podemos insinuar que el viejo está chalado, que se cree un vampiro o algo por el estilo. ¿Qué más tienes? Vamos, suéltalo.

– Tiene una amiga con la que ha estado saliendo bastante tiempo, pero sólo ha decidido casarse con ella hace muy poco. Creo que es posible que haya estado esperando superar la muerte de su primera esposa.

– Ella está muerta, ¿verdad? ¿Y él pasa mucho tiempo en los cementerios, le gustan los cadáveres? Bah, no, eso no funcionará. ¿Qué más? Vamos.

– Su nieto Kane es la persona más importante de su vida, y los dos forman un equipo formidable. Ellos seguirán con esta demanda hasta su último aliento, y pueden aguantar indefinidamente, porque el bufete está en la familia.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, Regina tuvo una idea. Gervis no era la única persona que tenía acceso a magníficos abogados. Ella conocía a uno con instinto para las cruzadas, uno que podría ayudarla si pudiera hablar con él, si consiguiera hacerle ver lo importante que era.

– Benedict y Brown son unos don nadie – dijo Gervis con desprecio –. Mis chicos los barrerán.

– Yo no estoy tan segura.

– Demonios, Gina, ¿acaso piensas que ese Benedict hace milagros?

¿Lo creía? Era posible. El la había ayudado antes, y era posible que lo hiciera de nuevo con el incentivo adecuado. La única cuestión era qué precio tendría que pagar ella.

¿Cuál sería el coste de un milagro? ¿Que querría Kane de ella a cambio por lo que iba pedirle?

No tenía ni idea. Pero fuera lo que fuera ella tendría que pagar.

Capítulo 16

Lo más difícil de marcharse del apartamento de Nueva York de nuevo fue dejar a Stephan solo. A las doce de la mañana del día siguiente, después de que Gervis se hubiera marchado a la oficina, Regina le dijo al niño que se iba.

—No tardaré —le dijo con la garganta asumida, al ver que su hijo tenía los ojos llenos de lágrimas—. Te lo prometo, mi vida.

Lo abrazó con todas sus fuerzas y lo sostuvo contra su cuerpo, sintiendo tanto amor por él que le dolía el corazón. Lo meció suavemente mientras imprimía en su mente su recuerdo. Después lo soltó y salió rápidamente de su habitación.

De vuelta en Turn-Coupe, Regina volvió al motel y pidió la misma habitación en la que había estado. Betsy estuvo un poco fría con ella mientras le daba la tarjeta de inscripción para que la firmara. La mujer se quedó observando cómo rellenaba los huecos y le dijo:

—A Kane le dio un ataque cuando supo que te habías ido.

—¿Oh?

—Estuvo a punto de llamar a la policía para decirles que te habían secuestrado, hasta que yo le dije que te habías marchado. Y ni siquiera se lo creyó hasta que no averiguó que estabas en un avión hacia Nueva York.

—¿Llamó a la compañía aérea? —preguntó Regina, asombrada. No había creído que él llegaría tan lejos.

Betsy tomó los papeles y la tarjeta de crédito que Regina le tendía y lo ordenó todo con rapidez.

—Yo lo hice por él, mientras Kane estaba ahí donde tú estás ahora. No se quedó muy contento con lo que oyó. No me gustaría estar en tu pellejo cuando él sepa que has vuelto.

—¿Se enfadó?

—Se quedó blanco, cariño. ¿Cómo es que te fuiste a casa sin decírselo?

—Yo... no creía que él se fuera a dar cuenta, porque no iba a estar fuera más de veinticuatro horas —respondió Regina. Sin embargo, aquello no era cierto. Ella no sabía que iba a volver. Se esperaba que, cuando comenzara el juicio, o antes, Kane descubriría su conexión con Gervis, y que entonces a él no le importaría nada dónde hubiera ido.

—Señor, te queda mucho por aprender de los hombres sureños —dijo Betsy—. ¿Quieres que lo llame para decirle que estás aquí?

—No, no, gracias. Yo lo llamaré cuando llegue a mi habitación.

Sin embargo, no hizo aquella llamada. Para empezar, necesitaba tiempo para pensar en lo que le había contado Betsy y decidir qué iba a decirle a Kane. Pedirle a un hombre enfadado que la ayudara a obtener la custodia de su hijo en cuanto lo viera

no le parecía un buen plan. Y además, necesitaba reunir valor para hacer aquella petición. No sabía qué iba a hacer si Kane se negaba.

Cuando alguien llamó a su puerta, menos de una hora después, lo primero que se le ocurrió a Regina fue que Betsy había llamado a Kane de todas formas. Y parecía que él no había perdido el tiempo al ir al motel. Más inquieta de lo que hubiera supuesto, se acercó a la puerta y la abrió de par en par.

Sin embargo, era Slater quien había llámalo. Tenía una sonrisa cínica en los labios.

—Vaya, vaya —dijo en el umbral de la puerta, con las manos metidas en los bolsillos—. Mira quién ha vuelto.

—¿Qué quiere?

—Berry quería enterarse de cuándo aparecías por aquí, y yo lo estoy comprobando.

—Estupendo —dijo ella con desdén—. Ahora ya puede ir a contárselo —añadió, y comenzó a cerrar.

Slater detuvo la puerta con el pie.

—Espera. He venido por Berry, pero voy a quedarme por mí.

En la expresión de Slater había algo que hizo que Regina se pusiera en alerta. Con un rápido reflejo, empujó la puerta con el hombro para intentar cerrarla. Slater soltó una maldición y metió el brazo por la abertura, usándolo como palanca contra la pared para abrir de nuevo. Ella se tambaleó hacia atrás y estuvo a punto de caerse. Él entró en la habitación y cerró la puerta de una patada.

—¿Qué pretende? —le preguntó ella, mientras recuperaba el equilibrio y se alejaba de él.

—Creía que ya te había dicho que aquí estabas malgastando el tiempo. Yo ya he averiguado lo que había que saber.

—No puede ser mucho —dijo ella, angustiada. Tenía que hacer que siguiera hablando. Eso era lo que decían los manuales de autodefensa, ¿no?

—Lo suficiente. Parece que el viejo ha estado enterrando a la gente en el lugar equivocado. A propósito. Y eso no puede ser, ¿no?

—¿Y cómo se ha enterado... —Regina se interrumpió, enfadada consigo misma por haber permitido que él se enterara de que ella también lo sabía.

—Te sorprendería lo que se puede averiguar invitando a unas cuantas cervezas al tipo adecuado, como por ejemplo, a uno que trabaja en la casa funeraria del viejo.

—Eso son cotilleos —dijo ella despreciativamente—. Gervis querrá algo que pueda documentarse. Me sorprendería que le pague algo.

—Ya lo conoces, ¿verdad? Me dijo que me iba a pagar la mitad de lo que me ofreció al principio.

Así que Gervis ya tenía aquella información. Ella se había negado a dársela, se había negado, pero a pesar de todo, él la había conseguido.

—Lo que usted pueda haber averiguado no le va a hacer daño al señor Crompton.

—Sí, eso es lo que pensó Berry, aunque él me lo ha dicho mucho menos amablemente. Pero va a manipularlo para poder usarlo de alguna forma, así que no entiendo qué derecho tiene a quedarse con mi dinero. Y ahí es donde entras tú — comentó Slater, pasándose la lengua por los labios mientras recorría con la mirada el cuerpo de Regina de pies a cabeza.

Ella se cruzó de brazos.

—No sé que quiere que haga yo.

—Berry tiene demasiados contactos como para que yo pueda tocarlo. Pero tú eres su mujer, la mujer a la que tiene en su apartamento, o la que tenía hasta ahora. Yo te he estado vigilando por Gervis, pero me gusta lo que veo. Creo que seríamos un buen equipo, tú con tu pinta y yo con mi inteligencia.

—Lo único que tiene usted es desfachatez.

—¿Me estás diciendo que no quieres ser socia mía en este negocio?

—Exacto — respondió ella con repugnancia.

—Entonces, quizá debas compensarme por lo que me debe Berry.

—¿Y por qué iba a hacer yo eso?

—¿Y por qué no? ¿Acaso no te ayudé la otra noche, cuando no podías camelarte a Benedict? Eso debe de valer algo.

—Sabía que tenía que ser usted. Aunque no entiendo por qué se molestó.

—Tenía que hacer algo, porque era muy peligroso volver a intentar quitar de en medio al viejo Crompton. Pensé que me agradecerías tanto que te hubiera ayudado a conseguir algo de Benedict, que formarías equipo conmigo. Pero debería haber sido más listo.

—¿Y por qué piensa que me dijo algo? Él se encogió de hombros.

—Es lógico, por la forma en que te marchaste ayer de aquí.

—Entonces, ¿por qué he vuelto?

—Porque Berry y tú habéis discutido por lo que tú has estado haciendo. Al menos, eso es lo que yo creo. Y por eso pensé, también, que querrías unir fuerzas conmigo.

—Olvídelo.

—¿De veras? Entonces tendré que contentarme con mi paga.

Slater dio unos pasos hacia Regina, y al mismo tiempo, ella comenzó a andar hacia atrás.

—No tengo dinero, sólo tarjetas de crédito.

—Eso no es lo que quiero. Desde hace varios días tengo ganas de hincarle el diente a una pelirroja. Y no veo por qué no voy a poder hacerlo, si Berry ya ha acabado contigo.

—No.

– Oh, sí.

– Apártese de mí.

– No creo.

Desesperada, Regina miró hacia atrás y vio la puerta del diminuto baño de la habitación. Rápidamente, se dio la vuelta y se encerró.

Slater fue tras ella como un rayo. La puerta comenzó a retumbar y a salirse del quicio por los golpes que Slater comenzó a darle con el hombro. El yeso saltó alrededor de las bisagras, y la madera crujió y cedió. Con cada embestida, la puerta se hacía astillas y se rompía más. Y por encima de todo aquel ruido, Regina oía las imprecaciones del hombre, diciéndole exactamente lo que le iba a hacer cuando entrara y la agarrara.

Regina se agarró el colgante de ámbar del cuello y miró a su alrededor, buscando algo que pudiera servirle de arma. Sólo vio la tapa de la cisterna. La tomó con ambas manos, y el rectángulo de porcelana hizo un sonido chirriante cuando lo arrancó. Sin embargo, Regina casi se sintió reconfortada. Lo levantó en alto y esperó.

El quicio de la puerta se desencajó, pero el cerrojo aguantó durante unos instantes. Slater metió el brazo entre la pared y la puerta para abrirlo, y en aquel momento, Regina tomó aire y, con todas sus fuerzas, le golpeó la mano con la tapa.

Él soltó un aullido de dolor y sacó el brazo. Se quedó silencioso durante un momento, pero después comenzó a embestir de nuevo con fiereza, maldiciendo y gritando. La madera crujió, el yeso voló. Ella vio su cara de furia por la abertura. La puerta iba a ceder por completo. Regina se echó hacia atrás y se quedó inmóvil entre el lavabo y el inodoro.

De repente, al fondo, sonó un ruido distinto, seguido de una exclamación. Slater soltó un grito y una imprecación. Un segundo después, desapareció de la puerta, y entonces sólo se oyó un zumbido.

– ¿Regina?

Kane. Era Kane.

Sintió tanto alivio que se le escapó un gemido de la garganta. Mientras ponía la tapa de la cisterna en su lugar, le temblaban las manos. Forcejeó con lo que quedaba de la puerta del baño, la abrió y salió a la habitación.

Kane tenía a Slater contra la pared, sujetándolo con la mano por el cuello, mientras el reportero hacía ruidos de asfixia e intentaba encontrar el suelo con los pies. Kane tenía la furia reflejada en los ojos.

Ella se acercó rápidamente a él y le puso la mano sobre el brazo.

– Estoy bien –le dijo–. Suéltalo.

Kane volvió la cabeza y la miró a los ojos durante un instante. Después soltó al periodista con un gesto de desprecio. Slater cayó contra la pared y se agarró la garganta con una mano, mientras la otra le caía en un ángulo extraño de la muñeca.

Kane hizo que ella volviera la cara hacia la luz que entraba por la puerta de la entrada. Alzó la mano y le apartó el pelo de la cara, y después recorrió con los dedos la curva de su mejilla.

— ¿Estás segura de que estás bien? ¿No te ha hecho daño?

Regina asintió. No quiso hablar, por si acaso el miedo le quebraba la voz. La preocupación que él había demostrado le había provocado una fuerte necesidad de estallar en lágrimas y lanzarse a sus brazos. Un día atrás, quizá hubiera sucumbido, pero había percibido algo oscuro y severo en la primera mirada que él le había lanzado, algo que le sugirió que aquello no sería buena idea. El esfuerzo por controlar aquel impulso la mantuvo rígida y sin aliento.

— Eh, ¿y yo? — graznó Slater —. Ella me ha roto el brazo.

— Tiene suerte de que yo no le haya roto el cuello — le dijo Kane, volviéndose hacia él amenazadoramente —. ¿Qué demonios pensaba que estaba haciendo?

Slater le lanzó a Regina una mirada de terror mientras se encogía contra la pared.

— Nada, nada. Sólo ha sido un malentendido.

— ¿Es eso cierto?

Ella podría decir que sí, intentar que todo aquello quedara en nada, pero no creía que Kane fuera a aceptarlo. Ni ella podía permitírselo. Para empezar, era posible que Slater volviera a intentar aquello de nuevo, porque pensaría que ella no se atrevería a acusarlo.

Pero la razón más importante era que ella necesitaba desesperadamente la ayuda de Kane. Si quería tener la más mínima oportunidad de conseguirla, tenía que ser honesta con él.

Y el momento de comenzar era aquél.

Tragó saliva y dijo:

— Sí ha sido un malentendido. Slater pensó que yo debía pagarle, ya que Gervis Berry no lo hará.

— ¿Y qué tienes tú que ver con Gerri Berry?

— Él es mi... — se interrumpió al darse cuenta de lo que iba a decir, y se corrigió — Vivo con él. O vivía.

El tono de voz de Kane fue de alerta, pero no de sorpresa.

— ¿Ya no vives con él?

— Nos hemos separado.

— ¿Porqué?

— Por diferencias éticas — respondió Regina mirándolo con atención, para ver si él entendía bien lo que le estaba contando. Sin embargo, no encontró ninguna pista en su semblante.

— Miren... — intervino Slater.

– Cállese – le dijo Kane con ferocidad.

Después se dirigió a Regina de nuevo.

– ¿Quieres denunciar a este tipo?

– ¡Eh! – protestó Slater – . Ella es la que me ha roto el maldito...

Kane lo silenció con una sola mirada, y el reportero cerró la boca al instante.

Regina respondió a Kane sacudiendo la cabeza.

– Lo único que quiero es que se vaya, y no volverlo a ver en toda mi vida.

Kane miró a Slater de nuevo.

– Ya ha oído a la señorita.

– Por mí, estupendo – gruñó Slater, mientras se movía lentamente hacia la puerta, sujetándose el brazo roto – . Estoy deseando marcharme de este pueblucho. Y, en cuanto no volver a ver a esa desgraciada...

La mirada que le clavó Kane hizo que el reportero saliera corriendo. Cerró la puerta tras él, y un momento después, se oyó el sonido del motor de un coche frente a la habitación, y el chirrido de los neumáticos mientras el vehículo se alejaba a toda velocidad.

– ¿Vas a dejar que se marche así? – le preguntó Regina a Kane, sorprendida.

– No irá lejos. Roan tiene unas cuantas preguntas que hacerle acerca del accidente de Pops.

El sonido implacable de sus palabras dejaron a Regina sin respuesta. Pensó en cómo había conectado a Slater con el intento de asesinato de su abuelo, en la falta de una reacción real a lo que ella le había dicho, y en la causa posible de aquella pasividad. Y llegó a una conclusión. Mientras la verdad se abría paso en su mente, se sintió invadida por una negra desesperación.

– Lo sabías.

– Desde hace días.

Ella cerró los ojos, llena de dolor y arrepentimiento.

– Lo siento, siento muchísimo todo lo que ha ocurrido.

Durante unos largos segundos, él no respondió. Cuando habló, por fin, fue como si no la hubiera oído. Con la voz desprovista de toda emoción, le dijo:

– Lo de que te has separado de Berry sí es nuevo. ¿Cuándo ha sido?

– Esta mañana.

Con la garganta oprimida, tanto que cada sílaba le costaba un tremendo esfuerzo, Regina le contó lo que había ocurrido en Nueva York.

Kane soltó una carcajada de amargura y desprecio cuando ella terminó su relato.

– Vaya relación que tenáis tú y tu supuesto primo.

– Al principio no fue así – respondió ella, cansadamente.

Después de todo lo que había pasado, la excitación y la angustia estaba dejando paso al agotamiento. De repente se sintió demasiado exhausta como para seguir de pie, y se dejó caer en el colchón.

— Así que este cambio se ha debido al niño — le dijo él, sin moverse.

Ella entrelazó los dedos y los apretó tanto que se le pusieron blancos.

— Y también porque no me gustan las cosas que está haciendo Gervis, ni las que quiere hacer. Porque no soporto hacerle daño a la gente. Pero sí, principalmente es por Stephan. Gervis lo tiene, y me lo va a quitar a menos que yo... coopere.

— ¿Y se supone que yo tengo que creerme esta historia tan conmovedora?

— Tienes que creerlo. Es la verdad.

— ¿De veras? La verdad y tú no habéis estado siempre tan cerca la una de la otra. ¿Por qué se supone que tengo que creerte ahora?

Él tenía razón.

— Te he dicho que lo sentía, y es cierto. Siento haber mentado, y haberme acercado a tu abuelo con falsedades, y por haber tenido una aventura contigo por razones equivocadas. Ojalá pudiera volver atrás y hacer las cosas de una forma distinta.

— Eso si lo creo.

Regina apartó la mirada, nerviosa por su tono de voz implacable.

— Sé que no ha sido justo, y que no ha estado bien, pero algunas veces una persona tiene que hacer cosas que no quiere porque se está apostando muchas más cosas de las que podría soportar perder. De todas formas, también pienso que tú no has estado conmigo sólo por diversión.

Él la miró con asombro. Sin embargo, un momento después le dijo de mala gana:

— Puede que tengas razón. Pero ya que te marchaste sin decir adiós, dudo que tú hayas vuelto por lo que había entre nosotros. ¿Te importaría decirme por qué has vuelto?

Con los ojos llenos de lágrimas, ella respondió:

— Porque te necesito. Necesito que me ayudes a rescatar a mi hijo.

— ¿Rescatar?

— Te he dicho que lo tiene Gervis. Piensa que yo haré cualquier cosa que él quiera mientras lo tenga drogado y encerrado bajo vigilancia — le explicó Regina, con la voz entrecortada. Después apartó la vista y miró al suelo, a las paredes, a cualquier sitio menos a la condena que había reflejada en la mirada de Kane.

— ¿Y lo harías?

Ella se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

— Yo tengo pocas posibilidades si me enfrento a él. Tiene base para apoyarse si pide la custodia legal.

— Lo sé.

— ¿Lo sabes? — dijo ella, y alzó la cabeza para mirarlo, perpleja.

— Él es el padre.

— ¡No, no lo es! — exclamó ella, asqueada.

Ante su reacción, él arqueó las cejas, y ella le explicó con frases apresuradas la verdad de la situación. Sin embargo, él no se ablandó.

— Entonces, se supone que yo tengo que proporcionarte las armas legales, mandamientos judiciales, custodia temporal, pruebas de ADN para desmentir su paternidad... lo que haga falta para impedir que Berry reclame al niño. ¿Es eso?

Aquella había sido la primera solución que ella había pensado. Sin embargo, en el avión, mientras sobrevolaban las montañas, Regina había llegado a una conclusión distinta. Sacudió la cabeza y respondió:

— Eso nos llevaría demasiado tiempo, y mientras, es muy posible que Gervis mandara a Stephan a algún sitio, a otra institución o a un colegio extranjero donde yo nunca podría encontrarlo. Lo que quiero... lo que quiero pedirte es que me ayudes a quitárselo a Gervis.

— ¿Quitárselo? ¿Quieres decir secuestrarlo?

La incredulidad de Kane no le dio muchos ánimos, pero Regina asintió de todas formas.

— Sé que va contra la ley, y contra tu forma de ver las cosas. Para ti, todo es blanco o negro, está bien o mal. Pero Stephan es todo lo que yo tengo, lo único que tiene significado en mi vida. ¡No puedo perderlo, no puedo! Y él es sólo un niño pequeño. Le he fallado antes, cuando creí a Gervis y le permití que lo enviara lejos de mí, pero no puedo volver a fallar ahora. ¡Por favor, Kane, tú eres mi única oportunidad!

— ¿De veras?

— No puedo acudir a ninguna otra persona. No hay nadie que sea capaz de hacerlo.

— Qué fe más conmovedora — dijo él, suavemente—. No sé qué responder. A menos que debiera ponerme de rodillas, con una mano sobre el corazón, y declarar que soy tuyo para lo que ordenes.

— No, no, en absoluto.

— ¿No? Entonces quizá deba preguntarte, en un lenguaje que sin duda entenderás, qué saco de todo esto si accedo a hacer lo que me pides.

Regina sintió esperanza. Se humedeció los labios nerviosamente y respondió:

— Si es dinero lo que quieres... no tengo. Pero podría vender...

— No quiero dinero — dijo, y se acercó a ella mientras hablaba.

Regina se sonrojó al mirarlo a la cara y percibir la intensidad oscura de sus ojos.

— ¿Quieres decir que...

— Sí, eso es exactamente lo que quiero decir.

Ella se quedó sin respiración.

– No te quedes tan sorprendida. ¿No se hace así en el lugar del que tú vienes?

– ¡No! No, yo no, al menos. Yo nunca habría pensado que tú, precisamente...

– ¿Cayera tan bajo? Admito que es un cambio.

– Eso hace que no seas diferente de Slater.

– ¿Porque él quería tomar algo que tú no querías darle? No es lo mismo en absoluto, porque nosotros tenemos algo que el otro quiere. Tú me usas a mí. Yo te uso a ti. Es un intercambio. ¿Qué importan los medios, si el fin nos va a satisfacer a los dos?

– ¿Acaso me deseas?

– Eso debería ser bastante obvio.

Regina bajó la mirada desde su cara hasta la silueta larga y firme que había bajo la cremallera de sus pantalones. No se había percatado hasta aquel momento. Apartó la mirada rápidamente y la fijó en el espejo que había sobre la consola de la televisión. Los dos estaban reflejados allí, mujer y hombre hablando sobre un asunto muy antiguo. ¿Cuántas veces habría ocurrido en aquella habitación, sobre aquella misma cama? ¿Y cuántas de esas veces, se preguntó angustiada, habría ocurrido por la desesperación y por la venganza?

Bajó la cabeza y se llevó los dedos temblorosos a los botones de la blusa. Él no hizo ademán de detenerla, no dijo ni una palabra. Se limitó a observarla con los ojos medio cebados y la mandíbula apretada. Y aun así, a Regina le ardía la piel bajo el calor de su mirada. Se sentía como si se estuviera moviendo a cámara lenta, y sin embargo, al mismo tiempo, le parecía que su ropa caía al suelo demasiado rápido.

Kane tragó saliva cuando ella dejó caer el sujetador. Tan sólo con unas braguitas de color coral, se acercó a él. Él tenía el pecho cálido bajo la suavidad de la tela de su camisa. Ella colocó las palmas de las manos sobre aquellas planicies duras. Entonces comenzó a desabrocharle los botones. Cuando hizo que la tela se deslizara sobre sus hombros Regina vio que tenía los músculos rígidos y los puños apretados.

Ella no se detuvo. Siguió moviéndose, quizás a causa de su arrepentimiento combinado con el placer que estaba sintiendo al acariciarlo. Cuando llegó a su cinturón, sintió la respiración entrecortada de él.

Kane no estaba tan impertérrito como pretendía, pensó. Regina agarró suavemente la cremallera de los pantalones, y le pareció oír como le chirriaban los dientes. Bajársela le resultó difícil debido al bulto que había debajo y él le apartó las manos y lo hizo por sí mismo. Después se quitó los pantalones y los calzoncillos con impaciencia, y al incorporarse, le quitó a ella las braguitas, la tomó por las rodillas y la tumbó en la cama. La siguió y se colocó entre sus muslos abiertos.

Su peso la confinó, la mantuvo inmóvil. Los remolinos sedosos del vello de su torso le hacían cosquillas en los pechos y en el estómago. Entonces, él entró de repente, en su cuerpo, explorando su centro húmedo y suave con el acero de su masculinidad. Ella dejó escapar un suave gemido, encogiéndose contra él al sentirse llena de repente, y después se quedó inmóvil.

Él vaciló sobre ella. Lentamente, Regina abrió los ojos. Durante unos momentos interminables, sus miradas se quedaron atrapadas. En la de Kane había un triunfo amargo. En la de Regina, desafío. Sin embargo, ella no pudo evitar las lágrimas acidas y lentas. Le inundaron los ojos y se le derramaron por las sienes hasta el pelo. Al mismo tiempo, sus músculos, sus nervios y su mente comenzaron un inevitable rechazo.

Tuvo un largo escalofrío. Intentó detenerlo, respirando rápidamente para que su pecho se elevara y cayera contra él, apretando los músculos, la mandíbula, los puños, incluso el anillo interno que rodeaba el cuerpo de Kane. Y aquello fue lo peor de todo, porque entonces notó mucho más que él la había invadido, que la estaba poseyendo y dominando íntimamente.

La expresión del rostro de Kane cambió bruscamente. La ira se desvaneció de sus ojos, y en su lugar apareció el remordimiento.

—No —susurró—. Por favor, no. Por Dios, Regina, lo siento muchísimo. No sé que... lo siento.

Entonces la liberó y tomó su cara con una mano. Ella lo agarró por los hombros para separarlo de su cuerpo. Él comenzó a levantarse, a separarse de ella, pero aquel movimiento hizo que Regina sintiera pánico. Notó muchos años de miedo cayéndole encima. Y una incipiente soledad más desoladora que la herida que él le había hecho en el corazón.

Y de repente, lo envolvió con los brazos y las piernas, agarrándolo con fuerza por una necesidad súbita y convulsiva.

—Ayúdame —le susurró—. Por favor, ayúdame.

La sombra de la duda cruzó por el semblante de Kane, pero fue algo tan efímero que Regina no se hubiera dado cuenta de no ser porque estaba vigilando atentamente cada respiración suya, cada latido de su pulso. Entonces, él inclinó la cabeza y le rozó la boca con delicadeza, pidiéndole perdón en silencio. En un rápido experimento, le pasó la lengua ligeramente por los labios y después alzó la cabeza con una pregunta en los ojos.

—Sí —respondió ella—. Oh, sí.

El entró en su cuerpo de nuevo, sin dejar de observarla, midiendo su reacción. La tensión desapareció de su semblante. Ella respiró lenta, profundamente y sintió calma. Pero ella no quería que la observara ni que la midiera. Quería olvidarse de todo, borrarlo todo de su mente, quería calmar el dolor de su alma y la amenaza de temer siempre al amor que estaba vacilando a su alrededor. Regina le pasó la mano a Kane por los hombros y el cuello, y lo apretó contra su cuerpo, más dentro de ella.

Él siguió sus mudas indicaciones mientras le besaba las cejas, los párpados y los pómulos, y el punto sensible que había bajo sus orejas. Contra su cuello, murmuró:

—Te dije una vez que yo no era tan noble como tú pensabas. Pero no tenía intención de demostrártelo.

—Y yo nunca quise darte ningún motivo para que lo hicieras —respondió ella, jadeante.

Él suspiró.

– Dime lo que quieras y será tuyo.

– Ámame –le pidió ella, y volvió la cabeza para posar sus labios en la mandíbula de Kane.

Él la abrazó y la compensó con caricias lentas y minuciosas y largos besos que fueron tan profundos y calientes como el verano del Sur. Hizo que se le derritieran los huesos para fundirla con él, dejando aparte toda la furia y el miedo. Le sacó el deseo dentro y lo avivó hasta que ella, húmeda y jadeante, comenzó a vacilar al borde del clímax. Entonces él la agarró por las caderas y los encendió a ambos, dándole toda la fuerza curativa de su poder. Después, cuidadoso y protector, le apartó los mechones de pelo del rostro y la acurrucó contra él, y la acarició hasta que se quedó dormida en sus brazos.

Pero no le hizo ninguna promesa.

Capítulo 17

Kane no recordaba haber accedido a llevar a cabo el secuestro del niño, pero allí estaba, de camino a Nueva York con Regina, como si fuera un soldado descerebrado con una misión secreta. Pops le había dicho a menudo que su temperamento le acarrearía problemas algún día. Debería haberle hecho caso. Por rabia y rectitud, había cometido un error fatal. uno que le había dejado lleno de vergüenza.

¿Qué le había ocurrido? Creía que el detonante había sido oír que no significaba nada para Regina Dalton, que no tenía lugar en su vida. Para ella, él era un abogado paleta de Luisiana al que había hecho creer que era una neófita sexual, alguien a quien podría usar como ella quisiera. Ella había pensado que podía engañarlo otra vez con aquel lastimoso cuento acerca de su hijo. Y él había tenido la intención de demostrarle que aquello no iba a ocurrir, había querido obligarla a que le ofreciera su cuerpo a cambio de lo que le estaba pidiendo, y después marcharse sin tomarlo.

Pero había ido demasiado lejos.

Por su estúpido y obstinado orgullo, no se había parado a pensar que quizá ella estuviera diciendo la verdad. Ni tampoco había tenido en cuenta el efecto que Regina podía tener en él. Una sola caricia, y él lo había olvidado todo y había perdido el control.

Había sido terriblemente injusto con ella, y como consecuencia, le debía algo. Y los Benedict siempre pagaban sus deudas.

Si había accedido a llevar a cabo aquel plan, haría un buen trabajo. No habría medias tintas. Casi deseaba que Berry estuviera por allí cuando se llevaran al niño y que intentara impedirselo. Con el humor que tenía, pensó que sería un gran placer enseñarle buenos modales.

Luke, que ocupaba el asiento del piloto, a su lado, alzó la mirada del tablero de control lo miró con atención. Con la diversión recejada en los ojos, le dijo:

—No estés tan serio, hijo. Si nos pillan, la acusación sólo será de secuestro, quizá de agresión y de lesiones. Lo peor que puede ocurrir es que nos metan entre rejas y tiren la llave al mar.

—Qué gracioso eres —respondió Kane—. Ya sabía yo que te traía por algo. Para alegrarme.

En realidad, también había influido el hecho de que su primo supiera pilotar aviones y tuviera amigos a los que no les importara prestarle el jet de su empresa. Además, Luke era un hombre al que merecía la pena tener al lado. Kane se había visto obligado a contarle la historia entera a su primo antes de que él se prestara a formar parte de aquel equipo de rescate.

Al cabo de unos minutos, Kane volvió la cabeza y miró hacia donde se encontraba Regina. Estaba en su asiento, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados.

Al darse cuenta, Luke le preguntó en voz baja:

— ¿Y has pensado en qué vas a hacer con Regina y con el niño después?

— ¿Por qué iba a tener que hacer algo? No son responsabilidad mía.

— No hay muchas probabilidades de que ella consiga salirse con la suya si Berry está empeñado en quedarse con el crío, pero supongo que eso no es lo importante. Tú ya habrás cumplido con tu parte del trato, ¿no? — le dijo Luke con sarcasmo.

— Exacto — respondió Kane.

Luke murmuró algo que Kane no entendió bien, pero pensó que sería mejor no pedirle que lo repitiera.

Un rato después, Kane se levantó y se acercó al asiento de Regina. Aún estaba dormida. Él tomó una manta de uno de los asientos, la desdobló y la extendió sobre ella. Se quedó observándola unos segundos, intentando controlar el impulso de abrazarla.

Aquello no le gustaba. Le asustaba. Cuando más pronto saliera de su vida aquella mujer, antes podría él recuperar su sentido común y ser de nuevo él mismo.

Llevarla en aquel viaje era una mala idea. Luke y él necesitarían moverse con rapidez, por instinto, si querían tener alguna posibilidad de conseguir lo que se proponían. Lo que menos necesitaban era a una mujer entorpecidiéndolos.

Sin embargo, ella se había negado en rotundo a quedarse en Turn-Coupe. Les había dicho que ella podría facilitarles el acceso al apartamento de Berry sin tener que superar las medidas de seguridad, y además, sería más fácil ocuparse de su hijo. Probablemente, ambas cosas eran ciertas. Sin embargo, Kane deseaba que ella estuviera en Turn-Coupe. Era otra persona más a la que proteger, otro cuerpo que podía resultar herido si daban un mal paso.

Aquella noche, el aterrizaje en Nueva York fue muy tranquilo. El papeleo para el viaje de vuelta fue complicado, pero tuvieron que hacerlo. Sin embargo, les llevó un buen rato, así que era tarde cuando llegaron al edificio de Berry. Aquello era una ventaja, porque todo el mundo estaría durmiendo. Con suerte, podrían entrar y salir con el niño sin que el guardaespaldas y la enfermera se dieran cuenta.

Se suponía que Berry no iba a estar allí. Por esa razón habían elegido aquella noche. Habían hecho una llamada a su bufete de abogados, y allí les habían informado de que el señor Berry llegaría a Baton Rouge aquella noche para comenzar el juicio el lunes. Aquello significaba que habría una complicación menos.

Al pasar junto a la portería, el conserje saludó a Regina y le preguntó por su viaje, con toda su atención en ella, de modo que apenas se dio cuenta de que tenía a dos extraños con ella. Cuando llegaron al piso, Kane utilizó la llave de Regina, abrió la puerta y la cerró tras ellos sigilosamente. Ella les hizo un suave gesto con la mano para indicarles que podían seguir.

Kane se sacó el arma que llevaba metida debajo el cinturón, a la espalda, y asintió mirando a Luke, que también iba armado. Los dos juntos recorrieron el pasillo. Regina les había descrito la casa con detalle, así que sabían a quién correspondía cada puerta que pasaban: la primera era la del cuarto de Regina, después la de la

enfermera, y por último llegaron a la puerta de la habitación del guardaespaldas, que estaba cerrada. Cada uno se colocó a un lado y, al gesto de Kane, Luke extendió la mano y giró el pomo. Los dos entraron rápidamente y se acercaron a la cama.

Había dos personas bajo las mantas. El guardaespaldas se estaba incorporando y alargando la mano a su arma, que estaba en la mesilla de noche. Kane le dio un fuerte golpe el hombre cayó sobre la enfermera, que estaba a su lado. Entonces, lo tomó por el cuello y le dijo:

– Shh, si quieres vivir.

En segundos, la enfermera y el guardaespaldas estaban amordazados y atados. Los dos tumbados en la cama y tapados con las mantas, mientras ellos gruñían y protestaban.

Kane salió hacia el salón para avisar a Regina. No fue necesario. Ella salía del despacho de Berry, metiéndose un objeto pequeño cuadrado en el bolso. Kane se preguntó por un momento qué sería, pero rápidamente volvió a concentrarse en el rescate del niño.

Ella lo condujo hacia la habitación del niño, y Kane le hizo un gesto para que se quedara en la puerta mientras él comprobaba que no hubiera más guardias. Lo único que vio a la luz de una lamparita fue un pequeño bulto en la cama. Entonces avisó a Regina, que fue directamente hacia el niño y apartó las mantas. Se sentó en la cama y lo hizo rodar hacia ella. Entonces, emitió un sonido de angustia y de ira.

El cuerpo del niño estaba flácido y no respondía a ningún estímulo. Kane tuvo la sensación de que un puño gigante lo golpeaba en el estómago. Se acercó y le puso la mano en el cuello para tomarle el pulso. Un segundo después suspiró de alivio. La piel del niño estaba caliente. Tenía el pulso débil, pero regular.

En voz baja, Kane le preguntó:

– ¿Siempre duerme tan profundamente?

Ella sacudió la cabeza con vehemencia.

– Intenté decirte cómo iba a estar.

Era cierto. El niño estaba drogado. A Kane le había parecido algo sin importancia antes, pero en aquel momento, ya no era trivial. Regina se levantó rápidamente y metió algo de ropa en la mochila de Stephan. Después le dio la mochila a Kane, que se la puso al hombro. Ella envolvió a su hijo en la manta y lo tomó en brazos.

Iba contra los principios de Kane dejar que ella llevara al niño, pero él tenía que ocuparse de cualquier imprevisto que pudiera surgir hasta que estuvieran a salvo. Sacó la cabeza por la puerta y miró hasta el otro extremo del pasillo. Después le hizo un gesto a Regina para que avanzara. Los dos pasaron por la puerta del salón, y Luke se unió a ellos. En segundos, los tres estaban junto a la puerta. Kane se pasó el arma a la mano izquierda y alargó el brazo para abrir. La puerta se abrió bajo su mano, y le habría dado un golpe si no hubiera saltado hacia atrás. La lámpara de la estancia se encendió, y la luz los dejó cegados durante un momento. En unos segundos, Kane dejó la mochila en el suelo y se interpuso entre Regina y el origen del peligro. El hombre que estaba en la puerta era Gervis Berry. Kane había visto suficientes

fotografías del magnate como para no reconocerlo. El hombre llevaba una pequeña pistola en la mano y lo apuntaba directamente al estomago.

— Vaya, vaya — dijo Berry con una sonrisa odiosa —. Alguien está intentando llevarse a mi hijo.

— El hijo de Regina, por lo que yo tengo entendido — replicó Kane, preparándose para el combate que se avecinaba.

— ¿Y acaso cree que fue un alumbramiento virginal? — le preguntó Berry, riéndose de su propio ingenio.

— Sé que usted no tuvo nada que ver.

La expresión de Berry se volvió muy desagradable.

— ¿Se lo ha dicho ella? Entonces supongo que se ha pasado a su bando. ¿Es usted Benedict?

— Exacto.

— Eso me pareció. Me pregunto qué le parecerá al jurado esta forma de influir a una testigo.

— ¿Testigo?

Berry hizo un gesto descuidado hacia Regina con la mano en la que tenía la pistola.

— Me imagino que ella le ha dicho lo que sabe para pagarle por su ayuda con esto. Pero quizá no es todo lo que está intercambiando, quizá también le esté dando un servicio personal, como el que me ha proporcionado a mí.

— ¡Gervis!

Aquella exclamación de Regina, enfadada, aunque no de sorpresa, habría sido suficiente para condenarla si ella no hubiera admitido ya sus culpas. Y aunque él se dio cuenta de aquello, también vio otra cosa. Deliberadamente, ella había salido de su posición segura detrás de Kane para atraer la atención de Berry. Quizá pensara que él no la dispararía, pero Kane no estaba tan seguro. Cuando vio que el cañón de la pistola se movía hacia ella, se le hizo un nudo en el estómago.

— No te pongas así — le dijo Berry con desdén, mirándola —. ¿Te parece que no debería hablar así porque somos familia? Bueno, pues yo también creía eso, pero al ver lo que estás haciendo, poniéndote en mi contra... ¿qué clase de familiar haría algo así?

— El mismo que se ha valido de mi hijo para obligarme a hacer lo que él quería — respondió ella, enfurecida —. No somos familia, no lo hemos sido nunca, y nunca lo seremos. No estoy contenta, ¿me oyes? No me gustó lo que querías que hiciera cuando empezó todo esto y ahora te odio por ello.

Berry se sobresaltó como si ella lo hubiera golpeado.

— Tonterías. No lo dices en serio.

— Sí — afirmó ella, echando chispas por los ojos —. Si vuelves a hacerle daño mi hijo, o intentas quitármelo, te mataré.

—No vas a engañar a nadie, cariño —le dijo —... con una carcajada—. Esto no es acerca del niño. ¿Qué ha ocurrido? ¿Benedict se ha ocupado mejor de ti que yo? ¿Incluso en la cama?

—¡No!

Kane no supo lo que le había hecho más daño, si la acusación de Berry o la negativa de Regina. Dio un paso hacia delante para atraer la atención de aquel tipo.

—¿Y no puede ser que se haya cansado de los dos y quiera cambiar? ¿No se le ha ocurrido eso?

—Sí, claro, como una prostituta barata —respondió Berry, girando hacia él.

Kane lo atacó en cuanto se cercioró de que el cañón de la pistola ya no apuntaba a Regina. Su puño impactó en la barbilla de Berry con toda su fuerza y su rabia.

Berry cayó hacia atrás y disparó.

Kane notó algo en la cintura y lo hizo girarse. Entonces, Luke pasó por delante de él y se tiró hacia Berry para quitarle el arma. Después lo apuntó, y Berry se quedó inmóvil. Luke miró a su primo con una expresión tensa y preocupada.

Kane sabía lo que le estaba preguntando su primo en silencio. El tiro le había dado. Notaba un dolor agudo en la cintura y una humedad caliente en la camisa. La pistola de Berry debía de ser de un calibre bajo, sin embargo, porque el daño no había sido profundo. De todas formas, no había tiempo para pensar en ello, ni mucho menos para hablar. El sonido del disparo podría atraer a más compañía de la que les convenía.

Kane se agachó a recoger la mochila de Stephan y se la apretó contra el costado para esconder la sangre y controlar la hemorragia. Tomó a Regina por el codo y le hizo un gesto a Luke.

—Salgamos de aquí.

El viaje al aeropuerto le pareció eterno, pero finalmente llegaron al avión y el aparato se elevó hacia el cielo. Kane apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos.

Le dolía mucho el costado, pero al mismo tiempo tenía la sensación de que podría aislarse de el dolor si se dejaba llevar por el sueño... No. No podía. Tenía que permanecer despierto y ayudar a Luke. Tenía que llevar a Regina a casa. Tenía que averiguar si el niño estaba bien.

De repente, unas manos lo sacudieron en el asiento, y alguien le puso una palma fresca sobre la frente.

—¡Kane! ¡Kane, despierta!

Era Regina. Eran sus manos, su voz. Ambas tenían frescor, pero también preocupación. Eso le gustó. Abrió los ojos haciendo un gran esfuerzo.

—Estás sangrando —le dijo ella, como si hubiera cometido un crimen.

—Ya lo sé.

—¿Y por qué no has dicho nada, por el amor de Dios?

— No es nada.

— Oh, claro. ¿Quién te crees que eres, Stallone?

El no pudo evitar sonreír.

— ¿Por qué estás tan enfadada? Yo soy el que tiene el tiro.

— Porque has sangrado mucho, tonto. Stephan tiene mucha sangre en la ropa — respondió ella, quitándole la mochila del costado—. Vamos, levántate y vamos al final del avión para ver si puedo curarte.

Luke, frunciendo el ceño al alzar la vista del panel de control, le dijo a Regina:

— El maletín de primeros auxilios está en uno de los armarios. Debería haber vendas ahí.

Ella asintió y después se inclinó para quitarle a Kane el cinturón de seguridad.

— Vamos, levántate — le dijo, mientras se pasaba su brazo por el cuello —. No puedo moverte yo sola, aunque te ayudaré todo lo que pueda.

Él dejó que ella llevara parte de su peso, no porque no pudiera hacerlo él mismo, sino porque era irresistible. Quería ver hasta dónde llegaba la preocupación de Regina. También tenía curiosidad por ver qué era lo que la impulsaba a cuidarlo, si la culpabilidad o la gratitud, la bondad humana o algo que él no acertaba a nombrar.

Mientras le ayudaba a quitarse la camisa, ella le dijo:

— ¿Por qué no nos avisaste de esto antes de despegar? Necesitas algo más que una venda. Necesitas que te vea un buen médico.

— Nos habríamos pasado el resto de la noche en un hospital, y mañana en la comisaría, dando explicaciones debido al informe del médico que me hubiera atendido. No, gracias.

— ¿Y preferías desangrarte hasta morir?

— Preferiría que dejaras de reprenderme como si tuviera la edad de Stephan y que me curaras.

Ella le lanzó una mirada fulminante.

— ¡Lo estoy intentando!

Aunque se quedó pálida cuando vio la herida, no vaciló al curarlo. Tragó saliva y le limpió la sangre. Después lo vendó y lo dejó tumbado en el asiento. Entró al servicio del avión, posiblemente a lavarse las manos, y cuando salió, lo tapó con una manta y se sentó a su lado. Se quedó observándolo durante un rato, consternada. Finalmente, le dijo:

— Siento muchísimo que te hayan herido por ayudarme. Nunca te lo hubiera pedido si hubiera sabido que iba a ocurrir esto.

— Tú no fuiste la que dio por supuesto que Berry no estaría allí sólo porque lo dijeran sus abogados.

— Pero debía haberte dicho que siempre lleva una pequeña pistola en el bolsillo.

– Sí, habría estado bien saberlo, pero no creo que hubiera cambiado las cosas.

– Es posible. Pero aun así, me siento horriblemente mal. No sé cómo agradecerte lo que has hecho por mí. Sé que tenías tus razones, pero da igual. Si hay algún modo en el que pueda pagarte, sólo tienes que pedírmelo.

– ¿Qué estás sugiriendo, Regina?

– Lo que quieras – respondió ella –. Te debo tanto que...

– No me debes nada.

– Sí te lo debo. Sin ti, no habría vuelto a ver a Stephan, al menos no sin que Gervis me amenazara para que hiciera lo que él quisiera. Y él te ha disparado. Incluso podría haberte matado por mi culpa. No hay nada que yo no haría para compensarte por ello.

– No.

– ¿No? Pero la otra noche tú dijiste que lo esperabas. Parecía que querías...

– No. Ni ahora, ni nunca más. Yo no fui a por tu hijo para tenerte en mi cama. Fui por Stephan para compensarte a ti por lo que te hice, por lo que tomé de ti.

Ella respondió con tanta suavidad que él tuvo que hacer un esfuerzo para oír lo que decía.

– Tú no tomaste nada que yo no quisiera darte.

A él se le cortó la respiración. Se preguntó cuánto le habría costado a Regina decir aquella sencilla frase, y qué quería decir exactamente. Sin embargo, no le parecía buena idea preguntárselo. Prefirió no hacerse demasiadas ilusiones.

– Buen intento – dijo con ironía –, pero yo tengo otra opinión.

Ella sacudió lentamente la cabeza.

– De todas formas, me gustaría hacer algo, lo que sea, para pagártelo – repitió.

Él cerró los ojos, resistiendo la tentación de apretar con fuerza.

– Olvídalo. A mí no me gustan los chivos expiatorios.

El avión vibraba mientras seguía su camino por el aire. Los motores hacían un ruido constante, profundo. Después de un largo, largo instante, ella respondió, con la voz neutra:

– No, supongo que no.

Capítulo 18

Chivo expiatorio.

Regina pensó una y otra vez en aquellas palabras durante las horas siguientes. No pudo quitárselas de la cabeza mientras aterrizaron en Turn-Coupe, ni cuando perdió una discusión con Kane sobre si Stephan y ella debían volver al motel o a Hallowed Ground. Todavía resonaban en su cabeza cuando todos, incluyendo el señor Crompton, esperaban al médico en el salón de la mansión.

¿Así era como la había visto Kane? ¿Acaso pensaba que ella había soportado sus relaciones con los dientes apretados? Al principio, ella había creído que sería así, pero después las cosas habían resultado de un modo muy distinto.

Kane la había liberado de sus miedos y le había enseñado el placer dulce de amar. Ella nunca olvidaría aquello. Al mismo tiempo, no creía que jamás volviera a encontrar a un hombre en quien poder confiar, no creía que volviera a querer nunca a nadie.

Ella lo quería.

Lo quería, y no sólo por el sexo, ni por gratitud, ni por todo lo que había hecho por ella. Lo quería por lo que era. Por su fuerza, por su honor y por su cariño y compromiso con el lugar en el que vivía, por la forma en que protegía a su abuelo, por cómo se mantenía unido a su familia y a sus amigos contra todas las cosas que los amenazaban. Regina adoraba su forma de sonreír, su forma de acariciarla, e incluso adoraba que no la abrazara cuando pensaba que no estaba bien. Y muchas más cosas.

¿Cómo había ocurrido, a pesar de todo lo que se interponía entre ellos? Regina no lo sabía. Simplemente, estaba segura de que lo quería.

Tenía la necesidad de decírselo, pero no se atrevía. Si lo hacía, seguramente Kane se vería obligado a decirle que ella no le importaba. Y Regina no creía que pudiera soportarlo en aquel momento, no estaba segura de que alguna vez pudiera enfrentarse a aquella verdad.

Stephan, acurrucado en uno de los sillones, comenzó a moverse mientras se despertaba. Ella se acercó a él y lo abrazó. El niño abrió los ojos, la miró durante unos segundos y entonces, una sonrisa dulce y alegre le curvó los labios.

—Mamá.

La felicidad que le produjo aquella palabra le llenó los ojos de lágrimas de amor y de pena por todo lo que había ocurrido. Nunca permitiría que nadie volviera a hacerle daño a su hijo.

—Estoy aquí —susurró contra su pelo sedoso—. Estoy aquí, y nunca, nunca voy a dejarte.

Kane, tumbado en el sofá, volvió la cabeza hacia ellos. Aquel movimiento atrajo la atención de Regina, y sus miradas se encontraron por encima de la cabecita de

Stephan. Kane tenía una expresión extraña, como si estuviera luchando contra una conclusión que no quería aceptar. Miró a Luke, que estaba esperando, con una expresión impasible y con las piernas estiradas ante él, en un sillón, entre los dos. Durante un momento, Regina tuvo la impresión absurda de que él estaba impaciente, como si quisiera estar a solas con ella.

– Regina...

En aquel momento, sonó el timbre de la puerta y lo interrumpió.

El señor Crompton fue a abrir la puerta y acompañó a su amigo, el doctor Tom Watkins al salón.

El viejo médico le dijo a Kane que tendría que darle algo para el dolor mientras exploraba la herida, le sacaba la bala, le limpiaba minuciosamente y le cosía. Evidentemente, sería mucho mejor que la cirugía se llevara a cabo con las condiciones de asepsia necesarias, pero ya que Kane había sido lo suficientemente tonto como para dejarse disparar, dijo el doctor gruñendo, tendría que arriesgarse a una infección. Al ser un viejo amigo de la familia, dijo también que se le olvidaría dar parte de aquel incidente a las autoridades.

Kane insistió en que le echara un vistazo a Stephan antes de comenzar a atenderlo a él. El médico dijo que el niño estaba perfectamente, salvo por el efecto persistente de los restos de un tranquilizante muy fuerte. No habría daños duraderos, dijo el doctor Watkins, y le revolvió el pelo a Stephan cariñosamente. Después se volvió de nuevo hacia Kane y le ordenó que encontrara una cama para llevar a cabo la pequeña operación. El señor Lewis ofreció su habitación, que estaba en aquel mismo piso, y Luke le ofreció el hombro al paciente para que se apoyara en él mientras iban en aquella dirección. Regina se ofreció a ayudar, pero fue rechazada con una amabilidad áspera, y se le prohibió el paso a la habitación.

Entonces, se concentró en Stephan, que poco a poco fue saliendo de su sopor. Dijo que tenía hambre, y siguió a Dora a la cocina, para ver con interés cómo preparaba unas tortitas. Mientras se las comía, Stephan hizo un millón de preguntas sobre dónde estaba, cómo habían llegado allí y sobre toda la información que cualquiera pudiera darle sobre Hallowed Ground. Cuando terminó de comer, Dora se lo llevó a ver unos gatitos que acababan de nacer al garaje.

– No se preocupe, lo cuidaré bien – le dijo el ama de llaves a Regina.

– Lo sé – respondió Regina.

– Se pondrá bien, ya lo verá. Si este niño se queda por aquí, en menos que canta un gallo, lo tendrá corriendo y jugando.

Regina tuvo que hacer un esfuerzo por retener la sonrisa. Stephan no se quedaría lo suficiente como para correr por aquella casa y los jardines. No había nada para ellos dos en Hallowed Ground.

Un rato después, oyó que se cerraba la puerta principal y pensó que podría ser que el médico ya se marchaba. Se levantó de la mesa de la cocina y fue a buscar al señor Crompton para preguntarle qué tal estaba Kane. Cuando pasaba por el salón, vio al anciano por la ventana, hablando con su amigo el médico. Parecía que, fuera cual

fuera su tema de conversación, les llevaría un rato, así que Regina se apartó de la ventana y recorrió el pasillo hacia la habitación donde el doctor Watkins había atendido a Kane.

Kane estaba solo y dormido. Estaba muy quieto, salvo por su pecho que se elevaba y bajaba con la respiración. El vendaje blanco que tenía alrededor del estómago contrastaba con el bronceado de su piel. De su rostro había desaparecido la horrible palidez que había adquirido durante el viaje. Tenía la mandíbula firme, cubierta por una sutil sombra de barba, y el pelo negro y crespo contra la almohada.

No era, y nunca sería, una persona fácil de conocer, pensó Regina mientras se sentaba cuidadosamente junto a él en la cama. Era tan vital y contenido, al mismo tiempo... incluso dormido. Nadie podría sortear su guardia a menos que él lo permitiera, y era improbable que aquello sucediera. Su certeza sobre la verdad y la justicia era formidable, inflexible. Era dudoso que pudiera entender, y mucho menos perdonar, las necesidades, conflictos y creencias que habían llevado a Regina a aquella situación. Sin embargo, ella aplaudía el hecho de que Kane tuviera tan fuertes convicciones, aunque aquello significara que nunca fueran a estar de acuerdo, que no pudieran estar juntos.

Ella tenía que irse. No podía quedarse en Hallowed Ground, no podía abusar más de la hospitalidad de aquella gente a la que había intentado hacer daño. No tenía derecho a esperar consideración ni a aprovecharse del hecho de que se la hubieran ofrecido pese a sus transgresiones.

A ella le encantaría quedarse. Le encantaría abandonarse al confort y el cariño, convertirse en parte de la familia de Kane y disfrutar de su calidez. Deseaba ser uno de ellos, tanto por ella como por su hijo. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

Pero no iba a suceder. Ella estaba sola, y ya era hora de que se diera cuenta, de que lo aceptara. Debería empezar a aceptarlo en aquel mismo momento.

Sin embargo, no podía marcharse. Todavía no. Así que se quedó observando a aquel hombre, pensando en todo lo que él había hecho. Su protección, su afecto, su cortesía. Le había regalado el amor, y le había devuelto a su hijo.

Sintió la necesidad imperiosa de tocarlo, y le pasó la mano, delicadamente, por la frente, por las mejillas y por los labios. Eran increíblemente cálidos y suaves. Recorrió los contornos de su boca con los dedos.

Él no se movió. Su respiración no se alteró. Ella contuvo el aliento, se inclinó hacia él y lo besó.

Durante un instante, se perdió en sensaciones y recuerdos agrisados, teñidos de arrepentimiento.

Al pensar en todo lo que había perdido, se le cayó una lágrima que le recorrió la mejilla. Levantó la cabeza y se la secó con un dedo. Después se puso en pie y se volvió para salir.

Lewis Crompton estaba en la puerta, observándola. Tenía la preocupación reflejada en el rostro, pero había compasión en sus ojos.

—Sólo estaba... comprobando que se encontraba bien —dijo Regina, mientras se ruborizaba.

—Sí —respondió el abuelo de Kane, y carraspeó para aclararse la voz —. Se pondrá bien. Tom... es decir, el doctor Watkins dice que sólo necesita descansar. Kane querrá levantarse cuanto antes. Tiene cosas que hacer, y querrá ocuparse de ellas en cuanto se despierte.

—Estoy segura de que tiene razón —respondió Regina—. Y usted debe de estar cansado, sobre todo, después de su accidente. Yo podría cuidar a Kane, si quiere volver a la cama.

—No, no, estoy bien. Nunca me gustó guardar reposo en cama. De todas formas, no creo que Kane necesite que lo cuiden mucho, salvo comprobar que no le suba la fiebre.

Ella asintió. Pops estaba cuidando de Kane igual que Kane cuidaba de Pops. Para llenar el silencio embarazoso que siguió, Regina preguntó:

—¿Dónde está Luke?

—Se marchó a casa en cuanto supo que Kane estaba bien.

—Yo también debería irme —dijo ella, y añadió con un nudo en el estómago—: Supongo que usted pensará que soy una fresca, viniendo aquí a pesar de todo.

—¿Y por qué iba a pensar eso?

—Después de todo lo que he hecho —dijo ella con las mejillas ardiendo.

—Me temo que no sé mucho. Mi nieto y yo tenemos una relación muy cercana, pero no nos mantenemos informados de nuestras vidas personales.

Ella lo miró fijamente.

—¿Quiere decir que él no le ha contado nada?

—No.

Regina se arrepintió de haberlo mencionado, pero ya no le quedaba más remedio que explicarse.

—Yo... vine aquí valiéndome de un engaño.

—¿No eres tasadora de joyas? —preguntó él, con las cejas blancas formando un arco perfecto, y con una vaga sonrisa en los labios.

—Bueno, sí...

—¿No tenías la intención de hacer una oferta por la colección de mi mujer, o por ponerme en contacto con algún comprador?

—Claro que sí, pero...

—Entonces, ¿cuál es el engaño?

Ella sacudió la cabeza con impotencia.

—Todo lo demás. Me avergüenzo de haberle mentado, de todo lo que he hecho.

Pasaron unos instantes eternos antes de que él respondiera. Su mirada penetrante escrutó el rostro de Regina. Después, dijo:

– Viniste anoche, bueno, en realidad, esta mañana, cuando no tenías por qué hacerlo. ¿Por qué?

– No podía dejar a Kane – dijo ella, frunciendo el ceño –. Quiero decir... le habían disparado por mi culpa, y había perdido mucha sangre. Lo menos que podía hacer era asegurarme de que estaba bien.

– En otras palabras, te importa tanto como al resto de nosotros.

– Supongo que sí. Me asusté mucho al ver que estaba herido, no podía soportar lo que había hecho, lo que le había pedido. Aunque no importa mucho lo que yo sienta. Lo mejor será que me marche. Si está seguro de que no hay nada en lo que pueda ayudar, entonces Stephan y yo nos marcharemos. Es decir, si alguien pudiera acercarnos al motel.

– No estoy seguro de que a Kane le haga mucha gracia enterarse de que te has marchado cuando se despierte.

– O es posible de que se alegre de haberme perdido de vista. Yo ya me he impuesto a su nieto, y a usted, durante suficiente tiempo.

– Yo no he oído que Kane se quejara. De veras, no lo he oído.

– Es usted un hombre bueno – dijo ella con un nudo en la garganta –. Pero, de veras, tengo que irme.

– No voy a intentar disuadirte, si crees que eso es lo correcto, pero tengo algo que decirte. Es posible que Kane necesite a alguien como tú. Si fuera supersticioso, pensaría que te han enviado los poderes del más allá, para impedir que siga estando tan seguro de que lo sabe todo.

– Kane tiene convicciones firmes, y yo no creo que esté a la altura. Stephan y yo estaremos mejor solos, de veras. Además, tengo que alquilar un coche, y comprar ropa para mi hijo. Y para mí. En realidad, yo me he dejado todas mis cosas en Nueva York, y...

Él asintió lentamente.

– Está bien. Al menos, podré ayudarte a resolver parte de tus problemas. Voy por las llaves de mi coche.

No fue fácil convencer al señor Crompton de que debía dejarlos, a Stephan y a ella, en el motel, después de hacer las compras. Para cuando había terminado de guardarlo todo y de organizar la habitación, estaba exhausta.

Stephan y ella cenaron una pizza mientras veían una película de Disney en la televisión. Después, ella vio el telediario, mientras Stephan se lavaba los dientes y se ponía el pijama. Regina le leyó una historia, le dio un abrazo y un beso y apagó la luz.

Ella se acostó también, pensativa. En las noticias había visto una entrevista a Melville Brown, el socio del bufete de Kane. El reportero le había puesto el micrófono delante

de la cara y le había pedido su opinión sobre los rumores de que aquel caso iba a ser enfocado desde el punto de vista racial: una funeraria anticuada, con un propietario anclado en las viejas tradiciones del Sur y en los prejuicios, contra una empresa progresista del Norte, que daba tratamiento preferencial a los negros.

El abogado le había respondido competentemente. Había dicho que su cliente, el señor Crompton, no tenía ningún interés en perpetuar los estereotipos, sino que estaba seguro de que ganaría el caso por sus propios méritos. El asunto, declaró Melville, era la salud financiera y el bienestar de los clientes de los servicios funerarios. Cuando se presentara en aquellos términos, el jurado haría caso omiso de los intentos del demandado por tergiversar las cosas, y sus miembros votarían de acuerdo con el sentido común y con la conciencia. El periodista, al terminar el reportaje, había arrojado dudas sobre aquella idea, y había acabado con una imagen de la Crompton's Funeral Home al fondo, y con el comentario de que todo el país estaría pendiente de Baton Rouge y del pequeño pueblo de Turn-Coupe, para ver en qué terminaba aquel juicio de intereses.

Regina se quedó despierta, en la oscuridad, pensando en aquel reportaje. Nunca se le había ocurrido pensar que aquel caso pudiera tener relevancia nacional. Aquello hacía mucho más necesario que Kane y Melville ganaran el juicio.

No podía soportar la idea de que Gervis derrotara a un hombre como Lewis Crompton, detestaba el hecho de que él pudiera ir a Turn-Coupe y construir un horrible edificio de servicios funerarios y después cobrara a los granjeros y a los demás trabajadores del pueblo tres veces más del precio normal por un entierro para llenarse los bolsillos.

Tenía que hacer algo para detenerlo.

Ella conocía todos los trucos sucios y los tratos poco claros que Gervis había hecho durante todos aquellos años, y tenía que destaparlos.

Había pensado que debía ofrecer sus conocimientos sobre la organización de Gervis Berry como agradecimiento por lo que Kane había hecho por ella. Sin embargo, no era necesario. Lo haría simplemente porque aquello era lo correcto.

O quizá, sí hubiera otra razón. Les debía algo a Kane y a su abuelo, a Luke y a todos los demás. Habían hecho mucho por ella, y ya había llegado el momento de pagárselo.

Los Benedict no eran los únicos que pagaban sus deudas.

Capítulo 19

La sala del juicio estaba abarrotada. Todos los asientos estaban ocupados, y había más gente fuera, en el vestíbulo. Aquella situación se había repetido desde que había comenzado el juicio, una semana antes.

Bastantes de los asistentes eran Benedict o conocidos de la familia, que habían ido hasta Baton Rouge. Todos los amigos y vecinos del señor Crompton estaban allí, apoyándolo contra la gran empresa que quería echarlo del negocio. Luke y la señorita Elise, como era lógico, tenían sitios preferentes justo detrás de la mesa del demandante, donde estaban sentados Melville y el señor Crompton. April Halstead y Dora estaban sentadas un poco más atrás, cerca del doctor Watkins. Aquellos que rodeaban a Regina, que estaban relacionados con la familia, aunque no tanto, movían la cabeza en todas direcciones y murmuraban entre ellos, mencionando los nombres de los participantes, sobre todo el de Kane. Regina escuchaba atentamente, agradecida por la distracción y por la información que obtenía de los retazos de aquellas conversaciones, que le ayudaban a completar la imagen que tenía de un hombre tan importante para ella. También disfrutaba de los comentarios interminables sobre los matrimonios de la familia, los divorcios, los nacimientos, las muertes y las comparaciones entre la riqueza de uno u otro miembro. Le permitía fingir ante sí misma, al menos durante aquellos momentos, que formaba parte de todo aquel entramado.

Finalmente, quien la ayudó fue Betsy North. Se sentó con ella en el banco del fondo de la sala que Regina había elegido, junto a Stephan. La prima de Kane le hizo comentarios sobre todo el mundo, y le presentó a mucha gente, dando su nombre con una facilidad y una despreocupación que no parecía nada extraño que ella estuviera en el juzgado. Regina casi podía creer que nadie la relacionaba con Gervis Berry.

El propio Gervis, cuando apareció en la sala, parecía ajeno a todo aquello. Entró con su aire fanfarrón, rodeado de su equipo de abogados, con su carísimo traje de diseñador italiano. Parecía que todo aquello no era más que una pérdida de tiempo para él, y que estaba impaciente por terminar.

Un momento más tarde, Betsy se inclinó hacia ella.

—Oh, mira, hoy ha venido Kane —le dijo, muy emocionada—. Al verlo, nadie podría decir que tiene un agujero en el costado.

Regina siguió la mirada de Betsy. Kane estaba abriéndose paso entre la multitud, estrechando manos, sonriendo, asintiendo, bromeando mientras avanzaba. Tenía buen aspecto y se le veía relajado en su terreno, sin sombra de tensión en el rostro.

—¿Es él? ¿Es el hombre que vino a rescatarme? —preguntó Stephan, con un respeto reverencial. Se levantó del asiento y se puso de puntillas para ver mejor a Kane.

La voz de Regina sonó ronca al confirmárselo. Su hijo había convertido en un héroe al hombre que lo había rescatado de Michael y de la enfermera. Y la culpa era, en parte, de Betsy, que le había contado a Stephan todo tipo de historias fantásticas

sobre Kane. De todas formas, Regina no había hecho nada para detenerla. Parecía que su hijo necesitaba un modelo masculino justo en aquel momento, y a ella no se le ocurría un hombre mejor.

– A lo mejor puedo ir a darle las gracias – dijo Stephan, con los ojos brillantes de impaciencia.

– Oh, no sé... – dijo Regina, preocupada, mientras le acariciaba la cabeza a su hijo –. Está muy ocupado.

Betsy la miró con asombro.

– Oh, no tanto como para no tener tiempo para un niño. De verdad, parece que no conoces a Kane.

– Sí, bueno... pero ahora no es buen momento – respondió ella evasivamente. No era que pensara que Kane fuera a desdeñar a Stephan. Era más que ella misma no tenía ganas de enfrentarse a él, y mucho menos en un lugar público.

Como si se hubiera sentido atraído por su atención, Kane volvió la cabeza hacia donde estaban ellos. Su mirada fue intensa e impenetrable. Regina tragó saliva y apartó la vista. No se atrevió a mirar de nuevo hacia él hasta que el juez hubo subido a su estrado y comenzaron las formalidades.

Melville llamó a su primer testigo de aquel día. Era un trabajador de una funeraria de Misisipi. Su testimonio ilustró el hecho de que, a menudo, la empresa de Gervis no proporcionaba los servicios ni el mismo ataúd que aparecían en los folletos que se enviaban a los clientes. Aquél había sido un asunto muy discutido el día anterior, y no hubo mucha diferencia aquel día. El debate legal y sus trámites en cuanto a aquel punto de la demanda, sin embargo, llegaron a su fin, y el testigo bajó del estrado.

El siguiente testigo fue el señor Crompton.

Melville repasó con Lewis una breve historia de la familia propietaria de Crompton's Funeral Home, y después le hizo unas cuantas preguntas para describir su compromiso con un servicio de calidad y unos precios razonables. El abuelo de Kane estaba relajado, hablaba con su rica voz de barítono en un tono que no era ni defensivo ni agresivo, sino calmado, mesurado.

Melville le preguntó cuál había sido la razón por la que había demandado a Berry Association, Inc.

– Presenté la demanda por una razón: por que ellos estaban intentando echarme del negocio.

– ¿Y qué le llevó a esa conclusión?

– Tengo pruebas de que estaban bajando los precios en competencia desleal.

– ¿Y cómo pueden permitírselo?

– Ellos realizan compras de gran magnitud. Una empresa funeraria consolidada como Berry Association, Inc. puede comprar los ataúdes y otros productos a muy bajo precio.

—¿Y no tienen derecho, en su opinión, a comprar productos a bajo precio para poder venderlos baratos?

—Oh, claro que sí —convino el señor Crompton—. Si eso fuera su objetivo final. Pero no lo es. Berry Association, Inc. baja mucho los precios al principio, para deshacerse de sus competidores en el mercado. Concentran su atención en una región determinada, se hacen con ella y después, cuando tienen el monopolio, de repente suben los precios. Cuando todo ha terminado, el coste de un funeral y de un entierro es casi un cincuenta por ciento más caro de lo que era al principio, y ya no se puede hacer nada.

—¿Y esto ocurre sólo en Luisiana?

—No, señor, no —respondió el señor Crompton, sacudiendo la cabeza—. Ocurre en todo el país. Cada día, hay más y más pequeñas funerarias que son absorbidas por las grandes empresas del sector. El servicio y la preocupación personal del luto de una comunidad se olvidan cuando una gran empresa entra en el juego. Lo que toma relevancia son los beneficios, la rentabilidad.

—Entonces, ¿a usted le preocupa proteger a sus clientes? —preguntó Melville.

—Al principio, ésa era mi intención. Y sigue siéndolo, aunque también tengo que admitir que se ha convertido en un asunto un poco más personal. De hecho, se podría decir que se ha convertido en una guerra privada entre Berry y yo.

—¿Y cuál es el motivo?

—No me gustan sus métodos —respondió el señor Crompton, lanzándole a Gervis una mirada de desafío.

—¿Ha sufrido usted daños personales?

—Ciertamente. Y he recibido otras amenazas, y heridas de otro tipo, también —dijo. Miró a Kane, y después dirigió la vista hacia el final de la sala, donde se encontraba Regina.

La defensa protestó contra aquel comentario, y la protesta fue aceptada. Melville abandonó satisfecho aquella línea de interrogatorio. Después de unas cuantas preguntas más, llegó el turno de los abogados del demandado.

—Bien, señor Crompton —dijo el abogado principal de Gervis con una sonrisa de superioridad—. Tengo entendido que usted se ha estado encargando de proporcionar servicios funerarios a esta comunidad durante muchos años. ¿Es eso correcto?

—Sí —respondió el señor Lewis, alerta, pero seguro de sí mismo.

—Por lo tanto, ha tenido usted conocimiento, a lo largo de esos años, de muchos secretos de familia. ¿Cierto?

—Podría decirse que sí.

—¿Considera que es usted un depositario fiable de todos esos secretos.

—Sí, creo que sí.

—De hecho, se sabe que usted ha cumplido algunos compromisos irregulares con los clientes, de vez en cuando. ¿Es cierto? —preguntó el abogado de Nueva York, que se dio la vuelta y se alejó lentamente mientras hablaba.

El señor Crompton frunció el ceño.

—No entiendo bien qué está intentando decir.

—Entonces, lo diré claramente, señor Crompton —dijo el abogado con una sonrisa—. ¿Alguna vez ha enterrado a alguien en un lugar en el que no le correspondía? ¿A una dama que se lo pidió, en concreto?

Aquella pregunta causó más revuelo que las anteriores en la sala. Por los comentarios que oyó, Regina creyó entender que a la gente no le interesaba tanto el hecho de que el señor Crompton hubiera hecho aquel favor alguien, sino a quién le había hecho aquel favor.

Lewis inclinó la cabeza hacia un lado y esperó a que el juez impusiera el orden en la sala. Cuando la gente quedó de nuevo en silencio, respondió con ambigüedad:

—Eso depende de qué entienda usted como el lugar que no le correspondía.

—¿Enterró usted un ataúd vacío en el monumento funerario que el marido de la finada había comprado para su esposa, y después, en mitad de la noche, enterró a esa mujer al lado de otro hombre?

—Oh, se refiere a eso —dijo el señor Lewis, con su acento sureño más marcado. Después, sonriendo cordialmente, se apoyó en el respaldo de la silla y entrelazó las manos sobre el estómago—. En ese caso, supongo que tendré que responder que sí.

El murmullo de la sala se hizo más intenso. Regina, que había llegado a conocer muy bien al señor Crompton, lo miró con cautela. Sin embargo, no parecía que el abogado de Gervis albergara ninguna duda, porque se cebó en aquella admisión de culpabilidad.

—¿Y no le parece una conducta despreciable, una violación clara de su tan cacareada ética?

—No, no me lo parece —dijo el señor Crompton, después de reflexionar durante unos segundos—. No cobré por ese encargo, ¿sabe? Y ya que no era del conocimiento público hasta este momento, no veo que haya hecho daño a nadie.

—¿No le parece una flagrante traición hacia el marido que pagó por ese entierro, un hombre que había esperado descansar durante toda la eternidad con su esposa?

—Bien —dijo Lewis, calmadamente—, ahí está el quid de la cuestión.

El abogado suspiró.

—¿Y cuál es?

—No lo era.

—¿No era qué?

—Su esposa —respondió el señor Crompton, con una sonrisa paciente.

—Esto es una ridiculez. Ya hemos aclarado el hecho de que la mujer que murió estaba casada con el hombre en cuestión.

—Bueno, sí —reconoció el señor Crompton, y después se volvió a mirar al juez—. Quizá pudiera contarles la historia de lo que ocurrió, señoría, para que todo el mundo lo comprendiera mejor...

—Eso no será necesario —dijo el abogado de Gervis con severidad—. Lo que queremos saber es por qué no enterró a la mujer en el lugar que le correspondía.

—Quería decirle que ella no era sólo una clienta —se quejó el señor Crompton, y miró de nuevo al juez—. ¿Señoría?

—Proceda.

El señor Lewis asintió agradecidamente, pero no hizo ningún gesto de triunfalismo.

—Bien, todo empezó en el último año de la gran depresión. Una chica se fugó con el chico malo del pueblo. Los familiares de la muchacha los persiguieron, y los alcanzaron en Arkansas. El padre y los dos hermanos de la chica estaban muy enfadados con lo que había sucedido. Le dieron una paliza al chico y lo dejaron medio muerto en una cuneta, y trajeron a la muchacha de vuelta a casa. Al chico lo encontró un vagabundo, lo recogió de la cuneta y lo curó. Lo subió al primer tren que pasaba. El chico recuperó la consciencia semanas después, y estaban en California. El escribió a la muchacha enseguida, pero no obtuvo respuesta.

—Si esta conmovedora historia tiene un final, le ruego que vaya directamente al grano —intervino el abogado.

El señor Crompton asintió.

—Espere un momento, hijo. Ya estoy llegando. Así que el muchacho y el vagabundo siguieron tomando trenes, yendo de un sitio a otro, trabajando un poco aquí, un poco allá. Después llegó la Segunda Guerra Mundial, y el chico se alistó. Estaba intentando sobreponerse a la pena de haber perdido a la única mujer a la que había querido, y no le importaba vivir o morir, así que se convirtió en un héroe con medallas y todo. Cuando terminó la guerra, comenzó a trabajar en las explotaciones petrolíferas. Trabajó mucho, y corrió riesgos, y finalmente, se hizo millonario antes de los cuarenta años. Aquello estaba muy bien, pero no podía olvidar a la muchacha, así que volvió a Turn-Coupe con todo su dinero. Sin embargo, la chica se había convertido en una mujer, se había casado y había tenido una preciosa hija que ya era una adolescente en aquel momento. Resultó que a ella le habían dicho que nuestro héroe había muerto en Arkansas, y ella, después de llorar mucho, había tenido que seguir con su vida.

El señor Crompton hizo una pausa y fijó la vista más allá de la sala, con una mirada melancólica. La multitud estaba silenciosa, esperando. Después de un momento, continuó.

—Pero este chico malo que se había convertido en millonario tenía un secreto. Sabía que la mujer y él se habían fugado para casarse, y aquel matrimonio nunca se había disuelto legalmente. Aquello convertía a la mujer en bigama, y a su hija en ilegítima. Él podría causar un escándalo y destrozarle la vida a la mujer, a su marido y a su

hija. Él luchó mucho consigo mismo, pero finalmente decidió dejar las cosas como estaban. No se casó jamás, y terminó muriendo de un ataque al corazón unos años más tarde. Parece que no es cierto que una persona pueda morir con el corazón roto de dolor, pero es cierto. Algunos mueren así.

—Señor Crompton —dijo el abogado de la defensa, en tono de hastío—, si pudiera darnos alguna pista de qué tiene esto que ver con el entierro...

—Estoy a punto de hacerlo —respondió Lewis—. La mujer a la que amaba el millonario sabía, por supuesto, cómo eran las cosas, cómo habían sido. Había tenido la tentación de fugarse con el hombre después de que él volviera al pueblo por ella, pero era una mujer buena y honorable. Ella respetó los votos matrimoniales que había hecho por error, y amó cuanto pudo al hombre con el que se había casado la segunda vez. De todas formas, siempre hubo un vacío en su vida. Cuando ella supo que estaba muriendo de cáncer, vino y me pidió que la enterrara junto al hombre que era su marido en realidad. A mí me pareció bien, y lo hice. Y si eso está mal, lo siento, pero volvería a hacerlo.

—¿Le está pidiendo al tribunal que crea que falsificó archivos oficiales y que arriesgó su reputación por mera comprensión?

—Se podría decir así —dijo Lewis con una expresión grave—. Y lo que es más, no me parece bien que usted lo haya hecho público, de modo que todo el sacrificio que hicieron esas dos personas por comportarse honorablemente no haya servido de nada.

—Una actitud muy noble —replicó el abogado—, pero si espera que nos creamos ese cuento fantástico, creo que debería decirnos el nombre de esa dama tan virtuosa cuyo último deseo cumplió usted.

Lewis no dijo nada. Se quedó inmóvil, con los labios apretados, mirando al frente. La gente comenzó a murmurar de nuevo.

—Vamos, vamos, señor Crompton, estamos esperando. ¿Cómo se llamaba esa mujer? Entonces, Lewis suspiró.

—Esa dama era mi mujer.

La sala se convirtió en el caos más absoluto. La mayoría de la gente expresaba su ira porque la defensa hubiera obligado al señor Lewis a exponer sus secretos familiares. La gente de Turn-Coupe que había ido hasta Baton Rouge a presenciar el juicio se sentía ultrajada por la actitud condescendiente del abogado para con uno de sus vecinos, y por la manera en que había manejado un escándalo privado de la comunidad.

Regina estaba sufriendo por el oprobio que el señor Crompton se había visto obligado a soportar.

Gervis, atrapado en la red de sus técnicas sensacionalistas, estaba susurrando furiosamente a su equipo de abogados caros. El hecho de que aquella bajeza se hubiera vuelto contra él le proporcionó a Regina una sensación de júbilo. Así era como se disfrutaba de la justicia, pensó. Nunca se lo habría imaginado.

Rápidamente, se restableció el orden. La defensa, temporalmente desorganizada, o quizá atemorizada ante la perspectiva de nuevas revelaciones, permitió que el señor Crompton bajara del estrado. Él caminó con dignidad y se sentó de nuevo en la mesa del demandante, junto a su nieto.

Hubo una breve conversación entre el señor Crompton, Kane y Melville. Entonces, Kane se puso en pie.

—En esta ocasión —dijo—, el demandante llama al estrado a la señorita Regina Dalton.

Capítulo 20

Se suponía que aquello no tenía que suceder. Regina no había accedido a testificar. Le había dicho a Melville todo lo que sabía acerca de las prácticas indecentes de Gervis y le había dado un disquete que había sacado de su despacho cuando habían ido a rescatar a Stephan a Nueva York. En aquel disquete había información, cartas privadas y archivos que demostraban todo lo que ella había dicho.

Y con aquello había cumplido, supuestamente. Había otros testigos que, guiados por Melville, podrían atar cabos en el caso tan bien como ella.

La sorpresa por aquel súbito cambio de planes la dejó paralizada. Sólo reaccionó cuando Betsy le dio un codazo en las costillas y le hizo un gesto con la cabeza hacia delante. Regina se levantó y caminó hacia el estrado. Al pasar junto a la mesa donde estaba sentado Gervis, notó su mirada venenosa clavada en la espalda.

Sin embargo, lo que más la inquietó fue la mirada de Kane cuando ella se sentó en el estrado y juró con la mano sobre la Biblia. Sus ojos despedían toda la frialdad de un verdugo.

— ¿Es usted la señorita Regina Dalton, residente en Nueva York?

— Sí — respondió ella, con la voz apagada, al mismo tiempo que agarraba entre los dedos su colgante de coral. Sin embargo, ni siquiera aquel gesto pudo reconfortarla, y soltó el talismán.

— Hasta hace poco, usted vivía con el demandado, Gervis Berry, en la siguiente dirección — le dijo, y recitó el nombre y el número de la calle del apartamento—. ¿Cierto?

— Sí.

— ¿Vivía alguien más con ustedes?

Ella asintió con rigidez y dio el nombre de Michael y su ocupación. Después, añadió:

— También vivía allí mi hijo, cuando no estaba en el colegio.

— Su hijo. ¿Está en esta sala hoy?

— Sí.

— Por favor, señálelo.

Regina hizo lo que Kane le pedía, aunque le temblaban las manos. Y parecía que a Stephan tampoco le gustaba ser blanco de todas las miradas, porque estaba hundido en su asiento, muy pálido, mirándose los pies, mientras Betsy le rodeaba los hombros con el brazo en un gesto protector.

— Dice que su hijo estaba en el colegio cuando no estaba con usted. ¿Podría decirnos el nombre de ese colegio?

Regina lo hizo, aunque no sabía qué podría tener que ver aquel dato con el caso. Los abogados de Gervis tampoco debían saberlo, porque exigieron que se les dijera

adonde iban dirigidas aquellas preguntas. Después de una breve consulta ante el estrado, sin embargo, el juez decidió que Kane continuara.

—Usted dice que esto es un colegio —le preguntó a Regina—, pero yo no creo que eso sea correcto. De hecho, es una institución para niños problemáticos, ¿no es así?

—Mi hijo no es un niño problemático. Todo fue un error.

—Debo pedirle que se limite a contestar las preguntas que se le formulen. ¿Es o no es una institución?

—Sí —respondió ella, fulminándolo con la mirada. Sin embargo, Kane no se inmutó y siguió con su ataque.

—¿Fue idea suya, señorita Dalton, que su hijo viviera separado de usted?

—No.

—Entonces, la iniciativa la tomó otra persona. ¿Podría decirle al jurado quién lo arregló todo para internar a su hijo en esa institución?

Ella se lo dijo, y después respondió a varias preguntas que tenían como objetivo establecer su relación exacta con Gervis.

—Entonces, este hombre no tiene lazos de sangre con usted, ni tampoco con su hijo. ¿Es correcto?

—Sí.

—Aun así, él se tomó la prerrogativa de hacer que internaran a su hijo en un colegio muy parecido a un hospital psiquiátrico.

—Sí.

—Explique, por favor, cómo lo hizo.

Ella explicó tan brevemente como pudo lo que había hecho Gervis, porque pensaba que se le iba a quebrar la voz.

—Gervis Berry la manipuló para que usted permitiera que su hijo fuera apartado de sus cuidados. ¿Es ésa la razón por la que usted decidió traicionarlo?

—Yo no consideraría lo que he hecho como una traición —respondió ella, rápidamente—. Gervis perdió mi lealtad cuando apartó a mi hijo de mí por su propia conveniencia, y si no, cuando me envió aquí a espiar para él.

—¿Espió usted para él? —la pregunta fue formulada con tanta prontitud que ella supo con seguridad que su respuesta había sido exactamente la que él esperaba.

—Sí —admitió ella con una sonrisa amarga—. Al menos, lo intenté, aunque no lo hice muy bien.

—Creo que eso es discutible. Usted llegó a Turn-Coupe sin preparación, nada aparte de una recomendación profesional, y se abrió camino a muchos lugares y entre muchos... corazones —respondió él. Y después de la más breve de las pausas, inquirió—: ¿Tuvo usted algo que ver en el accidente que sufrió el señor Crompton?

—¡No! ¡Yo nunca haría semejante cosa! —respondió ella, asombrada y dolida por que

él pudiera sugerirlo. ¿Acaso Kane iba a ponerla en la picota por todo lo que había sucedido, incluyendo el intento de asesinato hacia su abuelo?

– Entonces, ¿quién fue el responsable?

– Fue Slater. Dudley Slater. Él admitió que...

– ¿Quién es Slater?

– Un hombre al que contrató Gervis.

– Explique con exactitud la naturaleza de ese contrato, tal y como usted lo conoce.

Ella lo intentó, aunque no fue fácil. Kane fue implacable en su persecución de los detalles, lanzándole una pregunta tras otra con tanta rapidez que ella no tenía tiempo de pensar, no tenía espacio para las dudas o las verdades a medias. Los abogados de Gervis, que no estaban preparados para aquella línea de interrogatorio, hablaban con las cabezas juntas. En alguna ocasión, emergieron de sus consejos para hacer alguna protesta, sobre todo con respecto a aquello relacionado con el conocimiento de Regina de las prácticas de negocios y de contabilidad de Berry Association, Inc. Sin embargo, sus protestas fueron rechazadas con frecuencia. E, incluso cuando eran aceptadas, Kane se limitaba a formular la pregunta de otro modo y continuaba.

Estaba claro que él quería exactamente lo que exigía el juramento que ella había prestado: la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Cuando Regina se dio cuenta de lo que significaba aquello, presintió adonde se dirigía Kane, y la angustia le oprimió la garganta. No. No podía hacer aquello. No sería capaz de exponer ante todo el mundo lo que se habían hecho el uno al otro, todas las cosas que habían hecho. Era imposible.

– Bien, señorita Dalton, es posible que sea inocente de querer causar daños físicos, pero ¿no es cierto que usó su profesión de tasadora de joyas antiguas para ganarse la confianza del señor Crompton, y que lo hizo para reunir información que pudiera manchar su reputación?

– Sí – dijo ella con los dientes apretados.

– Y lo hizo siguiendo instrucciones del señor Berry.

– Eso es lo que él dijo que quería que hiciera, sí.

– ¿Y funcionó?

– No.

– ¿Porqué no?

– El señor Crompton cambió de opinión en cuanto a vender su colección de joyas – respondió Regina, y añadió con ironía – : Creo que lo hizo siguiendo instrucciones de su abogado.

– Entonces, ¿qué hizo usted?

– Le dije a Gervis lo que había ocurrido. Por otra parte, parece que alguien, seguramente Slater, le informó de que era posible que el nieto del señor Crompton estuviera interesado en mí. Así que recibí la orden de concentrarme en él.

En la sala hubo un murmullo de comentarios. Kane levantó la voz para que se le oyera por encima del ruido de las conversaciones.

—Entonces, ¿le ordenaron que se concentrara en el nieto, en vez de en el señor Crompton?

—Sí —respondió ella, con la voz ronca.

—¿Y lo hizo usted?

—Sí. Lo hice.

—¿Con qué resultado?

¿Realmente quería Kane que ella explicara lo que había ocurrido?

—Nuestra relación se hizo más... cercana.

—Usted intentó sacarle información.

—Lo intenté.

—¿Y tuvo éxito?

—Creo que él desconfiaba. He acabado por pensar que él... tenía sus propias razones para pasar tiempo conmigo.

—¿Ya pesar de todo, usted continuó su relación con él?

—Sí.

—¿Porqué?

Al hacer aquella última pregunta, su voz estaba teñida de hostilidad. Dolida, ella respondió de la misma manera.

—¡Porque no tenía más remedio!

—¿De veras? Me resulta difícil de creer, señorita Dalton. Uno siempre puede elegir si obrará bien o mal.

—¡No cuando está en juego el bienestar de un niño!

—¿El bienestar de un niño? ¿El de su hijo?

—Sí, el de mi hijo —respondió ella.

—¿Su hijo, Stephan Berry, que estaba con Gervis Berry en Nueva York mientras usted estaba ocupada en Turn-Coupe?

—Sí.

—¿Y por qué estaba su hijo involucrado en todo esto?

—Por favor —le rogó ella, con los ojos llenos de lágrimas—. No puedo...

Kane no se ablandó.

—Responda a la pregunta.

Ella miró a Stephan y vio, borrosamente, que él tenía el ceño fruncido. Regina creyó que él estaba disgustado por la forma en que ella estaba siendo tratada, y no tanto por lo que se estaba diciendo, aunque no podía estar segura de ninguna manera.

Desesperada, buscó palabras para explicarse que no significaran nada para él, pero que fueran inteligibles para el jurado.

—Gervis me dijo que le explicaría a mi hijo con todos los detalles el... el ataque criminal que yo sufrí nueve meses antes de su nacimiento y que lo causó. Es decir...

—Que él la estaba amenazando con destruir el bienestar mental de su hijo.

—¡Protesto! —gritó el abogado jefe del equipo de Gervis.

—Sí —dijo ella, sintiendo un inmenso alivio por no verse forzada a explicar la humillación de su violación con palabras claras, aunque creyó, por el murmullo que había en la sala, que todo el mundo lo había entendido perfectamente. Durante un instante, casi sintió agradecimiento hacia Kane por el indulto que él le había concedido, pese a todo lo que había ocurrido antes.

Él dirigió la mirada al abogado que, al haber detectado de repente la naturaleza letal del interrogatorio hacia su cliente, estaba gritando legalidades para impedir que continuara. Con calma, Kane dijo:

—Retiro la pregunta.

El juez indicó entonces a Kane que podía continuar.

—Entonces, de acuerdo con su testimonio —le dijo a Regina—, usted estaba buscando información que a Gervis Berry le resultara valiosa y útil para ganar el juicio que se está celebrando contra él. Entonces, de repente, dejó Turn-Coupe y se marchó a Nueva York. ¿Por qué?

—El me lo ordenó.

—¿Y le dio alguna razón?

—Pensaba que yo no estaba siendo tan efectiva como podía.

—¿Y tenía razón?

—Supongo que sí.

—¿Y por qué?

—Me sentía inquieta por las tácticas que él estaba usando, sobre todo los métodos de los que se valía Dudley Slater. Y también había empezado a... a encariñarme con el señor Crompton. Me sentía avergonzada de lo que había estado haciéndole.

—Pero usted no se quedó en Nueva York. De hecho, volvió a Turn-Coupe a las cuarenta y ocho horas. ¿Por qué?

—Necesitaba ayuda. Creí que podría intercambiar información sobre Berry Association, Inc. por ayuda para liberar a mi hijo del control de Gervis.

—¿Y se llevó a cabo ese intercambio?

—En cierto modo, sí. A mí me ayudaron a sacar a Stephan de Nueva York y a traerlo a Luisiana.

—Después de lo cual, pese a que usted estaba agotada, pasó horas junto al hombre que resultó herido en el transcurso de ese rescate. ¿Por qué lo hizo?

— Por gratitud — respondió Regina, sin mirar a Kane.

— ¿Y eso es todo? Recuerde que está bajo juramento.

Ella se dio cuenta de lo que él quería. Era sencillo. No iba a quedarse satisfecho a menos que consiguiera una confesión total.

Bien. El juicio terminaría pronto, y ella se iría. ¿Qué le importaría todo aquello entonces?

Se podía decir que ella se lo debía. Kane había salvado a Stephan y había recibido un balazo. Había anulado la amenaza de Gervis. Incluso había impedido que Slater la atacara en el motel. Cuando ella lo había necesitado, él había estado allí, le había dado más de lo que había tomado. Si quería un reconocimiento público, lo tendría.

De hecho, iba a conseguir más de lo que quería.

— ¿Y bien? — insistió él.

— No — respondió Regina —. Eso no es todo.

— ¿Qué más?

— Me enamoré.

— ¿De quién? — preguntó él, mientras la gente murmuraba —. ¿De quién se enamoró?

Ella esbozó una media sonrisa.

— Del nieto de Lewis Crompton, Kane Benedict. Me enamoré de ti y nunca querré a otro hombre de la misma forma en toda mi vida.

Durante un instante, los ojos de Kane ardieron, pero después bajó los párpados y borró de su cara toda expresión. Sin hacer caso de la marea de conjeturas que arreció a su alrededor, miró al juez y, con firmeza, dijo:

— No tengo más preguntas.

Se dio la vuelta y se alejó.

El veredicto fue dictado una semana después. Y fue a favor del demandante, Lewis Crompton.

Regina no estaba en la sala cuando se hizo público, pero se enteró por las noticias en su habitación del motel, donde se había retirado para protegerse de las miradas y de los susurros.

Después de escuchar por televisión las declaraciones de satisfacción de Melville, del portavoz del jurado y del señor Crompton, y las protestas del abogado jefe del equipo de Gervis, Regina apagó la televisión. No quería ver a Kane. No quería escuchar su voz. No podía aguantarlo.

No había tenido noticias suyas desde el día en que había salido del juzgado. Y no esperaba hablar con él ni volver a verlo nunca.

Si el juicio había terminado oficialmente, entonces ya podía marcharse. Regina saltó de la cama y comenzó a recoger las pocas posesiones de Stephan y las suyas, pese a las protestas de su hijo, que no quería marcharse de allí.

– A mí me gusta estar aquí.

– Eso es porque Betsy te ha estado mimando mucho.

– Me cae muy bien Betsy, pero no es sólo por eso – dijo el niño.

– Lo sé, hijo.

Regina sonrió ante la cabeza inclinada de su hijo, pensando en lo fácil que había sido para él también encariñarse con el Sur. Sin embargo, no tendrían oportunidad de apreciar todas las oportunidades que podría brindarles. Cuando antes lo asumieran ambos, mejor.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta. Era la propia Betsy.

– Hola, cariño – dijo alegremente, y después miró más allá para saludar a Stephan.

– Hola, peque. Siento molestarte, Regina, pero te ha llamado el señor Lewis. Me dijo que te pidiera que lo llamaras.

La llamada no había podido llegar a su habitación porque Regina había desconectado el teléfono después de recibir varias peticiones de reporteros para que accediera a hacer unas entrevistas sobre su aventura con Kane.

– Oh, no sé... – le dijo a Betsy –. Estaba...

– Te vas, ¿no? – le preguntó Betsy, mirando la maleta abierta que había sobre la cama –. Le he dicho al señor Crompton que podría ser que te estuvieras preparando para irte. Me dijo que quizá pudieras parar en su casa unos minutos a despedirte.

– Bueno, supongo que sí – respondió Regina. Era lo que menos le apetecía hacer, pero no tenía derecho a negárselo.

– Bien – dijo Betsy, y se dio la vuelta para marcharse –. Le diré que vas a ir.

Si no hubiera sido por aquello, era posible que Regina hubiera decidido no ir, después de todo. Sin embargo, tampoco le agradaba la idea de que el señor Crompton se quedara esperándola mientras ella se marchaba en la otra dirección, así que se dirigió a Hallowed Ground. Sólo cuando detuvo el coche frente a la mansión, se dio cuenta de que iba a perder mucho tiempo en aquella visita. Parecía que había empezado a pensar como una sureña, cuando ya era demasiado tarde.

El señor Crompton la recibió en el salón de su casa, y Dora se llevó a Stephan a la cocina para que se comiera una galleta de jengibre que acababa de sacar del horno especialmente para él.

– No puedo quedarme mucho tiempo – dijo Regina, mientras se sentaba en el sillón que el señor Crompton le había indicado.

– Lo sé, y siento muchísimo que nos dejes. Tenía la esperanza de que las cosas acabaran de otra manera. Pero de todas formas, quería darte un pequeño regalo como recuerdo y como muestra de mi agradecimiento antes de que te vayas.

Mientras hablaba, el anciano tomó una cajita de terciopelo de una de las mesillas y se la tendió. Ella no hizo ademán de tomarla.

– No tiene por qué sentirse agradecido conmigo.

—No estoy de acuerdo. Sin tu generosidad a la hora de compartir la información sobre las actividades de Berry, no sé si hubiera ganado la demanda con facilidad. Esta pieza significaba mucho para mi esposa, y estoy seguro de que a ella le encantaría que la tuviera alguien que sepa apreciar su valor. Por favor, acéptala.

El señor Crompton abrió la caja al mismo tiempo que se la entregaba. Regina la miró y se quedó boquiabierta. Era un colgante de granates Victoriano. Las piedras estaban engarzadas sobre un delicado trabajo de orfebrería que reproducía flores delicadas y medallones que rodeaban una cruz georgiana perfecta.

—Es maravilloso, precioso —dijo ella, mientras lo tocaba respetuosamente con la yema de un dedo—. Pero demasiado valioso como para que salga de su familia.

Él sonrió con ironía.

—En absoluto. Nadie se lo merece más que tú. Se dice que los granates, y seguro que tú ya lo sabías, representan la verdad, la constancia y la fe.

—Y usted piensa que yo estoy falta de esas cosas, por lo que veo —dijo Regina, sonrojándose.

—En absoluto —respondió él—. Yo creo que ya las tienes. Por Dios, ¿es que no tienes idea de lo que has hecho por esta familia? Has sacudido a mi nieto y lo has sacado de su ensimismamiento y de su cinismo, y le has hecho ver, a él y a su abuelo, que vivir con miedo de hacerse daño no es forma de vivir. Nos has enseñado que la verdad es un arma de dos filos, y que es posible aprender de ella más de lo que uno querría. Has impedido que una empresa pitón se tragara mi negocio, me has devuelto mi herencia y mi trabajo. Y eso es sólo el principio.

—Yo tenía mis razones, y eran unas razones egoístas —respondió Regina—. Además, yo no he hecho todas esas cosas sola.

—Todos tenemos nuestras razones, y espero que recuerdes eso la próxima vez que alguien necesite una segunda oportunidad...

Justo en aquel momento, Dora apareció en la puerta del salón con una bandeja de té en las manos. Su cara y su voz eran muy serias cuando dijo:

—Kane llega en este momento, señor Crompton.

Regina dio un gritito y se puso en pie.

—Tengo que irme. ¿Dónde está Stephan?

—Quédate, por favor. Kane y tú deberíais hablar.

—No lo creo. No queda nada que decir.

—Es posible que tú te sientas así, pero no creo que...

—¡No! —dijo ella, y salió corriendo hacia la puerta, preguntándose si podría escaparse antes de que Kane supiera que estaba allí.

—Creo que es demasiado tarde, querida. Tendrás que verlo. A menos que quieras esconderte hasta que se haya ido...

Ella titubeó y miró por la ventana. Más allá de las cortinas, vio a Kane saliendo de su coche. Asintió bruscamente y dijo:

– Si no le importa, eso sería perfecto.

– Entonces, entra aquí – dijo él, y le indicó la sala anexa. Después le dijo a Dora –: Llévate la bandeja del té, ¿quieres? Y haz que Stephan esté en silencio. Ah, y danos un segundo antes de abrir la puerta, por favor, Dora.

Regina no se detuvo a escuchar la respuesta del ama de llaves. Se metió en la salita y miró a su alrededor durante unos segundos, buscando un lugar en el que esconderse. Estaba sopesando la posibilidad de meterse detrás de las cortinas cuando el señor Crompton entró en la habitación.

– No, no – dijo él apresuradamente, y puso un taburete junto al ataúd –. Aquí dentro.

Era lo último que Regina hubiera querido, pero no tenía tiempo de discutir. El timbre sonó, y Regina subió rápidamente al ataúd. Se metió la falda detrás de las rodillas y se tumbó. El señor Crompton cerró la tapa y la cerradura hizo un clic.

Regina sintió un ataque de pánico. Estaba encerrada en una caja oscura, sin aire y silenciosa como una tumba. ¿Cómo podía haberse olvidado? ¿Cómo se había dejado poner en aquella situación?

En aquel momento, oyó la voz de Kane y se quedó completamente inmóvil.

– Betsy me ha dicho que Regina estaba aquí. No me digas que ya se ha marchado...

– Sí, hijo – respondió el señor Crompton.

Por el sonido de sus voces, estaban justo a la entrada de la habitación, como si Kane hubiera sorprendido a su abuelo justo cuando salía.

Kane emitió un sonido entre suspiro y resoplido.

– Tenía que haberlo sabido. Nunca he conocido a una mujer que sea tan hábil poniendo difíciles las cosas.

– Yo diría que a ti también se te da muy bien.

– Sí, tienes razón. Parece que lo he estropeado todo.

– Todo se puede arreglar en esta vida. Sólo hay que querer hacerlo, y tener agallas.

Kane no respondió durante unos segundos, aunque Regina afinó el oído para escuchar su contestación. Lentamente, comenzó a enredar en la pestaña de la cerradura de la caja, y comprobó que sólo había que apretar una pestaña para abrirla.

– No creo que funcione – dijo Kane por fin –. He hecho de todo, salvo llamar a Regina prostituta en público.

– Sí, a mí me pareció por un momento que te habías vuelto loco, hasta que me imaginé a donde querías llegar. Querías dejar claro como el cristal que todo lo que ella había hecho había sido porque estaba forzada a ello, ¿verdad? Estoy seguro de que era para cortar los cotilleos de la gente de raíz.

Regina parpadeó y miró con los ojos abiertos como platos la oscuridad que reinaba dentro del ataúd, mientras se daba cuenta de lo que estaba diciendo el señor Crompton. Aquello le daba un giro distinto al interrogatorio que ella había soportado.

—El único problema —dijo Kane, sombrío—, es que yo no estoy hecho para esa clase de juegos.

—Tengo que admitir que fuiste un poco lejos.

—Lo sé —dijo Kane. Su voz se alejó, como si estuviera caminando hacia la ventana—. Pero allí la tenía, bajo juramento, a mi merced. No pude resistirme.

—Así que hiciste que dijera lo que querías oír. Pero no podías hacer nada después de oírlo, con toda la gente allí, sin poner en peligro la sentencia. Al menor movimiento, le habrías dado oportunidad a los abogados de Berry de alegar connivencia entre la testigo y tú. Deberías haber pensando en eso antes de empezar.

—Sí lo pensé. Pero me parecía que merecía la pena saberlo, costara lo que costara, de una vez por todas. Quería saber qué había significado para ella. Tenía miedo de que, si perdía esa oportunidad, no lograría tener otra.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Creía que si conseguía verla esta mañana, hablar con ella, habría una oportunidad.

Fue entonces cuando la tapa del ataúd se abrió con tanta fuerza que se salió de las bisagras y golpeó la pared que había tras ella. Ella se sentó como empujada por un resorte y se volvió hacia los dos hombres.

—¡De todos los trucos arrogantes y sucios que he presenciado en mi vida, éste se lleva la guinda! —dijo con vehemencia—. ¡No puedo creer que alguien sea capaz de hacer esto!

Kane se dio la vuelta y se quedó boquiabierto.

—¡Regina! ¡Puedo explicártelo todo!

—Cállate —soltó ella—. Estoy hablando con tu abuelo.

—¿Con Pops? —Kane miró a su abuelo, que estaba intentando poner cara de inocente, pese a lo mucho que estaba disfrutando.

—Exactamente. El señor Crompton, el supuesto caballero que me ha metido aquí engañándome y probablemente te ha engañado a ti también con la ayuda de Betsy. Él ha hecho que Dora mantuviera ocupado a mi hijo y ha intentado distraerme con una joya antigua para que yo me quedara por aquí un rato, y después ha conseguido liarne para que yo terminara encerrada en el ataúd de nuevo. Entretanto, te ha engatusado para que tú hablaras de lo que ocurrió en el juicio para que yo pudiera oírlo. ¡No me sorprendería nada que también tuviera un plan para meterte aquí conmigo y cerrar la tapa de nuevo!

Kane miró a Pops.

—¿Es cierto?

– Culpable – dijo el señor Crompton, sin sombra de arrepentimiento – . Pero ha sido con la mejor intención, lo juro. Nunca había visto una pareja tan perfecta como vosotros. Sois el uno para el otro.

– ¿De verdad tenías un plan para meternos a los dos juntos en el ataúd?

– Se me pasó por la cabeza – murmuró el anciano.

– Quiero oírlo.

– ¿Qué? – Pops lo miró con asombro.

– ¿Qué? – Regina no daba crédito a lo que acababa de oír.

– Quiero saber cómo ibas a conseguir que yo entrara en el ataúd – dijo Kane con un brillo perverso en los ojos.

– Bueno... – dijo su abuelo, mientras se frotaba la nariz – . Pensé en decirte que por fin había encontrado un buen uso para la caja, o quizá en susurrarte en voz baja quién estaba dentro. Entonces saldría de puntillas, para ver si Dora tenía algún pastel en la cocina. Bueno, algo como esto... – mientras hablaba, salió por la puerta hacia el salón.

Kane soltó una carcajada y sacudió la cabeza. Entonces se acercó al ataúd, saltó dentro y apartó a Regina sin miramientos mientras se tumbaba. Después la agarró y la tumbó sobre él.

– ¿Qué te crees que estás haciendo? – le preguntó ella, retorciéndose, intentando incorporarse.

– Quiero averiguar qué tal estaremos en un ataúd dentro de setenta u ochenta años, cuando nos entierren el uno junto al otro – respondió Kane.

Levantó el brazo, se lo pasó por detrás del cuello y la atrajo hacia su cuerpo.

Mientras ella se movía para encontrar una posición un poco más cómoda, le preguntó:

– ¿Y por qué piensas que podría interesarme eso?

Él respondió en un tono de voz lleno de complacencia, seductor.

– Bueno, cariño, eso es algo del dominio público.

Cierto. Era inútil negarlo.

Con cierta aspereza, ella dijo:

– ¿Sabes? Me parece que tienes cierta predilección por las cajas de madera. Primero en este féretro, después en una cabaña de caza de patos...

– De otra forma eres muy difícil de atrapar.

– Hiciste muy buen trabajo en el juzgado – respondió Regina, secamente.

– Estabas encerrada en el estrado del testigo – dijo él satisfecho de sí mismo – . Cuando tengo una buena oportunidad, la aprovecho.

Ella se rió sin poder evitarlo. En sus brazos había seguridad, paz, promesas. No era fácil recordar por qué debía dudar de sus intenciones. Sin embargo, le reprochó con cierta coherencia:

—No puedo creerme las cosas que haces, y cómo te sales con la tuya. Pero no podemos quedarnos encerrados en esta caja para siempre.

—No, pero si no puedo pasarme toda la eternidad tumbado aquí contigo, sí quiero hacerlo el resto de mis días. Quiero vivir la vida a tu lado, compensándote por todo el daño que te he hecho. Quiero casarme contigo, y atarte a mi familia y a este pueblo para que nunca puedas marcharte. Quiero que tengamos hijos y compartir nuestros corazones con ellos y con Stephan. Te quiero, Regina Dalton, y aunque suene extraño, te seguiré queriendo incluso después de que estemos muertos y enterrados. ¿Me lo permitirás?

Era imposible seguir enfadada con un hombre que era capaz de proponerle un futuro tan largo juntos.

—¿Esta preocupación por los cementerios y por la unión eterna es una cosa de las familias sureñas que yo debería conocer?

—Es posible. ¿Qué piensas?

—Es extraño, pero creo que podría encajar en el programa.

Él la besó apasionadamente. Después sacó el brazo y comenzó a mover la tapa del ataúd.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Regina, desconfiadamente.

—Probar.

—¿Me estás probando a mí?

—No, amor, sólo las posibilidades.

—¿Del amor en el más allá?

—¿Pero por qué —le gruñó él al oído mientras la abrazaba con fuerza— se te ha ocurrido una idea tan rara?

Fin